



# DONDE MIS PIES ME LLEVEN.

ERIKA RAMOS

PLAN **B**

Donde mis pies  
me lleven

Erika Ramos

**PLAN  
B**

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A mis padres,  
porque sin vosotros no soy nada*

Era tradición en mi familia dormir en Nochevieja en casa de mis padres y aquel año no iba a ser diferente. Después de darle muchas vueltas, las chicas y yo habíamos decidido ir a un cotillón de un conocido bar de la costa con barra libre. Estaba cerca de la playa, pero, aunque la noche de fin de año no era la mejor para estar en la calle, el bar había acondicionado una terraza con estufas, que no conseguían que la temperatura fuese la deseada, pero al menos podías salir a fumar un cigarrillo sin morir en el intento. Dentro era todo de madera; el típico bar de moteros decorado con diferentes motivos americanos e incluso con una moto de verdad, ante la que, por supuesto, todo el mundo se hacía la foto de rigor. En la entrada te daban una bolsa de cotillón con el típico matasuegras, confeti y gorro.

Me había comprado un corsé palabra de honor muy discreto de color negro, con unos pantalones del mismo tejido y unos zapatos de tacón medio. Lo malo de ser una chica más bien alta es que no puedes ponerte unos taconazos porque corres el riesgo de amanecer con tortícolis por estar constantemente doblando el cuello para hablarle a la gente al oído.

Llegamos todas juntas e hicimos cola para que nos pusieran el sello correspondiente para entrar y salir. Ese fue el deporte nacional de aquella noche: hacer cola. Hacer cola para entrar, hacer cola para ir al baño, hacer cola para pedir una copa. Al final era muy probable que terminásemos con agujetas por hacer tantas colas.

La Nochevieja era una noche que estaba sobrevalorada, sobre todo a nuestra edad. Cenabas a todo correr para luego pasarte más de una hora preparándote y llegar al bar hacia las dos de la madrugada y más tarde tener que irte en una noche que se esfumaba tan rápido como se consume un cigarrillo.

Codazos para poder bailar o al menos para las que teníamos el sentido del

ritmo en el bazo, tampoco es que influyese demasiado. Creo que me sentía mayor para estar en un bar atestado de gente intentando bailar una música que no tenía ni letra. La música electrónica no era lo mío, yo era de las que le gustaban las típicas canciones que se volvían virales en verano y que te las aprendías de tanto oírlas una y otra vez en la radio. Y qué gusto daba cantar cuando creías que nadie te escuchaba, y si llevabas encima una copa de más, mejor todavía. Esos momentos en los que te ponían *Sobreviviré* de Mónica Naranjo y de repente te convertías en la diva de la fiesta, porque llegabas a todas las notas. Bendito alcohol, que hacía que la desinhibición llegara a tal punto que te daba igual si le rompías el tímpano al de al lado.

La noche pasó sin pena ni gloria; no estaba del todo a gusto porque al día siguiente tenía que entrar en el turno de tarde en la clínica y tampoco podía estarme de fiesta hasta las mil, ya que no era plan de ir oliendo a vodka por las habitaciones. Pero el vodka fue mala compañía, y lo que iba a ser una copa y para casa se convirtió en unas cuantas. Porque el beber es como el rascar: todo es empezar. Además, salir en grupo tenía su peligro, y con barra libre más. Si alguien iba a la barra, se aprovechaba el viaje, ronda de chupitos, probar, mezclar y pensar que estás bien hasta que te parabas en seco y te decías: hasta aquí.

A las siete de la mañana, con los pies doloridos, con una borrachera de aquí te espero y un frío que te congelaba hasta las ideas, me dirigí a casa de mis padres para intentar dormir un poco la mona.

Nací y crecí en un barrio donde todos nos conocíamos y, para más inri, había allí una concentración ingente de familiares que dejaba tu intimidad reducida a la de la reina Letizia. Era algo habitual que, si las vecinas no te veían durante unos días, les preguntasen a tus padres dónde estabas, e incluso teníamos una plantilla fija de esas mujeres que pasaba horas muertas en los balcones, controlando, al acecho, si alguien había desaparecido del barrio porque se había echado novio o se había mudado.

Mi tía Mari vivía en el primero, y nosotros, en el tercero. Cuando llegué al portal con los zapatos en la mano (nunca hay que estrenar zapatos en la noche de fin de año), tardé unos tres minutos en encajar la llave en la cerradura, ya

que la muy graciosa no paraba de moverse, era como si se hubiese convertido en goma por arte de magia. Cuando por fin conseguí entrar empecé a subir la escalera, y, a la altura del piso de mi tía, la puerta se abrió.

—¡Gabriela!

—... tía...

—Pero ¿has visto en qué estado vienes?

—Pues... vengo, un poco... lo que viene siendo... alegre. Sí, señor, alegre, esa es la palabra que buscaba.

—Yo diría que algo más que alegre. Sube a casa y métete en la cama, que como tu padre se despierte se te va a quitar la borrachera en dos minutos.

—Síiii, tiita míiia de mi *coraaassssóoon*...

—Gabriela... menos bromitas y compórtate, que ya tienes una edad.

Cuando entré y me miré en el espejo de la entrada, casi se me quita la moña de forma instantánea: el rímel se me había corrido hasta los pómulos. Me puse a limpiarme en un acto reflejo, como si tuviese miedo de que alguien me viese, cuando seguramente ya me había visto más gente de la que yo creía.

Entré en mi habitación, que seguía exactamente igual que cuando me fui a mi propia casa a vivir, dejé la ropa en un montón, me puse el pijama y, sin acordarme de desmaquillarme, me metí en la cama.

A las doce sonó el despertador. Lo cogí y le dediqué unos cuantos insultos porque yo no quería moverme de la cama; tenía la cabeza que parecía que estaba tocando los tambores la cofradía más grande de cualquier hermandad de la Semana Santa sevillana. Me quería morir y no sabía por dónde empezar. Me daba pereza suicidarme, y tampoco tenía nada a mano para hacerlo, salvo el perro de peluche que llevaba encima de mi cama desde que me lo regalaron cuando cumplí dieciséis años. Pero pensé que una muerte por asfixia sería terrible, así que deseché la idea y decidí que sería mejor levantarme y tomarme un ibuprofeno, a ver si conseguía así que el clavo que tenía metido en la frente no hiciese tanta presión contra mi cerebro. Mientras me debatía entre levantarme o no, mi madre abrió la puerta y no precisamente con sutileza.

—Gabriela, aquí huele a destilería. Ayer no dejaste ni el agua de los floreros, ¿verdad?

—Qué va... solo fue una copita, pero sería de garrafón. Necesito algo que

me resucite. Pero te aseguro que no volveré a beber vodka en lo que me queda de vida.

—¿Resucitar? Habértelo pensado antes. Cualquiera diría que eres enfermera, hija.

—Madre, soy enfermera pero no monja de clausura, a ver si ahora no voy a poder ni tomarme una copita.

—Una sí, pero no una tras otra.

—Si solo fue una, pero seguro que era de garrafón —mentí.

Abrió la ventana sin ningún tipo de piedad, salió de la habitación y me gritó desde la cocina para que me levantase. Cuando me senté con mi pijama de franela de ositos de color rosa y con el rímel corrido hasta el pómulos, me dedicó una mirada entre el reproche y la pena que no intenté descifrar. Comí lo que mi estómago admitió dadas las circunstancias y me fui a la ducha para luego irme a trabajar.

Al montarme en el coche, pensé que si me paraban para un control de alcoholemia iba a romper el aparato, porque todavía me sentía borracha. Mientras decidía si arrancar o no y daba profundas bocanadas de aire, me vi sonriendo como una boba. Sonreía porque sabía que me tocaba turno con él.

Jon era un enfermero de mi misma edad que había venido a la clínica para hacer suplencias durante las vacaciones de Navidad y había causado un verdadero furor uterino entre las féminas. Yo me hacía la dura y lo ignoraba todo lo que podía, pero cuando él no se daba cuenta mis ojos se dirigían al sitio donde la espalda pierde su nombre, y es que el muy maldito estaba guapo incluso con uniforme. He de decir que he llevado uniformes de diversos colores, dependiendo de dónde trabajase, y que tenía en mi casa diferentes modelos, pero el de la clínica se llevaba la palma: pantalón blanco y una casaca de color verde moco —es que no tiene otro nombre— que cada vez que me lo ponía me entraba un complejo de caracol insoportable. Pero daba igual lo que él se pusiese; siempre estaba guapo. El caso es que, a pesar de su belleza, lo que más me llamaba la atención era su forma de ser; me traía por la calle de la amargura y me hacía sentir como una cupletista desfallecida de amor y cantando por el anhelo de Jon, el enfermero viajero. Era una persona de mundo, había sido voluntario en muchas ONG, y a través del voluntariado había recorrido medio mundo, cosa que me mataba de envidia;



yo, que no había estado ni en Cantalejo, como para irme a la India a poner vacunas. Tenía un humor de lo más inteligente, era ácido y dulce a la vez, se metía a las pacientes en el bolsillo solo con decirles «buenos días» y me entraban ganas de pegarme un pósito en la frente que dijese «No sé dónde está Jon», porque cada vez que entraba en una habitación las señoras mayores me preguntaban por él.

Aparqué el coche en mi plaza más torcido que la torre de Pisa y me dispuse a disfrazarme de caracol para empezar el turno. Tenía náuseas y me dolía la cabeza. Horror. Al final, lo de suicidarme con el peluche tampoco me resultaba tan mala idea a esas alturas de la película.

El momento álgido era el cambio de turno, cuando nos juntábamos el turno de mañana y el de tarde para darnos el parte, y unos se iban a casa y otros nos quedábamos. Aquel día me pareció que todo el mundo hablaba en un tono más alto de lo normal, pero mejor no abrir la boca por si mi aliento todavía seguía apestando a vodka. Cogí el relevo, mientras mi compañera Raquel parloteaba sobre cómo había ido la mañana y yo solo pensaba que me importaba un comino si el de la habitación 17 había orinado dos o tres veces. La verdad es que esos días casi todos los pacientes solían irse a sus casas bien con permisos especiales o porque les daban el alta. Los que se quedaban eran aquellos que no tenían familia o que tenían una suegra a la que no soportaban y preferían pasar con nosotros las fiestas antes que aguantar a la santa madre de su mujer. De ahí mi indiferencia sobre las micciones del turno de mañana del susodicho de la habitación 17.

—Raquel, bonita, abrevia un poquito...

—Gabe, no haber salido ayer, y eso que no tengo mucho que contarte, que entre que esto está casi desierto y que me he pasado media mañana jugando al Candy Crush porque ya no sabía qué hacer, déjame que hable un poco contigo por lo menos.

—Ay, perdona, Raquel... tienes razón...

—Bueno, y qué, ¿ligaste ayer?

—Sí, claro que ligué, la mayonesa para la ensaladilla rusa de la cena — contesté riéndome.

—Esa no es una actitud positiva, Gabe, así no vas a encontrar a nadie...

—Raquel, no me des la murga y vete a comer con tus padres, que te estarán

esperando.

—Me toca en casa de mi suegra. ¿Me acogéis aquí?

—¡Lárgate! —dije riéndome.

Raquel cogió su bolso entre risas y se fue a comer donde su suegra, porque el turno de tarde no éramos una ONG que acogiera a personas que no querían ir a comer con su familia política; el turno de tarde del día 1 de enero lo formábamos los supervivientes de la Nochevieja, y ese merecido puesto lo disfrutábamos aquellos elegidos por nuestra querida supervisora, que nos tenía por gladiadores y sabía que, a pesar de que la noche anterior nos hubiésemos desmadrado, daríamos la talla en el trabajo. Cuando te sacas el título de enfermera, viene incluido un tatuaje interno en el que pone «responsabilidad» que no puedes quitarte, aunque te bebas una botella de tequila y luego tengas que realizar a alguien una reanimación cardiopulmonar.

Cuando conseguimos echar a las últimas del turno de mañana, nos pusimos a hacer café. Allí estábamos Jon, Pilar (a la que yo siempre llamo Piluca), Clara y yo. Pilar y Clara eran muy calladas, la antítesis de Jon y yo, que no callábamos ni debajo del agua, pero les dabas un poquito de caña y enseguida entraban al trapo. Además, eran excelentes compañeras y siempre estaban dispuestas a ayudar. Me senté en una silla y pensé lo guapo que estaba ese día mi enfermero viajero. Allí estaba él con esos ojos azules y su pelo entre rubio y castaño, con un corte asimétrico que solo le podía quedar bien a él, y lo mejor de todo es que era un metro ochenta de enfermero que tenía ante mis resacosos ojos.

—La noche de ayer fue apoteósica, estuvimos de cotillón y terminé con la corbata atada a la cabeza, la camisa por fuera y he perdido la americana —dijo Jon.

—Muy bien, dejando a Ernesto de Hannover a la altura del barro, sí, señor.

—Ese no me llega ni a la altura del zapato, y menos en Nochevieja. Vino mi hermano, que estaba de viaje en no sé qué parte del mundo, y se unió a mis colegas y lo dimos todo.

—Mira qué bien, tu madre lo tiene muy fácil para haceros un regalo en Reyes, un GPS, porque como la pobre nunca sabe dónde estáis.

—Perdóneme, señorita doña perfecta y casi monjil, que es la hija perfecta,

la enfermera perfecta y todo perfecto. No te apellidarás «Perfecta», ¿verdad?

—No, me apellido Herrera, y ahora mismo el señorito GPS, Piluca, Clarita y yo misma vamos a preparar la medicación antes de que llegue el doctor Naveda para pasar visita y nos vea aquí con las jarras de Hello Kitty llenas de café.

—Pues las elegiste tú, doña perfecta —repuso Jon.

—Calla y vamos a trabajar, que para eso nos pagan.

Nos situamos delante de nuestro carro de la medicación y empezamos a prepararlo todo para salir a administrarla. Teníamos asignado un pasillo, así que hasta la hora de la merienda estaríamos cada uno por nuestro lado.

Solo se escuchaba el suave ronroneo de la radio que solíamos poner mientras cargábamos los sueros a muy bajo volumen para no dar la nota, cuando oí un grito.

—¡Enfermera!

—¿La gente no sabe tocar el botón de llamada? —dijo Clara.

—Qué pesados son, seguro que es una tontería —apuntó Piluca.

—Voy a ver... —dije yo arrastrando los pies.

Al acudir a la habitación 17 vi a la mujer del señor Sánchez zarandeando a su marido como un olivo en época de recogida. Al ver el panorama grité desde la habitación para que trajesen el carro de paradas. Cada uno de nosotros sabía muy bien lo que tenía que hacer. Pilar llamó al doctor Naveda, y Clara y Jon vinieron volando con el carro de paradas. Mientras, yo estaba haciendo la primera valoración. El hombre estaba en parada cardiorrespiratoria. Al tiempo que Clara preparaba la medicación que podríamos necesitar, Jon se puso a ventilar al señor Sánchez con el *ambú* y yo empecé con las compresiones torácicas.

—Gabe, si Naveda no viene en diez segundos, le ponemos el desfibrilador.

—Dos, tres, cuatro, cinco...

—Gabe, ¿me escuchas?

—Treinta. Ventila, Jon. Te escucho perfectamente.

Cuando me di la vuelta para que Clara nos preparase el desfibrilador, el doctor Naveda entraba por la puerta con Pilar. En ese mismo momento, el señor Sánchez empezó a toser, ¡lo habíamos salvado!

Mientras el doctor se quedaba haciendo una valoración más exhaustiva

acompañado de Pilar y Clara, Jon y yo nos dirigimos al control de enfermería para reponer el material utilizado y registrarlo en la historia clínica. Tenía la adrenalina por las nubes. Empujé el carro de paradas por el largo pasillo y me subí a él como si fuese el carro de la compra. Jon me miraba perplejo y muerto de la risa.

—¡Estás loca, Caracola!

—¡Sí, loca por ti!

No sé si fue el subidón de adrenalina, la alegría del trabajo bien hecho o que me había dado un ictus y había perdido la capacidad de raciocinio, pero me acababa de declarar, montada en un carro de paradas en medio del pasillo de la clínica, al enfermero viajero.

Cuando llegamos al control, ninguno de los dos habló de lo ocurrido y nos pusimos a hacer nuestro trabajo diligentemente porque había que hacerlo y porque no sabíamos qué había pasado ahí fuera.

—Oye, Gabe...

—Jon, ha sido una tontería, el subidón de adrenalina me ha vuelto loca.

—Bueno, solo iba a decirte que muy buen trabajo, pero de todas formas me encanta verte tan desenfadada y que de vez en cuando te aflojes ese corsé que parece que llevas de forma permanente. A veces hay que perder el control, dejarse llevar y gritarle al mundo.

—Deja de decir paridas, hay que recoger todo este desastre antes de que venga el doctor.

—Ya ha vuelto doña perfecta, se acabó la fiesta.

Yo estaba de espaldas a Jon, más roja que los pañuelos de San Fermín, muerta de vergüenza y maldiciendo la adrenalina, el vodka y al Señor que inventó el mundo.

Cuando por fin nos reunimos todo el equipo de enfermería, nos sentamos para comentar cómo habían ido las cosas. Era algo que nos gustaba hacer después de una intervención de este tipo; hablábamos sobre cómo mejorar y cuáles eran nuestros puntos fuertes. El doctor Naveda había quedado satisfecho con nuestra actuación e iba a hacerle al paciente unas pruebas complementarias para descartar alguna patología cardíaca.

El resto de la tarde transcurrió sin novedades; se acercaba el momento de reponer el material de las baldas y dejar todo preparado para el turno

siguiente.

Entré en el almacén de los sueros, y al poco noté la presencia de alguien. Iba cargada como una mula, pero me di la vuelta pensando que se trataba de alguna persona que se había despistado y había entrado por error.

—¿Te ayudo?

—Casi me matas del susto, Jon. ¿No puedes saludar o hacer un poco de ruido al entrar?

—Es que mis zuecos son mágicos y voy como levitando, no puedo evitarlo.

—¿No te has planteado ir al «Club de la Comedia» a la tele y forrarte?

—¿Ironía, doña perfecta?

—Para nada, señor GPS.

—¿Puedes relajarte un minuto en tu vida y tomarte una caña conmigo cuando acabemos el turno?

Si alguien me hubiese sacado una foto en ese momento, no sé qué clase de espécimen hubiese salido, pero seguro que me puse más blanca que el yeso. Empecé a temblar desde las uñas de los pies hasta la goma del pelo. Pero no me parecía correcto mezclar trabajo, placer y alcohol, por mucho que me apeteciese, así que iba a declinar la invitación y simplemente dije:

—Sí, puedo.

Salí corriendo de la planta, dando un relevo más que breve porque la adrenalina ya me había bajado y me arrepentía de haber aceptado la propuesta de Jon.

Cuando estaba a punto de arrancar el coche, oí que alguien golpeaba el cristal de la ventanilla. Pegué un salto en el asiento y miré con los ojos como platos.

—Joder, Jon, ¿qué pretendes, que me dé un infarto?

—Pensaba que teníamos una cerveza pendiente, doña perfecta.

—Bueno... es que me ha surgido algo y tengo que irme.

—Ya... suena a excusa, pero bueno... ¿Sabes quién es Irene?

—¿De la clínica? Pues no me suena, la verdad. ¿Es suplente como tú?

—No... Irene es comercial de un laboratorio médico y es mi pareja.

—Creo que me estás dando una información que no necesito saber, pero bueno, si te has quedado más tranquilo así, me alegro por ti.

Cerré la ventanilla del coche y, dejándolo con la palabra en la boca, salí de mi plaza de aparcamiento sin ni siquiera mirar por el retrovisor.

Puse la radio a todo volumen y abrí la ventanilla porque notaba que me faltaba el aire. Me maldije en todos los idiomas posibles por lo tonta que me sentía y por haber creído que una cerveza implicaba algo más. Siempre he sido muy torpe para interpretar las señales del sexo opuesto. Creo que los hombres son más simples que el mecanismo de un chupete; sin embargo, en cuestión de señales, a mí me parecían un auténtico garabato. Pero no siempre ocurre lo que una quiere, sino que proyectamos nuestros deseos en la mente de la otra persona y luego deseamos que esta actúe como una piensa, y ese es mi error. Pensar por Jon. Tenía pareja, me quería morir, necesitaba el peluche de esa mañana para asfixiarme con él y borrar del calendario ese día tan raro,

como una marejada que me había llevado a estar en la cresta de la ola y ahora me bajaba a lo más profundo del mar. Así era yo, de extremos, o arriba o abajo, no sabía mantenerme a flote.

Aparqué y subí a casa arrastrando los pies y con un nudo en la garganta que no sabía cómo deshacer. La resaca del alcohol tampoco me ayudaba a pensar con claridad, así que lo mejor sería meterme en la cama. Me moría de hambre, pero no iba a ponerme a cocinar por nada del mundo. En esos momentos me arrepentí de no haber aceptado un táper de mi madre que casi me mete por los ojos antes de irme a trabajar. Como si ella no me conociese lo suficiente para saber que aquella noche, ni la mayoría de ellas, me prepararía algo, aunque fuese una ensalada... era la expresión máxima de la pereza cuando salía del turno de tarde.

Me quité la ropa, me puse el pijama y cogí del armario de la cocina una tableta de chocolate; una que había guardado en el fondo del armario para casos de emergencia, ya que me había propuesto cuidarme como propósito de año nuevo. Era una auténtica máquina a la hora de proponerme cosas antes del 31 de diciembre, y de igual manera tenía una capacidad increíble para no cumplirlas desde el día 1.

Me tumbé en la cama y me metí unas tres onzas juntas, a ver si se me quitaba el amargor que tenía en la boca. Era ese tipo de amargor que no se quita con nada, pero al menos quería intentarlo. Evidentemente el sueño no acababa de llegar, así que me di la vuelta, cogí el teléfono y llamé a Raquel. Ella, que era siempre tan cabal, me ayudaría. La verdad es que era fácil ser pragmática cuando una tiene un matrimonio bien asentado. Llevaba casada con Juanlu diez años. Había sido su primer novio y con él se casó y tuvo a sus dos hijos.

—¿Qué pasa, Caracola? —dijo en un tono alegre al otro lado del teléfono.

Desde que había hecho la broma en la clínica de que nuestros uniformes tenían el color de un verde moco como el de los caracoles, mucha gente me llamaba Caracola.

—¿Qué haces?

—Mis dos monstruos se acaban de dormir después de haber hecho un

Picasso en el sofá, disfrazar al perro y hacerle unas mechitas de colores.

—Pobre Gasparín...

—No sé cómo no se fuga de casa, porque el pobre perro tiene más paciencia que un santo, y para aguantar a mis hijos te aseguro que hace falta tenerla.

—Pero si son unos soletes —dije sonriendo, aunque ella no me viese.

—Gabriela, gradúate la vista porque no ves bien. Tú los miras con buenos ojos porque solo los tienes un rato y fuera de casa se portan bien, pero te aseguro que, aunque son mis hijos y los adoro, hay veces que me dan ganas de tirarlos por la ventana y convertirme en portada de todos los periódicos.

—Deja de decir tonterías, Raquel.

—Y a ti ¿se puede saber qué te pasa que estás tan mustia?

—Estoy comiendo chocolate.

—Bueno, tormenta a la vista. Venga, escúpelo.

Le conté todo lo que había pasado el primer día del año, me lamenté de lo desgraciada que era y le dije que creía que Jon quería tomar algo conmigo para conocerme más. Me hice la víctima de todas las formas posibles que se me ocurrieron, que para algo era una Drama Queen, pero Raquel me conocía muy bien y la condescendencia no era uno de sus dones. Ella sabía cómo tratarme. Cuando me veía al borde del abismo, y sabía que me gustaba acercarme con bastante frecuencia, enseguida cargaba la munición y me la soltaba sin paños calientes.

—Tú sabes que en un premio de tontas te echan por abusona, ¿verdad? Vamos a ver, alma de cántaro, cuándo te sacarás de la cabeza todos esos pájaros de película Disney que tienes y te darás cuenta de que las cosas no son como en esas comedias románticas que te encantan. Lo que pasa es que te ha invitado a tomar una cerveza y me apuesto una mano a que ya te habías imaginado cómo quedaban vuestras iniciales bordadas en una toalla y hasta qué tal quedaban vuestros apellidos juntos para vuestros futuros hijos. Fulanito Serrano Herrera. Y fueron felices y comieron perdices.

Me metí otras tres onzas de chocolate en la boca para ahogar el llanto que me venía a la garganta porque una vez más tenía razón; qué bien me conocía la muy bruja...

No podía evitar ser una romántica, creía en el amor; era una enamorada del



amor. No se podía tener el corazón tan caliente y menos con treinta y dos años y las experiencias vividas. Pero, por más que me fustigara, no conseguía cambiar, otro propósito de año nuevo a la basura, qué máquina, como siguiese a ese ritmo para finales de año ya no habría lista que incumplir.

—Mira, Gabe, te puedes comer todo el chocolate que quieras y llorar todo lo que quieras, pero eso no va a solucionararte la papeleta. Y es que tienes que cambiar, tía, no se puede sufrir tanto, y menos por un tío que conoces hace cuánto... ¿Cinco minutos? Es que pareces tonta, hija, con lo lista que eres para unas cosas y lo boba que eres para otras.

—Crees que soy lista porque llevo gafas —dije intentando hacer una gracia cuando no tenía ni gota de ganas de reír.

—Sí, porque llevas gafas y porque lo llevas tatuado en la frente. Me está esperando Juanlu para cenar, que con un poco de suerte Rober empezará a dar por saco con que tiene sed, que tiene frío o que el monstruo de las galletas le está haciendo cosquillas en los pies. Menos mal que con Jimena he tenido más suerte, esa ya está dormida y hasta mañana no hay niña. Bueno, cuqui, lo dicho, deja de darle vueltas y piensa que en una semana Jon habrá salido de tu vida; al final no es más que un suplente para las vacaciones de Navidad. Pero dale una vuelta al asunto porque esto no resuelve el problema, el problema lo tienes tú, y es que eres más rosa que un algodón de azúcar. Mañana no puedo, pero, si quieres, pasado quedamos.

—No, tranquila, Raquel, voy al monte con Kerman. Tenemos un servicio preventivo en el monte Txarlazo, en Orduña.

Raquel colgó y luego cenaría con Juanlu, que siempre esperaba pacientemente a que yo terminara con mis pataletas amorosas mientras zapeaba en la tele.

Me puse a pensar en el preventivo del domingo. Estar con Kerman siempre me venía bien. A pesar de que yo le llevaba doce años, era de esas personas con las que conectabas desde el minuto cero. Era fisioterapeuta y una persona que siempre estaba dispuesta a aprender. Nos conocimos en la Cruz Roja, los dos éramos voluntarios de la Unidad de Búsqueda y Salvamento Terrestre (unidad alpina para nosotros) y casi siempre que podíamos hacíamos los servicios preventivos juntos. Muchas veces nos olvidábamos de dónde estábamos porque nos poníamos a hablar y a divagar sobre la vida, sobre el

comportamiento humano y, cuando nos dábamos cuenta, ya estábamos de vuelta.

Me quedé dormida enseguida con la luz de la mesilla encendida, la tableta de chocolate al lado, a medio comer, y yo, en mi esquina de la cama. Una cama de uno cincuenta, de los cuales me sobraban más de un metro, porque no me movía en toda la noche.

Me desperté porque tenía un intenso dolor de cabeza. Miré la hora: las tres de la madrugada. Una noche genial para un día genial. Me levanté y, al sentarme en la cama, sentí como cuando en la bolera haces un *strike* y caen todos los bolos a la vez. Fui al baño, hice pis y luego entré en la cocina para tomarme un ibuprofeno.

Rebusqué en el «cajón desastre» y encontré un ibuprofeno que, por su aspecto, debía de llevar allí bastante tiempo. No estaba dispuesta a ir a por las gafas para mirar la fecha de caducidad, así que pensé: «Lo que no mata engorda», trago de agua y para adentro. Glup.

Me tapé con el nórdico, que me arrullaba todavía caliente, y cogí el móvil. Tenía un whatsapp de un número que no figuraba en mis contactos. Era Jon:

Oye, Gabe, me has dejado flipado.  
Cuando quieras hablarlo, ya sabes  
dónde estoy. Bueno, lo sabes ahora  
que tienes mi número de teléfono.



¿De dónde había sacado mi número? ¿Hablar de qué? «Pasapalabra», como el programa de la tele. Solo quería que desapareciese el dolor de cabeza, me dolían hasta las pestañas y necesitaba descansar. No me dio mucho tiempo a pensarlo porque, para cuando quise darme cuenta, ya estaba dormida.

Cuando sonó el despertador, no me apetecía nada levantarme. No me gustaba madrugar; de hecho, para mí la vida hubiese sido perfecta si el día comenzara a las diez de la mañana. Pero al monte no se iba a esas horas, así que, como nos había indicado Asier, el responsable de la unidad alpina, a las ocho había que estar en la base.

Pasé a buscar a Kerman a su casa y nos dirigimos hacia la base, donde nos esperaba Asier con todo el equipo preparado para salir hacia la marcha de montaña.

En este caso se trataba de la subida al monte Txarlazo, en Orduña, que formaba parte del programa de deporte escolar facilitado por la Diputación Foral y la Federación Vizcaína de Montaña. Nosotros, como voluntarios de la Cruz Roja, colaborábamos con estos realizando la cobertura sanitaria de la marcha, ya que a ella acudían más de cien niños cada domingo acompañados por sus padres.

El punto de encuentro era el aparcamiento de Ledaño. El cielo estaba plomizo, no paraba de caer un denso sirimiri y no tenía pinta de que fuese a parar en todo el día. Cuando llegamos al aparcamiento, cogimos los botiquines, las mochilas y esperamos a que los niños saliesen delante, ya que nosotros cerrábamos la marcha por lo que pudiese ocurrir.

—Gabriela, ¿has cogido el TETRA?

—Sí, Asier, aquí llevo el *talkie*, lo que no encuentro es la batería de repuesto.

—Llevas más de dos años en la unidad, ¿no te parece que ya va siendo hora de que empieces a llamar a las cosas por su nombre?

—Cuando te pones en plan inquisidor, te pones muy feo, que lo sepas. Llevo el TETRA, jefe, ¿contento? Vamos, Kerman, salgamos antes de que a tu

responsable se le ocurra hacerme un examen.

Kerman, tan discreto como siempre, no hizo comentario alguno, se limitó a coger su mochila y comenzamos a caminar.

Antes de cada excursión me gustaba investigar un poco por internet, a ver qué tal era el paisaje, qué tal la subida, más que nada porque yo no era una montañera experta, era lo que se llamaba una *pisacampas*, vamos, una aficionada. Por eso me gustaba controlar el desnivel, en el caso de que tuviese que meter una bala de oxígeno en la mochila por si me ahogaba (léase con ironía). Google me informó de que el ascenso no era complicado y que el paisaje era espectacular; pero, como el tiempo estaba en modo Mordor, no se veía gran cosa si mirabas hacia arriba, así que íbamos viendo sobre la marcha lo poco que podíamos, porque entre nuestras conversaciones y estar pendientes de los niños tampoco nos daba tiempo a disfrutar como si fuésemos de ocio. Los niños tenían la bonita costumbre de utilizar los bastones para jugar, para apartar ramas, para empujar al de delante, y a mí se me secaba la boca de tanto decir: «El palooo, bajad esos palooos». Kerman se reía, y es que él no se metía en esos asuntos, para eso iba yo de bruja mayor. Qué morro tenía el tío.

Estábamos a punto de llegar a la cima cuando nos encontramos con un camino flanqueado por sendas columnas rocosas que hacían que aquello pareciese un cañón. De repente se hizo un tapón, no sabíamos qué pasaba, pero nos quedamos al final. Aproveché para sacar el móvil y pedirle a una de las madres que nos hiciese una foto. A mí me encantaba tener fotos de los sitios a los que íbamos, pero Kerman lo odiaba, y yo siempre decía:

—Venga, vamos a hacernos una foto aprovechando el tapón.

—Joder, una foto, ¿para qué?

—Porque me da la gana a mí. ¿Por qué me discutes si sabes de sobra que al final terminarás haciéndotela por no oírme?

—Pues sí, tienes toda la razón —asentía Kerman.

Una madre del grupo nos hizo una foto, eso sí, los dos muy sonrientes, muy a lo Pantoja, «dientes, dientes». Me hacía gracia lo de las fotos: en el momento «foto» todo el mundo sonreía, pero antes y después lo que pasaba era un misterio. Casi siempre, en nuestro caso, una foto venía precedida de una discusión sobre «foto sí» o «foto no». Estábamos charlando

tranquilamente cuando se nos acercó una niña.

—Me duele el pie...

—¿Qué te ha pasado, princesita? —le dije utilizando ese tono condescendiente que odiaba usar, pero no sé qué me pasaba con los niños que me ponía más ñoña que Dora la Exploradora.

—Pues... que he pisado mal, así. —Imitó el movimiento para mostrármelo—. Y ahora no puedo andar bien.

—Bueno, no te preocupes, vamos a adelantarnos para ver por qué hay tanta gente ahí parada y vuelvo ahora mismo, ¿te parece? Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Ane —dijo, sorbiéndose los mocos.

Nos adelantamos al principio del tapón y vimos que se había creado una balsa de agua por la lluvia y que la gente estaba pasando de uno en uno porque no había forma humana de hacerlo más rápido, salvo que llevases unas piraguas en los pies. Volvimos a donde estaba la niña y le dijimos que tenía que esperar un poco, porque bajo la lluvia no podíamos hacerle un vendaje y que quedaba poco para la cima.

Kerman avisó a Asier por el TETRA para preguntarle su situación y decirle que teníamos a una niña con una herida. Afortunadamente él ya nos estaba esperando en la cima con el vehículo. El Txarlazo es de esos montes a cuya cima se puede acceder por diferentes pistas, lo que nos facilitaba bastante el trabajo.

Los niños fueron pasando poco a poco y por fin nos tocó a nosotros. Una vez pasada la balsa de agua, giramos a la izquierda y desde allí se veía, majestuosa, la Virgen de la Antigua que custodiaba la cima. El monumento tenía una altura de veinticinco metros y databa de 1903. Desde ese lugar podían divisarse cuarenta y dos pueblos comprendidos en cinco provincias: Vizcaya, Guipúzcoa, Álava, Burgos y La Rioja. Pero nosotros únicamente acertamos a ver a la Virgen y solo cuando nos acercamos, porque no se veía más allá de diez metros.

Nos reunimos con Asier, y Kerman procedió a hacer el vendaje. Como fisioterapeuta, era el experto en vendajes, y a mí me encantaba verlo trabajar. Tenía unas manos grandes y una piel blanca y suave. Su aspecto era angelical: de pelo rubio, ojos azules y con una voz tan dulce que conseguía

que te derritieses con solo tres palabras. ¿Dónde estaba él cuando yo tenía su edad? Muchas veces tenía la sensación de que conocía a gente en el momento equivocado. Conectaba muy bien con personas que eran mayores que yo o más jóvenes. Eso formaba parte de mi vida, una vez más, arriba o abajo, los puntos medios no se inventaron para mí cuando repartieron el equilibrio. Seguro que yo estaba dormida acompañada de una tableta de chocolate.

Decidimos que Asier bajaría a Ane en el vehículo, y nosotros comenzamos a descender una vez más cerrando el grupo.

Cuando estábamos cerca del punto de retorno vimos que un niño se caía y comenzaba a llorar. Bajamos corriendo hasta alcanzarlo.

—¿Qué te ha pasado, campeón? —preguntó Kerman.

—La roca estaba húmeda, me he resbalado y me he caído. Me duele mucho la rodilla —dijo el niño entre sollozos.

—Gabe, voy a avisar a Asier para que acerque el vehículo y así podremos valorarlo mejor.

—Atiende al niño, ya le aviso yo.

Dos minutos después teníamos el vehículo a nuestra altura y sentamos al niño en el portón. El golpe había sido fuerte y tenía la rodilla hinchada, así que decidimos trasladarlo al hospital para que un pediatra valorase la rodilla.

Asier se puso en contacto con el centro coordinador del servicio de emergencias y nos enviaron una ambulancia. Él mismo se llevó al niño hasta el punto de encuentro con esta y nosotros seguimos bajando a pie.

Cuando llegamos, vimos a un enfermero que estaba reconociendo al niño antes de trasladarlo. Me acerqué a cotillear para ver quién era. En el mundo sanitario la mayoría nos conocíamos y yo tenía amigos que trabajaban en las ambulancias, pero a ese enfermero no lo conocía.

Era alto, moreno, con una barba de tres días que tanto me gustaban y tenía los ojos castaños y muy vivos. Me acerqué a la puerta lateral de la ambulancia.

—Hola, soy Gabriela Herrera, la enfermera de la Unidad de Búsqueda y Salvamento Terrestre de la Cruz Roja.

—Sí, está claro que eres de la Cruz Roja, se os ve a kilómetros —dijo riendo.

—Bueno, es parte del encanto del uniforme, así no nos pierden de vista.

—Sí, lo entiendo perfectamente. Yo soy Alberto Alonso.

—Encantada, no te conocía.

—Bueno, no se puede conocer a todo el mundo.

«Menudo engreído», pensé. Yo que iba de simpática, menudo corte que me había llevado; eso me pasaba por hablar hasta con las piedras. La ambulancia salió hacia el hospital y nosotros nos dirigimos a nuestro vehículo para volver de nuevo a la base, ya que todos los niños habían llegado y estaban en los autobuses.

—Qué rancio el Alberto este, ¿no?

—Gabe, estaba centrado en su trabajo. —Kerman, el hombre tranquilo.

—Kerman, tú no eres objetivo, eres como una balsa de aceite, no te alteras ni aunque se te ponga delante Beyoncé en pelotas. ¿Seguro que tienes pulso?

—Oye, Kerman, si se te pone delante Beyoncé en pelotas, me avisas, tío —dijo Asier.

—No, si al final os apostaréis quién de los dos mea más lejos, así que dejad vuestras mentes sucias para otro momento porque, si no, yo también os diré quién quiero que se me ponga delante en pelotas.

—¡Cuenta, cuenta! —exclamaron los dos al unísono.

—¡Sois un par de marujas! Para que luego digan de nosotras... Señor, dame paciencia, porque como me des fuerzas me bajo del coche y llamo a Alberto para que me lleve en la ambulancia.

—¡Uy, a Gabe le ha gustado Alberto! —dijo Asier, riendo.

—Sí, seguro, ahora mismo voy a dibujar un corazón y a poner nuestros nombres dentro, ¡no te fastidia! Haz el favor de conducir rapidito que tengo comida familiar y al final no voy a llegar ni al poste, porque eres más lento que el caballo del malo.

—Soy prudente —dijo Asier, serio.

—Di que sí, como tiene que ser, pero tira, que me muero de hambre.

Llegamos a la base y nos fuimos cada uno a nuestra casa. Yo tenía comida con mis padres y «los carichus», que era como llamábamos cariñosamente a mi hermano, Pablo, y a su mujer, Paula. Eran más pegajosos que el alquitrán, todo el día cogidos de la mano, dándose besitos... me ponían del hígado. Que conste que yo era una persona cariñosa, pero a mí estar en ese estado de fusión continua hacía que me subiese la bilirrubina.

Al entrar en la casa de mis padres noté ese olor tan peculiar que tiene cada casa. Yo creía que donde había crecido no lo tenía, pero después de siete años viviendo fuera me había dado cuenta de que aquel piso de setenta y cinco metros cuadrados tenía su propio olor y nuestra esencia.

Mi madre estaba en la cocina terminando de preparar la comida. Mi padre, mi hermano y Paula charlaban animadamente sobre las próximas vacaciones que iban a hacer los carichus. Mi padre decía, resignado, que nosotros iríamos al pueblo. Desde que teníamos a Han, nuestro perro de aguas, las vacaciones en hoteles y viajes largos se habían acabado; de hecho, esa había sido la condición para tener perro. No queríamos un animal para luego dejarlo en un hotel; queríamos un animal que estuviese en casa, que fuese un miembro más de la familia. Han era de color marrón chocolate y tenía la nariz y las patas blancas como si se hubiese metido en una pila llena de harina y la hubiese estado olisqueando. Era travieso, pero era un buen perro. Nunca pensé que podría querer tanto a un animal. Cuando yo estaba triste, parecía que él lo notaba, y me encantaba tumbarme en la cama de mis padres, llamarlo desde allí y ver cómo cogía carrerilla y pegaba un salto para lamerme la cara. Luego se recostaba y se acababa el juego. Cada vez que le molestaba, me miraba con sus ojos ambarinos y ponía cara de circunstancias, como diciendo: «No me marees, que quiero dormir».

Al entrar en casa, Han me recibió dando saltos como siempre, saltaba tanto que me llegaba hasta la altura del pecho. No entendía por qué tenía que coger carrerilla para saltar a la cama de mis padres y, sin embargo, era capaz de lamerme la cara saltando desde el suelo.

Entré en la cocina y todos me miraron.

—¿Qué pasa? —dije a modo de saludo.

—Gabriela, vete a la ducha ahora mismo y trae esa ropa que la meta en la lavadora, que parece que vienes de la guerra.

—Mamá, vengo del monte, no de estar haciendo punto de cruz, es normal que me ensucie. Papá, he dejado las botas en la entrada de casa, ¿me las puedes limpiar luego?

—No, si ya sé lo que pasa aquí: tú vas de voluntaria y te cuelgas las medallas y el trabajo sucio para tu padre, ya sé cómo va esto.

—Venga, papi, no me des la murga, si no te cuesta nada.



—Pues no, lo mismo que a ti, y vete a la ducha, ya has oído a tu madre.

Los carichus me miraban con cara de «tienes un morro que te lo pisas y lo sabes», y yo me fui a la ducha canturreando. Estaba enjabonándome el pelo cantando una canción mientras me inventaba la letra sobre la marcha, cuando mi madre entró en el baño con el móvil en la mano. Era de la clínica, pero mi madre, cuando me llaman, no puede evitar cogerlo; es como si tuviese un imán para los teléfonos: suena uno y ahí va ella como un portero de fútbol dispuesto a parar un penalti. Además, a no ser que la clínica estuviese ardiendo en llamas, y aun así, no me llamarían a mí, de modo que ¿no podía esperar a que saliese de la ducha? La fulminé con la mirada y ella me sonrió y me dijo que lo había cogido porque podía ser importante.

Con medio cuerpo dentro de la ducha, saqué la cabeza llena de jabón, me sequé la mano y la oreja con la toalla que mi madre me pasó y me dispuse a hablar:

—Aquí Gabriela, en plena ducha, y que tiene una madre que no puede evitar coger llamadas que no son para ella.

—Gabriela, soy Carmen.

—Oh, vaya, Carmen, disculpa. Creía que sería alguna compañera para pedir un cambio de turno o algo así.

Carmen era la supervisora de la clínica, era más recta que el palo de una escoba y lo más importante de todo es que no aceptaba un no por respuesta. Según ella, éramos gladiadoras y teníamos que saber actuar ante todo tipo de situaciones, así que de vez en cuando te metía en un circo romano, como ir a urgencias, a la UCI o a neonatos. Yo ya estaba curada de espanto, por lo que solo esperaba saber dónde tocaba representar la función aquel día.

—Te necesito en urgencias, esta noche —dijo en un tono más seco que la mojama.

—Pero, Carmen...

—Pero Carmen ni nada, de noche, urgencias, con Jon. —Y colgó.

Genial, de noche, urgencias y con Jon. Un triángulo del infierno que no sabía adónde me llevaría, si a surfear la ola o a darme de bruces contra la arena. Además, no le había contestado al mensaje del otro día, así que a ver con qué cara me presentaba yo... Bueno, algo se me ocurriría. Yo y mis circunstancias...

Urgencias estaba que parecía la plaza del Arenal en plena Semana Grande bilbaína. Enseguida cogí un puñado de guantes, me los metí en el bolsillo y empecé a ir por todos los boxes, como si llevase patines, para ayudar a mis compañeras, que estaban desbordadas. Cuando salía del box tres y me dirigía al siguiente, casi me choco con Jon. Hasta ese momento no nos habíamos visto, ya que los boxes estaban distribuidos de tal forma que, si te lo proponías, podías evitar encontrarte con quien quisieras. Me paré en seco y noté que mis mejillas se sonrojaban un poco mientras él me miraba fijamente.

—No me digas más, tengo un moco pegado y nadie me ha dicho nada — dije yo.

—Qué burra eres. No, solo quería decirte que tenemos una emergencia en el box cinco y además viene acompañada de una familiar, que es licenciada.

—¿En medicina?

—No, en la universidad de la vida, que es mucho mejor.

Me guiñó un ojo y yo creí morir.

La emergencia vital era una señora a quien se le había caído una cazuela que debía de pesar como una pila bautismal por el tamaño del hematoma que le había producido. Su acompañante me dio todas las pautas que debería seguir, las cuales ignoré, pero, como no paraba, al final no pude callarme y cargué toda mi ironía contra ella.

—¿Es usted sanitaria?

—¿Yo? No, ¿por qué lo pregunta?

—No, como la veo muy puesta en procedimientos médicos, era para ofrecerle dejar su currículum, que yo soy muy amiga de la jefa e igual puede contratarla.

—Oh, vaya, me halaga, pero soy diseñadora web. Lo que pasa es que me

gusta mucho leer los artículos sobre salud del periódico.

Una diseñadora web indicando a una enfermera cómo hacer su trabajo... El mundo estaba definitivamente loco. ¿Qué sería lo próximo? En esos momentos me daban ganas de hacer las maletas e irme a vivir a Marte, seguro que allí había seres vivos más coherentes de los que hay en la Tierra.

Ingresaban pacientes sin cesar, así que no paramos en toda la noche. Pero, como todo lo bueno y lo malo, al final tenía que finalizar, y llegaron las ansiadas ocho de la mañana y el final del turno. Salía del vestuario cuando me encontré con Jon y me propuso ir a desayunar. Iba a decirle que no, pero me preguntó cuánto tiempo pensaba seguir evitándolo y, después de ponerme ojitos de gatito de *Shrek*, me desmoroné como un castillo de naipes que se deshace con un leve soplo, y acepté.

En la calle hacía mucho frío, propio del invierno bilbaíno, ese frío húmedo que ni siquiera la ubicación de la ciudad era capaz de templar. Me ajusté el plumífero, me puse los guantes y metí las manos en los bolsillos en un acto reflejo para no tener la tentación de asirme de su brazo buscando el calor de su cuerpo. Estaba lloviendo y él abrió el paraguas y me rodeó con el brazo para ocupar el mínimo espacio posible y así guarecernos mejor de la lluvia. Lo fulminé con la mirada, pero a él le dio igual porque no movió ni un dedo a pesar de que debió de notar que mi cuerpo se tensó bajo el grueso plumífero como si quisiera rechazar su contacto, pero yo tampoco me moví.

Al abrir la puerta de la cafetería el calor y el olor a café y a tostadas nos golpeó de lleno. Agradecí que el local, a pesar de ser tan temprano, ya estuviese caldeado porque, después de la noche que habíamos tenido, lo último que necesitaba era que la cafetería estuviese helada. Cuando terminabas el turno de noche, siempre salías destemplada por la falta de sueño y por la cantidad de horas metida en la clínica. A pesar del agradable ambiente y del calorcito que había en el Brass y que invitaba a la tranquilidad, sentí cierto malestar, como cuando comes mucho y tu estómago no acepta todo lo que has engullido, una mezcla de nerviosismo y la sensación de estar haciendo algo mal. Ya sabía que aquello no era más que un café, vale, había aprendido la lección, pero no entendía por qué Jon insistía

tanto en estar a solas conmigo. ¿Acaso no tenía más compañeras para compartir anécdotas? ¿O tal vez no era eso lo que quería compartir conmigo? De repente nos imaginé metidos debajo de un grueso edredón con nuestras piernas enredadas y él calentándome los pies. Como siguiese así, pronto empezaría a bordar las toallas, así que mejor dejarlo estar mientras pudiese.

Jon me pregunto qué quería desayunar y me dijo que lo esperara en las mesas que estaban al final del local. La iluminación del Brass era preciosa, con focos en el techo que no acababan cegándote, sino que creaban un ambiente cálido. Estaba decorado en madera color cerezo y blanco que le daba un aspecto limpio y acogedor.

Nos sentamos uno frente al otro y comenzamos a hablar sobre temas triviales, para romper el hielo; al fin y al cabo, era la primera vez que estábamos a solas fuera de la clínica. Jon me estaba contando que se le terminaba el contrato la semana siguiente, pero yo no le prestaba mucha atención porque me ardía una pregunta en la garganta, una que intentaba retener. Aparentaba estar tranquila, pero sabía que no podría controlarme y que terminaría haciéndosela, porque la curiosidad me mataba, y ya se sabe que la curiosidad mató al gato, pero prefería morir antes que quedarme con la duda.

—¿Se puede saber qué pretendes?

—Joder, Gabe, no me has dejado ni darle un bocado al pincho de tortilla.

El pincho tenía un aspecto espectacular, y olía aún mejor, en su platito acompañado de pan.

—Ya, lo siento, pero es que tantas miradas, tanto insistir, tanto... no me gusta que me mareen, Jon, y encima te olvidas de un detalle bastante importante y es que tú tienes pareja, Irene. Te acuerdas, ¿verdad?

—No te andas con rodeos... Bueno, pues yo tampoco lo haré. Me va fatal con Irene, llevamos saliendo siete años y ya no hay chispa. Creo que seguimos juntos por inercia, y me siento como encerrado en esta relación monótona, que ya no me anima a buscar nuevos proyectos y de la que no sé cómo salir.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Nada, solo te lo estoy contando. Me he fijado en ti y solo estoy intentando conocerte un poco más. Pero eres más rara que un perro verde,

maja, no había conocido nunca a una persona como tú.

—Será porque soy transparente y no me gusta que me vacilen. En el pasado no me ha ido demasiado bien con los hombres y no quiero que me hagan más daño, tengo el cupo lleno. Si quieres, como amiga puedo darte algún consejo sobre cómo encauzar tu relación, pero no puedo ofrecerte mucho más.

—¿Quieres probar mi tortilla? —Tendió el tenedor con un bocado que resultaba tentador.

—No me gusta que me den de comer, no soy ningún perro al que haya que ofrecerle un premio. No me gusta compartir postre y eso es extensible al resto de la comida.

—Me dejas a cuadros, si te esfuerzas puedes ser incluso simpática.

—Es que soy simpática, ¿o te crees que, si no lo fuese, me dejarían utilizar en la clínica el carro de la medicación como un patinete cuando nadie me ve?

—No sé qué me has hecho...

—Déjate de decir bobadas y come —le dije roja como un tomate.

Terminamos el desayuno, que estaba buenísimo, o eso me pareció a mí, y eso que estaba nerviosa y más que degustar lo que hice fue engullir, pero a un pincho de tortilla nunca se le hace un feo. Ya no llovía, así que al menos no tendríamos que recorrer el camino de vuelta pegados como lapas. Nos levantamos y fuimos hacia la puerta. Mientras me abrochaba el plumífero, le miré la cara y entonces solté una carcajada.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—Es que tienes toda la comisura de la boca llena de aceite. ¿No sabes cómo se utilizan las servilletas, corazón? —dije, poniendo morritos como si le hablase a un niño pequeño.

Me acerqué para limpiarle la boca, una boca bonita, con unos labios carnosos, de esos que dan ganas de mordisquear, que cubrían una sonrisa que mostraba unos dientes blancos como el merengue y perfectamente alineados. Me fijaba siempre en los dientes de las personas. A pesar de fumar, yo me cuidaba mucho la dentadura y, al igual que yo, me pareció que él también había llevado ortodoncia. Sí, sufrí mi fase *gremblin*, solo me faltó el acné, del que me libré. Pero entre las gafas de pasta tipo azafata del «Un, dos, tres...», que se llevaban en los años ochenta, y la ortodoncia, guapa, lo que se dice guapa, no estaba.

Aunque no era mi intención, me acerqué más de lo debido, mi corazón iba a mil, y cuando mis dedos rozaron su barba de tres días, inmediatamente mi sexo empezó a palpar. Madre mía, ¿podía ponerme cachonda con solo rozarle la barba? ¡Con lo monja que yo era! Pero parece ser que la monja se había quedado en el convento y la loba estaba empezando a aullar.

Él me cogió la mano y me hizo una caricia; entonces todo se ralentizó. Nuestros ojos se encontraron. Quise zafarme de su mano, pero él sujetó la mía dulcemente dejando un beso distraído en el dorso (me había echado crema de manos, ¿olería a eso u olería a tabaco? Esperaba que a lo primero). Lo miré sorprendida; seguro que mis pupilas se dilataron como cuando estás en alerta, y sin embargo no me moví. Se acercó con intención de besarme, pero me eché para atrás y le dije que parase, que no era buena idea, que lo dejáramos antes de que fuese demasiado tarde. Luego me incliné hacia él para darle un abrazo —supongo que a modo de consuelo—; sin embargo, no sirvió de nada, porque en dos movimientos sus labios estaban pegados a los míos.

Entonces me trasladé a otra dimensión, que sabía a café, que recordaba a almohadas mullidas y que olía a Solo de Loewe. Sí, solo olía él. No sé cuánto tiempo pasó, pero tenía la sensación de haber llegado a casa, sentí ese calor de hogar, como cuando llegas empapada porque la lluvia te ha pillado por el camino y te das una ducha caliente y luego te envuelves en un albornoz esponjoso. Sentía que todo me daba vueltas. Si no me separaba de él, iba a tener que tomarme una Biodramina, porque estaba teniendo un viaje astral en toda regla.

Quería apartarme, pero sus brazos, fuertes y fibrosos, no excesivamente musculados como los de gimnasio, me envolvían —estaba segura de que podrían cogerme al vuelvo y llevarme a donde quisiese— y no me dejaron escapar. Qué brazos, ¡madre mía!, qué manos, todo él... Estaba perdiendo el control, pero entonces surgió la monja del convento y me reprendió, cuando yo estaba en pleno gozo y disfrute, ordenándome que parara y saliese disparada para casa como una bala.

Dicho y hecho.

No dije nada, solo me deshice del abrazo y me marché sin mirar atrás. Ni siquiera me despedí de él. Quizá intuía que no era necesario porque en mi

fuero interno estaba segura de que aquello era el principio de algo que no sabía muy bien hasta dónde me llevaría. Caminaba deprisa, todavía con el sabor de su beso en mi boca. Sentía como un hormigueo en los labios, como si los suyos me hubiesen producido una reacción alérgica. Los notaba hinchados, acorchados, pero yo sabía que no era eso; lo que yo sentía era puro placer. Aunque me costaba reconocerlo, aquel beso me había hecho sentir mariposas en el estómago y en lo que no era el estómago.

Jon se despertó después de haber dormido ocho horas de un tirón. Eran las cuatro de la tarde. Irene siempre lo esperaba para comer cuando salía del turno de noche. Decía que pocas veces podían comer y que no estaba dispuesta a desaprovechar aquella ocasión.

Se sentía como una mierda: mientras ella tenía el detalle de esperarlo para comer a esas horas, él estaba besándose con otra en la puerta de una cafetería. Si alguien los había visto, se iba a armar una buena. No sabía qué le pasaba, no podía dejar de pensar en ella, y, si aspiraba fuerte, todavía podía sentir el sabor de los labios de Gabriela.

Gabriela, con esas curvas —nada que ver con esas mujeres de catálogo—, era una mujer que tenía donde agarrar, natural y sencilla, con sus vaqueros, sus botines bajos, sus gafas de pasta y ese humor tan desagradable que lo volvía loco. Siempre había tenido parejas muy guapas, femeninas, elegantes, de las que no salen sin pintarse la raya del ojo ni para comprar el pan. Gabriela era todo lo opuesto a cualquier mujer con la que había estado. Su moño deshecho y sus pendientes de Tous, de diseño infantil, le daban un aspecto aniñado y algo inocente que no era frecuente entre las enfermeras. Estas terminaban la carrera siendo muy jóvenes, y de pronto se veían cargadas de demasiadas responsabilidades. Entonces esa inocencia desaparecía.

Era una profesión muy bonita, sin duda, llena de satisfacciones, pero también de malos momentos. Se empezaba a trabajar a los veintiún años, una edad en la que uno está deseando comerse el mundo, viajar, experimentar y vivir a lo loco, pero en la que de pronto se ve atado a horarios, cargado de responsabilidades y siente que va a contracorriente. Cuando ellos descansan, los demás están trabajando, y viceversa. Esto había provocado a menudo



entre ellos alguna discusión porque Irene, a pesar de que lo entendía o al menos lo intentaba, tenía horario de oficina, de ocho a tres, y algunas tardes, aunque desde casa, se ocupaba del papeleo. Nada que ver con el trabajo de Jon, aunque los dos estuvieran vinculados al mundo sanitario.

Se frotó lo ojos con fuerza como si quisiese despertar de un mal sueño y vio a Irene esperándolo en la mesa de la cocina con el portátil abierto, seguramente haciendo tiempo hasta que él se levantase para comer.

—Hola, cariño —lo saludó ella por encima del ordenador.

—¿Burocracia?

—Y de la mala, además. Papeles para los comités de ética. Tenemos un nuevo ensayo en marcha y debo preparar...

Él ya no la escuchaba. Abrió la nevera, sacó la botella de agua y se sirvió un vaso. Seguía pensando en Gabriela. Se sentó delante de Irene e intentó participar en la conversación, pero no estaba de humor para eso, así que se levantó para ir directo a la ducha.

—Oye, ¿estás bien? No me has dado ni un beso de buenos días, y estás como ausente.

—No, una mala noche, eso es todo. Estoy hecho polvo, ayer parecía que regalásemos entradas en urgencias.

—Venga, pues dúchate, mientras tanto voy calentando la lasaña.

Ella se acercó para besarlo, pero, en lugar de devolverle el beso, Jon le dio uno en la frente.

Irene se quedó pensativa, algo no iba bien, aunque seguro que era debido a que la noche había sido dura en la clínica. Sin embargo, se le formaba un nudo en el estómago cuando lo veía así, porque sabía que se avecinaba tormenta. Era consciente de que él estaba sometido a mucha presión. Ella era hija única y su padre había fallecido de un infarto hacía unos años, así que Jon se había convertido en la figura masculina a la que su madre y ella acudían. Era el manitas de la casa, por lo que tenía que cargar con su propio trabajo, con las chapuzas de la casa y de la de su madre. Además, esta se había vuelto muy dependiente desde el fallecimiento de su marido e iban muchas veces a comer a su casa o ella los acompañaba en los viajes.

Irene sabía que a Jon no le molestaba, pero, durante las vacaciones, a menudo se quedaban sin sexo por miedo a que su madre los oyese. Ella venía

de una familia tradicional, le daba pudor, de modo que durante esos días de descanso los encuentros eran esporádicos y más bien rápidos. En vacaciones, ni pensar en preliminares. Eran como un plan de una noche. Echaba de menos esos días en los que se quedaban horas en la cama. Jon recorría su esbelto cuerpo lentamente, dejando besos en todos los rincones de su piel y le hacía el amor como nadie se lo había hecho: despacio, con sentimiento, fundiéndose el uno con el otro. Pero esos tiempos ya habían pasado; se habían convertido en una pareja sumergida en la rutina, apenas tenían sexo y este era escaso y sin muchos fuegos artificiales. Aunque Irene sabía que después de un tiempo aquello solía pasar en una relación, no era lo que ella quería, ella deseaba fuegos artificiales. Por eso cada vez le apetecía menos hacer el amor, total, para un polvo rápido y a dormir, prefería quedarse tal cual.

Tenía la mirada fija en la pantalla del ordenador cuando vio que Jon entraba de nuevo en la cocina. Olía a los productos Samurai de Rituals que ella le había regalado días atrás. Si fuese por él, se ducharía con cualquier gel, pero a ella le gustaba darle ese toque chic que él no tenía.

Se sentía culpable cuando pensaba en esas cosas. A ella le gustaba llevar bolsos de marca, siempre conjuntados con unos buenos zapatos, y él era tan... de barrio, con sus zapatillas del Pull&Bear y sus camisetas de Springfield. Poco a poco y sin darse cuenta, intentaba cambiarlo. Acababa de comprarle unas Adidas Superstar que tanto le gustaban y que, si no fuese por su trabajo, ella misma utilizaría.

Sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de esos pensamientos y fue a abrir el horno para sacar la lasaña, pero cuando se dio la vuelta Jon ya no estaba.

Se había encerrado otra vez en el baño, con el móvil en la mano, la mirada fija en la pantalla como si esperase una llamada, pero lo que quería era hablar con Gabriela, aunque no podía hacerlo. ¿Cómo iba a llamarla estando Irene en casa? Abrió la aplicación de WhatsApp y se puso a escribir:

Joder, Gabriela, no dejes de pensar en ti.

Lo de esta mañana ha sido increíble y encima te has ido así, como alma que lleva el diablo. Sé que lo que he hecho no ha estado bien, pero no he

podido evitarlo. No sé qué tienes que necesito tenerte cerca. ¿Cuándo coincidimos otra vez en turno?

Menudo capullo estaba hecho, capullo y sensiblero, él que no había movido un dedo por nadie en su vida, se estaba poniendo más blando que un pan de media cocción por una chica que apenas conocía. Con la vida solucionada, porque, a pesar de su precario trabajo, contaban con el sueldo de Irene, un piso (que era de ella) y todo un proyecto de vida en común. Pero... ¿qué había sido de ese proyecto? ¿En qué parte del camino se había quedado?

En la pantalla no aparecía el maldito doble *check*. ¿Dónde estaba Gabriela? Lo mejor sería salir del baño, comer y... ¿disimular?

Fui a casa de mis padres para recoger a Han y llevármelo a dar un paseo. Lo bueno de tener la custodia compartida del perro con mis padres era que ellos se encargaban de él cuando yo estaba trabajando.

Abrí la puerta del coche y Han se subió de un salto; sabía que íbamos de excursión. Necesitaba pensar, analizar la situación y dejar de comportarme como una psicópata. No quería darle explicaciones a Jon sobre mi pasado, pero era cierto que mi comportamiento se debía a lo que yo había vivido anteriormente.

Yo era una chica corriente, con un físico normal, quizá un poco más alta de lo que me habría gustado; no tenía nada que destacase especialmente. A la hora de vestir, lo mismo salía con unos leggings y un jersey *oversize* que me subía a unos taconazos.

La vida en general me había tratado bien, con una familia estupenda, una profesión que me encantaba, pero (siempre hay un pero) no había tenido suerte en el amor. Tenía un imán de alta potencia para enamorarme de auténticos garrulos, lo que me llevaba a sufrir habitualmente ataques agudos de amor idiota (yo por él y él por otra). Entonces entraba en un bucle de autodestrucción. Ese es el problema de ser enamoradiza; me gustaba definirme como «de gustar rápido y olvidar lento».

¿Y qué implicaba aquello? Sufrimiento, dolor de corazón y a veces dejar de creer en el amor. Sí, era verdad, me encantaban las comedias románticas y creía que todas las historias tenían un final feliz. Quizá había idealizado demasiado el amor, al más puro estilo Disney.

Tras cada desengaño, tras cada palo, tras cada ruptura, me sentía un poco más rota y apreciaba más mi soltería.

El problema de vivir en una montaña rusa sentimental era que mis

reacciones solían ser desmedidas. Jon seguramente pensaba que estaba loca de atar, pero me daba igual. Tenía claro que no iba a jugar a lo que fuese que estuviera jugando. Me negaba a ser el clavo que saca otro clavo.

¡Lo que me cundían a mí los trayectos en coche...! Aparqué cerca de la playa y Han y yo nos dispusimos a dar un paseo bordeando toda la costa. Hacía uno de esos días de enero que tanto me gustaban, soleados y fríos.

A medio paseo me senté en un banco de piedra que estaba mirando al mar. Sentía cómo los rayos de sol acariciaban mi cara y el olor del mar me relajaba. Abrí la mochila y saqué el libro que estaba leyendo, *Olvidé decirte quiero* de Mónica Carrillo, y encendí un cigarrillo.

Mientras Han correteaba alrededor, yo leía y fumaba escuchando cómo las olas rompían contra el acantilado. Estaba relajada como no lo había estado en los últimos días. Di una calada profunda que inundó mis pulmones del maldito humo cuando oí:

—¡Hombre, la chica de la Cruz Roja!

Fue tal el susto que me llevé que empecé a toser como una loca y no conseguía parar. Alberto, preocupado, se acercó y me dio unas palmaditas en la espalda.

Estaba guapo, y, aunque no era de una belleza deslumbrante, tenía unos ojos preciosos enmarcados por unas largas pestañas. Nunca he sido de esas chicas que en lo primero que se fijan es en el físico, sino que lo que me atraía era algún rasgo especial, como una bonita sonrisa, unos ojos llamativos; algo que destacase de su forma de ser.

Con los ojos llenos de lágrimas por la tos, por fin conseguí hablar:

—Alberto, casi me asfixio del susto. No llevarás por casualidad una bala de oxígeno encima, ¿verdad?

—Vaya, si recuerdas mi nombre... y, respecto al oxígeno, pues no, no suelo salir de casa con ella a cuestas. Lo que tienes que hacer es dejar de fumar. ¿No te han dicho que fumar mata?

—Sí, y vivir también mata, y aquí estamos.

—Joder, qué melodramática.

—Bah, no te creas, es que estoy un poco hasta la peineta.

—¿Qué es eso de la peineta? —Se rio—. ¿Es por el trabajo?

—Hasta la peineta estoy yo, que para eso soy muy flamenca. El curro me

tiene un poco quemada, sí. Pero a veces se juntan varias cosas... Por cierto, ¿qué haces por aquí? Yo he venido a dar un paseo con el perro. Mira, es ese —dije señalando—. Se llama Han.

—¿Es un caniche?

—Sí, de veinte kilos, no te fastidia... No, es un perro de aguas. Es bonito, ¿eh?

—Bueno, no está mal.

Mi radar de garrulos se activó automáticamente, así que, como él no parecía tener intención de moverse, decidí marcharme hacia el coche. Llamé al perro y, cuando fui a atarlo, no sé cómo, la correa se me enredó en el pie y caí de bruces contra el suelo.

—Pero ¿qué haces?

—Pues aquí haciendo de arqueóloga en busca de restos, ¡no te jode! ¿Puedes sujetar al perro mientras me levanto, por favor?

—Sí, perdona. ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. Ya ves, es parte de mi encanto hacer el ridículo en público.

—Bueno, mujer, eso le pasa a cualquiera.

—Ya... Gracias por sujetar a Han. Bueno, me voy hacia el coche.

En ese momento, al dar el primer paso, noté un intenso dolor en el tobillo. Menuda faena, tenía toda la pinta de ser un esguince, pero tenía que ir hasta el coche como fuera.

—Oye, chica de la Cruz Roja, en serio, ¿estás bien?

—Oye, ambulanciero, me llamo Gabriela, ¿vale? Y creo que acabo de hacerme un esguince.

—Anda, trae al perro y agárrate de mi brazo, que no puedes ir así, cojeando a lo Chiquito de la Calzada y el perro tirando de ti.

—Gracias... —dije con los ojos anegados en lágrimas.

¿Qué más podía pasarme? ¿Me había mirado un tuerto? Más que un tuerto, una horda de ellos.

Empezamos a andar y, cuando habíamos recorrido diez metros a paso de tortuga, Alberto se paró en seco.

—Eres consciente de que así no puedes conducir, ¿verdad? Será mejor que te lleve a casa.

«Genial», pensé, mientras deseaba que la tierra se abriese en ese momento y me tragase hasta lo más profundo de sus entrañas.

Me dejó frente a mi casa con un «Bueno, maja, ya sabes lo que tienes que hacer, así que no te diré cómo debes tratar ese pie», y me lo dijo con una cara de seta que no podía con ella. A veces me daba cuenta de que la gente tenía unos cambios de humor demasiado bruscos que me descolocaban. Aun así, como buena masoquista-buscadora-de príncipes azules, lo invité a subir por cortesía.

—¿No quieres un café?

—No, no. Fugo ya, que tengo cosas que hacer.

«Fugo ya.» ¿Qué demonios significaba eso? Segundo aviso del radar de garrulos sentimentales en menos de tres horas. Alberto lo petaba.

Cuando entré en casa me di cuenta de lo tonta que era. Me había traído a casa, muy bien, y ahora, ¿qué hacía yo sin coche?

Han se fue directo a comer y a tumbarse. Lo miré con envidia; eso de que la vida es muy perra, en el caso de mi perro, no se cumplía. Era el rey de la casa y él lo sabía.

Resignada, me senté en el sofá con el pie en alto y la bolsa de guisantes congelados para bajar la inflamación y me dispuse a mirar el móvil. Qué bien sentaba desconectar del mundo virtual durante unas horas.

El WhatsApp echaba fuego, la bandeja de entrada del e-mail estaba bastante llena y tenía unas cuantas llamadas perdidas. Suspiré. Empecé por las llamadas.

Mi madre la primera, la finiquité pronto, contándole lo que me había pasado y que necesitaba que viniese mi padre a recoger a Han. Le dije que estaba sin coche y que me había acercado un conocido. Las madres, que tienen soluciones para todo, me dijo que mi padre iría a recoger a Han y que luego se acercaría a por el coche y así daba un paseo.



—Jope, mami, me da cosa... pobre papá.  
—Anda, déjalo, que así está entretenido.  
—¿Te mando comida para el perro?  
—No, hay aquí, no te preocupes.  
—Eres la mejor, mamá.  
—Ya, ya lo sé, hija.  
—¡Mírala ella! Qué creído te lo tienes, ¿no?  
—Si es que contigo, hija mía, me tengo el cielo ganado; cuando no te pasa una cosa, te pasa otra.  
—Razón no te falta, ya sabes que soy muy «entretenida».  
La siguiente llamada era de Carmen. Esta me daba más miedo: mi jefa poseía el «nivel experto» en fastidiarme los días libres.  
—Dime, Carmen.  
—¿Se puede saber dónde estabas?  
—Pues estoy en mis días libres, no tengo que estar pendiente del teléfono, ¿me equivoco?  
—Pues no, no te equivocas, pero si te necesito tienes que venir, ya sabes cómo va esto.  
—Bueno... —No quería discutir con ella—. ¿Y cuál era la urgencia?  
—Pues que te necesitaba.  
—Ya, pues no podré ir, me he hecho un esguince.  
—Da igual, está solucionado —dijo, ignorando mi esguince—. Clara ha cogido la baja. Está embarazada y tiene pérdidas.  
—¿Cómo?  
—Comiendo, Gabriela, lo que has oído. —Suspiró.  
—Oye, Carmen, ya vale, ¿no?  
—Perdona, es que estoy hasta arriba...  
—Te entiendo, pero yo no tengo la culpa.  
—Lo sé. Creo que voy a darle a Jon la baja de Clara.  
—¿En serio? —dije sin poder evitarlo.  
—¿Algún problema?  
—Ninguno. Bueno, Carmen, te dejo que mi padre está al llegar para recoger al perro.  
—Cuídate. ¿Piensas coger la baja?

—No. Tranquila, me las apañaré —dije en un tono seco.

—Gabriela... gracias, me harías una faena...

—De nada, pero te agradecería que me trataras con un poco más de consideración; a veces me siento como si te debiera la vida, o algo así.

¿Jon iba suplir a Clara? Pero en qué estaba pensando..., ahora la garrula era yo. Mi amiga estaba embarazada y con pérdidas, y yo dejándome llevar por las hormonas.

Intenté llamar a Clara, pero no cogía el teléfono, y Raquel tampoco, así que llamé a Pilar.

—Oye, Piluca, ¿qué le ha pasado a Clara?

—Que yo sepa nada. ¿Por qué?

—Es que me ha llamado Carmen para preguntarme si podía ir a trabajar y me ha dicho que Clara está embarazada y que tienen pérdidas.

—Vaya... pues no tenía ni idea. A mí también me ha llamado, pero estoy en el pueblo, en Roa. No me ha hecho volver por el canto de un duro.

—Ayyy, Piluquilla..., ¿qué nos está pasando? Antes nos lo contábamos todo, y ahora estamos cada vez más distanciadas... Os echo de menos...

—Yo también, Gabe, pero entras en una rutina diaria, ya sabes, cada una tenemos nuestros asuntos, y luego la Bruja Avería —refiriéndose a Carmen— tampoco nos deja hacer mucha vida social.

—Contenta me tiene a mí la bruja de Blair. Tenemos que convocar un comité de sabias urgentemente, esto no puede seguir así. ¡Voy a hacer una llamada estrogénica! ¡Lo que las hormonas unieron que no lo separe la bruja!

Iba a hacer un llamamiento de urgencia a las chicas, pero al abrir el WhatsApp vi un mensaje de Jon. Lo leí, los pelos de la nuca se me erizaron; decía que no podía dejar de pensar en mí. Casi me pongo a dar saltos de alegría, porque a todas nos gusta gustar; era una tontería, pero intenté centrarme en lo que debía responderle, ya que ahora íbamos a ser compañeros durante un tiempo más largo del esperado.

Hola, Jon, perdona por no haber contestado antes, pero he estado con el perro por ahí, ya sabes, pensando. Es que no me parece bien lo que estamos haciendo, no voy a negarte que me atraes, pero tienes pareja y no

creo que sea lo correcto. Si estuvieses libre,  
entonces podríamos planteárnoslo...

De repente se puso en línea, y entonces sentí que el corazón se me iba a salir por la boca e iba a ponerse a bailar la conga ante mis ojos. Cinco segundos... «escribiendo...». Veinte segundos... «escribiendo...». ¡Por Dios, qué estaba escribiendo!

¡Cling!

Hola, Gabe, estoy currando, me ha llamado Carmen para que viniese a trabajar. Y, ¿sabes qué?, ¡me va a dar la baja de Clara! Estoy supercontento... Respecto a lo nuestro... ahora mismo no puedo prometerte nada, Irene forma parte de mi vida, son muchos años... pero la verdad es que no puedo dejar de pensar en ti.

Jon, me parece que te estás columpiando un poco. Mira, piénsate bien las cosas y no me marees, ¿vale?

Silencio. La madre que lo parió, y encima va y se desconecta.

Yo no le debía ninguna explicación a nadie, y, sin embargo, me sentía mal por lo que le había dicho. Me entraron ganas de llorar; otro palo amoroso no, por favor, más no...

Cuando conseguí calmarme un poco después de meterme un Orfidal debajo de la lengua, intenté llamar de nuevo a Clara. Esta vez sí respondió.

—Clarita, ¿qué pasa?

—Nada, Gabe, que estoy embarazada y estoy manchando.

—Jope, Clara, no nos habías dicho nada...

—Ya sabes que cuando tuve el aborto el año pasado lo pasé fatal por dar la noticia demasiado pronto. Ya os avisé de que si volvía a pasar no lo diría hasta los tres meses.

—Sí, te entiendo y lo respeto, pero quiero que sepas que estamos contigo. No estás sola.

—Ya lo sé, cuqui. Ahora reposo y en tres días al ginecólogo para ver cómo está el bebé.

—¿De cuánto estás?

—De dos meses.

—Clara, estoy segura de que vas a ser madre, que esto quedará en un susto. Ese bebé tiene que nacer para conocer a las descerebradas de sus tías.

—¡Ya te digo! —Se rio de forma un tanto triste—. Si es niña, ya estoy viendo el kit de supervivencia de Hello Kitty patrocinado por ti.

—¿Acaso lo dudas? Bueno, reina mora, cuídate mucho. No pienso molestarte, así que hablamos cuando haya novedades, o, mejor dicho, nos invitamos a merendar para celebrar que todo ha salido bien.

—Cuenta con ello. ¿Tú qué tal estás?

—Jodida, pero contenta. Tengo un garabato mental que alucinas. Pero mejor te lo cuento en persona.

—Bien, yo voy a seguir con mi reposo. Espero verte en unos días.

—No te olvides de los donuts para el día de la merienda, ¿eh?

—No, Gabe, no me olvido ni de tus donuts ni de tus M&M's —dijo riendo.

Colgamos y fui a hacer un atraco a mano armada al armario de las chucherías. Estaba hecha un cuadro, menudo día... Me dolía el tobillo y también me dolía algo por dentro, aunque no sabría decir dónde, pero es que no podía creerme el tipo de fauna que me rodeaba. Me merecía un homenaje hipercalórico, así que dicho y hecho. Sofá, manta y chucherías, el paraíso de los bajones emocionales.

Apagué el móvil, mañana sería otro día.

Después de dos días volví al trabajo, con el esguince prácticamente curado. También es cierto que había hecho las cosas bien: el reposo, el hielo, comerme un par de tabletas de chocolate... El tratamiento completo, vamos.

Aquella mañana se me pegaron un poco las sábanas, así que cuando llegué ya estaba todo el mundo allí. Cuando entré en el control de enfermería, obviamente gracias a mi superpoder de rastreo, al primero que vi fue a Jon; luego, a Iván, que era un auxiliar de enfermería de fama cuestionable, según comentaba la gente, pero con el que yo me llevaba genial. Lo llamaban «Ivana la Mala», como si tuviese alguna gracia, pero ya se sabe que en los sitios pequeños el «deporte nacional» es criticar y poner motes. Vi a Raquel, oculta en un rincón, echando una partida al Candy Crush mientras le daban el relevo. Eso me hizo sonreír, me dio calorcito en el corazón por la ternura que me provocaba y me reafirmé en mis pensamientos de cuánto la quería.

Dije «buenos días», a lo que solo contestaron los de mi relevo, que me echaron una mirada tipo «maldición gitana» por llegar justa, y Raquel. El resto siguió a lo suyo.

Cuando el turno de noche se marchó y nosotros nos pusimos a preparar la medicación de primera hora, como nadie hablaba, decidí romper el hielo.

—¿Quién está de guardia?

—Víctor —me contestó Raquel todavía más dormida que despierta.

—Hombre, el doctor Víctor García de Miranda de Ebro —dije sonriendo.

—Qué confianzas las tuyas, ¿no? —repuso Jon, abriendo la boca por primera vez.

—Bueno, cuando lo conozcas a ti también te inspirará confianza. Yo lo adoro.

—Si tú lo dices...

Ya estábamos... ¡ya estábamos con los humos de garrulo! Pero ¿qué problema tenía este muchacho? Decidí callarme no fuese que acabara canalizándole una vía en la yugular y a lo bruto. A palabras necias, oídos sordos, de toda la vida, y a borderías, sordera completa.

Como terminé de cargar la medicación, saqué el móvil y le mandé un whatsapp a Víctor:

¿Se puede saber cómo osas venir a esta santa casa de damas de compañía y no avisarme?

Me quedé mirando la pantalla esperando a que se pusiese en línea; la verdad es que hasta que el resto de mis compañeros no terminase de preparar su carro no tenía nada mejor que hacer. A los tres segundos, ahí estaba:

Puta jefazaaa, luego subo a verte,  
que tengo la urgencia petada y voy a  
ponerme a repartir hostias como panes.

Qué bruto era, pero era mi bruto preferido. Solo hablábamos de esa forma a solas o por WhatsApp. Procurábamos mantener la poca dignidad que nos quedaba, yo vestida de ese maravilloso color moco caracol, y él, con una bata dos tallas más pequeña y escrito en el bolsillo a boli «Médico», de su puño y letra.

Por fin salimos a dar la medicación. Al pasar por delante de una de las habitaciones, el paciente, Juan Ramón, tenía la radio puesta a toda pastilla y sonaba Enrique Iglesias. Entré tarareando para dejar las pastillas y vi que Iván le estaba preparando el desayuno para dárselo.

—Qué pasa, Gabrielita, ¿a ti qué te duele, «el corazón o te duelen los pies»?  
—me preguntó Iván haciendo referencia a la canción.

—Yo soy más de que me duela el alma, como a las cupleteras.

—Anda, melodramática, no será para tanto, que solo te faltan la peineta y la mantilla.

—Oiga, Juan Ramón, usted no tendrá un hijo, un sobrino... o algún familiar de mi edad, ¿verdad? —dije, incluyendo al paciente en la conversación.

—Pues, hija, la verdad es que no, mis hijos ya están casados, pero es una pena porque eres muy maja.

—¡Oiga, maja no, majísima! Y un bellezón aquí donde me ve.

—Sí, tenga en cuenta que se la rifan diferentes revistas para que sea su portada —dijo Iván al más puro estilo Ivana la Mala.

—Mi compañero tiene razón, en mis ratos libres soy modelo, pero no lo comento porque me da apuro; a otros, en cambio, les encanta hacerse selfies y poner morritos y luego colgarlos en las redes sociales. Como los modelos... pero sin serlo.

Iván y yo nos miramos y empezamos a reírnos porque en ese sentido nos parecíamos mucho; nos daba igual incluir en nuestras bromas malignas a los pacientes.

—Bueno, sois los dos muy guapos —sentenció Juan Ramón con ganas de que esa conversación de besugos acabase.

—Unas más que otras —señaló Iván.

—Me voy antes de que venga alguien a pedirme un autógrafo —dije mientras cerraba la puerta y le guiñaba un ojo a Iván.

Horas más tarde este me comentó que Juan Ramón le había preguntado si realmente yo era modelo, que era una chica muy maja pero que no le parecía un bellezón para estar en una portada, aunque, eso sí, que tenía un buen culo. Los pacientes de edad avanzada eran los que nos hacían pasar los mejores ratos con diferencia.

Sobre las doce vino Víctor a rescatarme para tomar un café. Raquel, Jon y yo estábamos hablando sobre un paciente en el control de enfermería cuando entró con su metro ochenta y mucho, su corpulencia y su sonrisa bonachona.

—¡Buenos días!

—Hola, doctor García de Miranda de Ebro —dije con sorna.

—¡Gabriela!

Me dio un abrazo de oso tan fuerte que casi me asfixia, y me llenó la cara de besos, luego unas palmaditas en la espalda... Vamos, una paliza de carantoñas en toda regla.

—Víctor, este es Jon. Está supliendo a Clara, no sé si lo conocías.

—¡Qué pasa, chavalote!

Se abalanzó sobre Jon para darle dos besos, y es que Víctor nos saludaba a todos por igual.

—Ho... Hola —dijo Jon, mirándome con cara de circunstancias por encima

del hombro de Víctor—. Encantado...

—¡Pero si está aquí la campeona olímpica del Candy Crush!

—Sí... bueno, gracias a Gabriela tengo esa bonita fama en toda la clínica, pero también sé hacer otras cosas, como sudokus, sopas de letras y veo «Saber y ganar» todos los días que puedo —dijo Raquel un poco a la defensiva.

—Pero sabes que te quiero, Raquel, aunque yo no vea «Saber y ganar», total tienen que acertar cien preguntas para ganar seis míseros euros...

—Ganan algo más, pero no mucho más —dijo Raquel, riendo.

Raquel no era muy propensa a las demostraciones de cariño y menos en público, pero ella lo expresaba a su manera. Si yo le tenía que dejar un pósit con alguna anotación, lo hacía en uno bonito, con palabras cariñosas y con algún que otro corazoncito; ella, en cambio, se limitaba a escribir en una esquina de un folio que seguramente llevaba más de una semana en el bolsillo de su uniforme y que incluso habría pasado por lavandería, y, por supuesto, escrito con un boli Bic rojo. A mí me sangraban los ojos. Ella lo sabía. Era nuestro «código de comunicación», solo nuestro.

Le pedí a Raquel que me cubriese durante veinte minutos mientras yo tomaba un café rápido con Víctor en la cocina de la planta.

—Bueno, ¿qué te cuentas, super-Gabe?

—Poca cosa.

—Menudo mozo os han traído, ¿eh? ¿Telofo?

—¿Telofo?

—¡Que si te lo has follado, cojones!

—Mira, Víctor, no sé cómo te dejan trabajar en esta casa de monjas con lo burro que eres, y no, no me he acostado con él.

—Pues algo hay, lo sé, te mira mucho.

—Pues últimamente tengo un imán tamaño Guggenheim para atraer a garrulos, así que mejor que no haya nada. Mi especialidad son los chicos sentimentalmente inaccesibles.

—Gabriela, desembucha.

—Me metió el morro y tiene novia.

—¡Ese sí que sabe!

—¡¡¡Víctor!!!



—Vale, vale. ¿Te gustó?

—Pse... —contesté mientras le pasaba su café.

Ya no le preguntaba cómo le gustaba. En vaso grande, doble de café y de azúcar. Yo, sin embargo, tomaba doble de café, una nube de leche y sacarina.

—Gabriela...

—Vale, sí, sí que me gustó... ¿Y qué hago?

—Pues a ver... por ej...

En ese momento se abrió la puerta de la cocina y entró Raquel para avisar a Víctor de que lo necesitaban en urgencias. Con su santa parsimonia se despidió de todos y se marchó. Y yo me quedé sin escuchar su consejo.

—Pues vaya con Víctor... tiene la mano un poco larga, me parece a mí — me dijo Jon con retintín.

—¿Perdona?

—¿Estáis liados o algo así?

—Creo que eso no es de tu incumbencia, Jon. ¿Qué tal está Irene?

No me contestó, salió del puesto de control hacia el almacén de sueros. Los hombres deberían venir con manual de instrucciones porque, aunque son más simples que el mecanismo del chupete, me parecía que más de uno se había tragado el chupete, con mecanismo o sin él.

—Vaya humos que tiene el nuevo, a este paso le hacen gerente de la clínica. Se ha ido con el culo todo prieto —dijo Raquel.

—Y vaya culo... ¡madre mía!

—Gabe, focaliza, que te veo subiendo a la carroza en menos de lo que tarda Gasparín en romper un cojín.

—Joder, Raquel, a ver cuándo quedamos y nos ponemos al día. El otro día estuve hablando con Clara y Pilar sobre el tema, y cuando sepamos cómo va el embarazo queremos hacerle una visita y pasar un rato juntas. He intentado hablar contigo, pero no ha habido forma.

—Me parece una idea genial. Últimamente no doy abasto, Gabe, mis hijos son unos ogros. Yo, en mi próxima vida, quiero ser un oso polar.

—Me caías mejor cuando estabas soltera... qué tiempos... —suspiré.

—Sí, yo también me caía mejor cuando mi única preocupación era si

beberme un gin-tonic o un ron con cola.

—¡No flipes, Raquel! ¡Tequila!

—Sí, tequila... ¿Nos hacemos una infusión? —me dijo con ternura.

—Vamos, anda, antes de que venga Jon, que hoy tiene un humor que parece que le ha bajado la regla.

Cuando acabó el turno, pasé por urgencias para despedirme de Víctor y casi me da una crisis epiléptica cuando lo vi hablando con Alberto, que había venido con un paciente en la ambulancia.

—¡Hala, ya estamos todos!, acaba de llegar la chica de la Cruz Roja.

—Alberto, ¿no has dejado la ambulancia mal aparcada?

—¿Yo? Si yo no la conduzco.

—No me extraña, no fuiste capaz de sacarte el carnet, ¿verdad? Pobrecito...

—Y di un golpe de melena y me marché dejándolo con la palabra en la boca.

Pero ¿qué le pasaba al mundo y en concreto a los hombres? En cuanto a Alberto no sé qué se creía. Yo sabía que los enfermeros que trabajaban en las ambulancias eran un poco particulares, pero lo de este ya pasaba de castaño oscuro. Lo de Jon era harina de otro costal; era probable que tuviese un mal día, pero, independientemente de eso, no podía ser un día supersimpático y al otro día comportarse como un ogro.

Saqué el móvil del bolso para llamar a Víctor y despotricar un poco. Cuando miré la pantalla vi que había mensajes en el grupo de Las Enfermeritas de WhatsApp que formábamos Pilar, Raquel, Clara y yo. Clara nos informaba de que ya le habían hecho todas las pruebas y que el embarazo seguía adelante, así que nos invitaba esa misma tarde a merendar en su casa para celebrarlo. Milagrosamente, Raquel y Pilar podían, y yo, como había estado en el turno de mañana, también; además, me apetecía quedar con mis amigas y desahogarme un poco. Contesté diciendo que yo también me unía a la celebración y que iría sobre las seis, hora a la que habíamos quedado.

Iba caminando a paso rápido hacia el coche, como si quisiera sacudirme la rabia de encima. Me imaginé a mí misma como aquellos trolls de la suerte que había cuando éramos pequeñas, pero, en lugar de tener el pelo de bonitos colores, del mío salía una llama gigantesca de la cabeza; vamos, que parecía una cerilla.

Llegué a casa bastante desanimada; estaba rabiosa por todo aquello. Si tampoco era tan complicada... Yo solo quería encontrar a alguien que me quisiese y, si me quisiera de verdad, mejor que mejor. Sabía que en estos casos hablar con Víctor sería inútil; él era como un festival de humor, no le daba importancia a nada (a veces eso suponía una gran ventaja), pero necesitaba tener una opinión masculina un poco más sosegada, por decirlo de

alguna manera, así que llamé a Kerman. Respondió enseguida.

—Hombre, ¡pero si estás viva!

—Kerman... ya sé que te he tenido un poco abandonado, pero es que apenas he tenido tiempo para nada. La bruja de mi jefa no para de darme turnos extras en mis días libres.

—Tranquila, era por decirte algo. —Él siempre tan sereno—. ¿Qué te cuentas?

—Estoy un poco Mafalda, con la nube negra encima de la cabeza.

—Ja, ja, ja, qué friki eres. ¿Qué ha pasado?

—Pues que un tipo del trabajo me tiene frita y creo que un ambulanciero me ha cogido manía.

—Gabe, no seas tan susceptible, seguro que no ha sido para tanto. A ver, cuéntame.

Le conté por encima los últimos acontecimientos. Según él, no era para tanto. Me dijo que en este mundo había gente muy diferente y que cada uno reaccionábamos de forma distinta. Era pronto para emitir un juicio de lo que estaba pasando, pero que de momento mantuviese la calma. Sobre todo, debía intentar que no me afectase tanto.

—¿Las cosas no pueden ser tan sencillas como lo son contigo, Kerman?

—Bueno, ya llegará el que tenga que llegar y, si no es bueno contigo, le daré una paliza.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Yo también a ti, mucho.

Kerman era una de las pocas personas del género masculino con las que podía mostrarme tal como era. Podía achucharlo, darle besos, mandarle corazones por WhatsApp, sin sentirme mal por miedo a incomodarlo. Era un tesoro de persona, mi persona, mi hermano pequeño, de los que una elige.

No entendía el porqué de ese hermetismo que caracterizaba a los hombres, ese miedo a mostrarse tal y como eran. Prefería pensar que les daba miedo a creer que eran unos gilipollas directamente.

Cuanto mayor me hacía, más difíciles me resultaban las relaciones con los hombres. Cuando éramos adolescentes, nos gustaban los «tipos malos», el típico pícaro que te daba una de cal y otra de arena. Pero, con la edad, lo que buscaba era una persona sosegada, equilibrada, que me diese cariño y me

hiciese reír. Sin embargo, en lugar de eso, había conocido a un hombre que tenía pareja y que no sabía por dónde le daba el viento, y a otro que creía estar por encima del bien y del mal.

Suponía que Jon también le estaría dando vueltas a lo que estaba pasando. Después de todo él vivía con Irene, ya tenía su vida más o menos encarrilada, y el hecho de que apareciese una persona en su vida que hiciese temblar esos cimientos supuestamente tan sólidos tenía que ser duro para él.

Me di una ducha, un poco más larga de lo habitual, y dejé que el mal rollo se deslizase desde mi cabeza hasta los pies para luego desaparecer por el desagüe. Me puse el albornoz y me senté a fumarme un cigarrillo intentando mantener la mente en blanco. La verdad es que sentirme querida por alguien como Kerman me daba mucha paz.

Me entretuve tanto en mantener la mente en blanco que casi llego tarde a la reunión con las chicas.

Cuando Clara me abrió la puerta, su cara reflejaba el mal trago que había pasado, pero se la veía feliz, cansada pero feliz de que todo hubiese quedado en un susto. Instintivamente lo primero que hice fue agacharme para darle un beso en la incipiente barriguita y decir: «Menudo susto nos has dado, bebecito. Como vuelvas a hacerlo, acuérdate de que tus tías enfermeras eligen el tamaño de la aguja de tus vacunas, así que tú sabrás». Luego me levanté y me fundí en un largo abrazo con Clara. No pude evitar que se me saltaran las lágrimas. Pilar y Raquel, al ver la escena, se agarraron a nosotras y las cuatro nos dimos un abrazo colectivo.

Ahí estábamos las cuatro, tan distintas y tan iguales a la vez, unidas por un hilo invisible que hacía que, a pesar de no vernos tanto como nos habría gustado, siempre estábamos dispuestas a ayudarnos, lloviese, tronase o hiciese un sol radiante en nuestras vidas. Cuando el momento rosa terminó, nos fuimos a la salita donde Clara había preparado una merienda con succulentos manjares, tanto dulces como salados. Cuando vi el cuenco de los M&M's, me lancé sobre ellos como el monstruo de las galletas y me metí un puñado en la boca mientras me descalzaba para sentarme en el sofá hecha un ovillo, como si estuviese en mi propia casa.

—Nena, lo tuyo con los M&M's es enfermizo —me dijo Clara, riendo

—Mira, déjame, que bastante amargada estoy ya, tengo que endulzarme la vida como sea.

—¿Quieres tomar algo para empujar eso?

—¿Tienes alcohol? O ahora que estás preñada has hecho limpieza de cosas impuras.

—Muy graciosa. ¿Vino blanco?

—Por favor.

Clara me puso una botella de vino blando delante, mientras ella se tomaba una Coca-Cola sin cafeína, y Pilar, una infusión. Raquel y yo nos dimos a la mala vida, yo más que ella, claro.

Como siempre que nos juntábamos aquello parecía un gallinero, todas hablando a la vez, quejándonos de las cosas que nos pasaban y agradecidas de tenernos. Era fantástico poder disfrutar de una familia así, de las que se elegían, no de las que te tocaban, y yo, en ese sentido, había tenido mucha suerte, tanto con mi familia como con esta otra.

Al ver que me había bebido casi toda la botella de vino yo sola, Clara me dijo que me quedara a dormir, pero insistí en irme a casa. A pesar de que Clara vivía cerca, había ido en coche hasta allí, pero para que no se preocupase le dije que iría andando y que a la mañana siguiente volvería a por él antes de ir trabajar, ya que tenía turno de tarde.

Me despedí de las chicas dándoles algún beso de más por el efecto del vino. Consecuencia principal del alcohol: exaltación de la amistad.

Hacía buena noche para ser enero, fría, pero al menos no llovía. Sentía las mejillas ardiendo por el efecto del alcohol y de la calefacción, así que el aire frío me vino genial.

Empecé a darle vueltas otra vez a lo que ocurría con Jon y sentí que de nuevo me enfadaba, así que saqué el móvil. Qué predecible era, un tópico, llamar cuando estaba borracha. Y no mandé un mensaje, sino que llamé, sin pensar, sin preocuparme dónde estaría o con quién.

—Gabriela, ¿ocurre algo?

—Jon, ¿se puede saber qué te pasa conmigo?

—Gabe, estamos a punto de empezar a cenar, ¿podríamos hablar en otro momento?

—Jon, como me cuelgues, olvídate de que hablemos de nada, tú también me mandas whatsapps inapropiados y yo no me he quejado.

—Dame un minuto, ahora te llamo.

Jon, que iba a cenar en esos momentos con Irene mientras veían una película, le dijo que empezara a cenar sin él, que quien lo llamaba era una compañera de la clínica para comentarle un problema que había surgido y que iba a la habitación para hablar y así no molestarla. Irene, que a esas horas ya estaba agotada después de un largo día de trabajo, asintió sin hacerle mucho caso y se metió un trozo de pizza en la boca.

Jon fue deprisa hacia su habitación con el corazón en un puño. No le importaba haberle metido una bola gigante a su pareja, sino que en ese momento solo deseaba hablar con Gabriela. Le dio a Rellamada. Sonaron dos tonos cuando ella contestó.

—Gabe...

—¿Ya puedes hablar?

—Sí, pero tienes que entender que yo no puedo hablar cuando quiero, vivo con Irene, ¿sabes?...

—Mira, Jon —él acababa de pulsar el detonador y ella estaba a punto de estallar—, me importa una mierda con quién vivas, ¿o no vivías con Irene cuando me metiste el morro?

—Joder, Gabriela, estoy hecho un lío, entiéndeme.

—¿Qué te voy a entender! ¿Y a qué ha venido hoy esa actitud con Víctor?

—Es que me ha dado una rabia...

—¿Pues no tienes ningún derecho, Jon!

—¿Ya lo sé, joder! ¿Y qué hago?

—No sé qué debes hacer, pero, en lo que a mí respecta, no vuelvas a tratarme así. Ni a mí, ni a mis amigos.

—Tienes razón, ¿me perdonas?

—Sí, pero porque estoy borracha.

—¿Qué haces borracha un martes?

—Ya ves, me gusta vivir al límite.

—Qué graciosa eres —dijo riendo—. Tengo ganas de verte.

—Y yo.

A Jon se le aceleró el corazón como hacía años que no lo hacía, se le secó la boca y sonrió.

—¿Dónde estás?

—Llegando a casa.

—Voy a ir a verte.

—¿E Irene?

—Yo me ocupo.

Y colgó. Oh, oh...



No sé a qué velocidad vino, solo sé que cuando yo estaba abriendo la puerta del portal unos brazos me rodearon y una cara hundió su nariz entre mi bufanda y mi cuello.

Inmediatamente mi cuerpo reaccionó al estímulo, se me puso la carne de gallina y mi sexo se excitó al notarlo pegado a mi espalda. Me susurró al oído «qué bien hueles», y yo me di la vuelta con una sonrisa. No pude evitar mirar su bonita boca, que me sonreía y me pedía a gritos que la besara. Y ¿quién era yo para negarme? Ya pensaría más adelante en lo que estaba haciendo, pero ahora mi cuerpo y mi mente me decían que aprovechase ese momento. De sobra es sabido que la carne es débil.

Simplemente nos besamos. Su lengua buscó la mía y con una mano en mi cintura me empujó con suavidad dentro del portal. Nos devoramos a besos, una pasión contenida entre un turno y otro y mensajes de WhatsApp que tenía toda la pinta de acabar bajo mi nórdico. Yo, santa Gabriela, la que nunca rompía un plato, aquella noche estaba dispuesta a romper toda la vajilla.

Estábamos esperando el ascensor, pegados como lapas, mientras Jon iba dejando un reguero de pequeños besos en mi frente, mis mejillas, mis orejas, y yo... yo me moría de placer, me moría por tenerlo entre mis piernas, en mi cama, conmigo, cerca, muy cerca.

Notaba un cosquilleo por todo el cuerpo mientras me deleitaba mordiéndole el labio inferior.

—Gabe...

—¿Hummm...? —dije ronroneando.

—Vibras.

—¿Qué dices?

«¿Tanto se me nota?», pensé.

—Tu móvil.

—¡¡Ahhh...!! —exclamé, avergonzada.

Saqué el móvil y vi que era mi madre, que siempre tenía el don de la oportunidad. Le colgué, ahora no podía estar por ella. Cuando me disponía a volver a los brazos de Jon, mi madre volvió a llamar, lo cual me extrañó, porque cuando me llamaba y yo le colgaba ella sabía que estaba ocupada y que le devolvería la llamada en cuanto pudiese. Así que lo cogí mientras seguía abrazada a Jon.

—Gabriela, ¿dónde estás?

—Llegando a casa, ¿por qué?

—Vamos para la clínica, tu padre no se encuentra bien.

—¿¿Qué??

En ese momento, si me hubiesen pinchado no me habría salido sangre. A mi padre no le gustaba ir al médico y no había pisado un hospital en su vida. Debía de ser algo serio.

—Voy para allá.

—Nosotros vamos en la ambulancia. Te veo allí.

A la clínica y en ambulancia, aquello no pintaba bien. Se me quedó cara de merluza congelada. La excitación que sentía hacía apenas dos minutos por el alcohol y el calentón desapareció *ipso facto*. Me deshice del abrazo de Jon y le dije que iba para la clínica. Se ofreció a llevarme, pero me negué.

Salí corriendo y me di cuenta de que el coche estaba en casa de Clara; menos mal que vivía cerca y que el chute de adrenalina le dio a mis piernas suficiente brío para llegar enseguida. Conduje sumida en una vorágine de pensamientos, tan pronto pensaba que no era nada como esperaba encontrármelo muerto. Conduje demasiado rápido, no sé ni cómo llegué.

Más tarde, Jon me dijo que había llamado al doctor Naveda para avisarlo de que mi padre iba en ambulancia hacia la clínica y que estuviese atento a su llegada porque desconocía la gravedad de su estado y que él también iba para allí.

Cuando llegué me encontré a mi madre en urgencias.

—¿Qué ha pasado?

—Le dolía mucho el pecho. Cuando ha llegado aquí, se encontraba mal.

—No me lo puedo creer. Voy a entrar en el box.

—A mí no me han dejado.

Mis compañeros de urgencias no me dejaron pasar. Me cabreeé muchísimo. Cuando todo aquello pasara, hablaría con Carmen para que tomara medidas. ¡Era mi padre! Tenía que hacer algo... Pero ¿qué? De pronto, se me encendió la bombilla, así que llamé al doctor Naveda.

—Gabriela, Jon me ha puesto al corriente, en cuanto pueda salgo a buscarte. No entres.

—Carlos, ¡sal a buscarme ahora mismo! ¿Qué está pasando?

En ese momento, Jon entraba por la puerta de urgencias; ni siquiera me sorprendí al ver que había venido. Me acerqué a él como un basilisco.

—¡No me dejan entrar! ¡Mis propios compañeros! ¡Flipo!

—Gabe —me dijo mirándome fijamente—, he hablado con Carlos, tu padre ha tenido un infarto, está en la UCI, por eso no te han dejado entrar.

Creí morir. A la UCI solo iban los pacientes más graves. Los oídos empezaron a pitarme, no oía y la vista se me estaba nublando. Noté las manos de mi madre que me agarraban por detrás. Ahora no podía desmayarme, ella me necesitaba, así que intenté serenarme.

—Gabriela, ¿qué le pasa a papá?

—No lo sé, mamá, estate tranquila, seguro que enseguida salen a hablar con nosotras —dije, conteniendo el llanto—. ¿Has llamado a Pablo?

—No, no quería asustarlo.

—No creo que sea nada, pero llámalo de todas formas. Es mejor que estemos todos juntos por si yo tengo que entrar a ver a papá, así no te quedarás sola.

—Sí, tienes razón. Voy fuera a llamar porque aquí no hay cobertura.

—Te espero aquí.

Jon, que nos miraba con cara de consternación, me abrazó.

—Todo va a salir bien. Carlos me ha dicho que en cuanto supiese algo me avisaría.

—Tengo que entrar.

Entré como un toro de Miura, haciendo oídos sordos a mis compañeros, hasta la zona de boxes. Una vez dentro, me encontré de frente con el doctor Naveda. Jon me seguía a la zaga.

—¿Dónde está? —dije en un tono histérico.

—Está en el box siete. Cálmate. Ha sido un infarto. Hay que ponerle un *stent*.

—¿Cuándo?

—En cuanto quede libre el quirófano.

—Voy a verlo.

—Gabriela, he tenido que inyectarle una gran cantidad de morfina, tenía mucho dolor. Jon, será mejor que la acompañes.

Cuando vi a aquel hombre postrado en la cama con cara de agotamiento, más blanco que el yeso, no me lo podía creer. Aquel no podía ser mi padre, el que había trabajado de sol a sol para que no nos faltase de nada. Aquel no podía ser el hombre fuerte que yo conocía. Se le veía tan débil, tan indefenso...

—Papá...

—Hija, ¿cómo estás? —me dijo en un susurro.

—¿Que cómo estoy? —dije sonriendo amargamente—. Yo bien y tú pronto lo estarás. Ahora tienen que llevarte al quirófano y luego te encontrarás mejor.

—Han está en casa...

—No te preocupes por eso, papá, ahora llamo a la tía Mari para que suba a por él. Ahora descansa.

—Hola, Manuel, soy Jon, compañero de trabajo de su hija, me cambio y voy con usted al quirófano.

—Entonces yo también voy —dije.

—No, Gabe, tú te quedas con tu madre, que te necesita, tu hermano está en camino.

—Pablo... —dije, pensando en mi hermano.

—Sí, Pablo. Sal, no llores y explícaselo todo. Voy a cambiarme.

Me dio un beso en la mejilla y yo le di uno a mi padre. Me echaron del box y salí para estar con mi familia.

Cuando pasaba por el mostrador de recepción, me encontré con Alberto.

—Gabriela, ¿cómo está? He sido yo quien lo ha traído.

—Ahora mismo hasta arriba de mórfico. Lo van a meter en quirófano. Tengo que irme con mi familia.

—Sí, perdona. Ya te iré preguntando cómo va todo cuando venga con la

ambulancia.

—Sí, sí...

No le dije ni adiós, estaba en modo zombi. Aquello tenía que ser un sueño. Ahora no podía hundirme, mi familia me necesitaba. Mi hermano había llegado y estaba consolando a mi madre. Me reuní con ellos y les expliqué que papá había tenido un infarto y que iba a entrar en quirófano, y que debíamos subir a la cuarta planta, donde lo intervendrían.

Cuando ya estábamos en la sala de espera oímos el ruido de una camilla que se acercaba. Era la de mi padre. Mi madre fue hacia ella llorando como una Magdalena y se abrazó a mi padre. Le dijo que no se muriese, que ahora tenían tiempo para disfrutar el uno del otro y que no podía dejarla sola. Mi padre no respondía, iba sedado. Arrancamos a mi madre de los pies de la cama de mi padre y nos la llevamos a la sala de espera. Justo entonces llegó Paula, que estaba en una cena de trabajo y que tenía el móvil apagado hasta hacía poco. Le expliqué lo ocurrido y le pedí que cuidara de mi madre mientras yo llamaba a mi jefa para contarle lo sucedido y decirle que al día siguiente tendría que sustituirme.

—Vaya horas de llamar, Gabriela Herrera, espero que sea importante.

—Carmen... Car... Carmen. —Rompí a llorar ahora que nadie me veía.

—¡Gabriela! ¿Qué pasa?

—Mi pa... padre. Un infar... to. Mañana no pue... puedo ir a tra... trabajar.

—Déjate de tonterías. Ahora lo importante es tu padre. Está el doctor Suárez en quirófano. Sabes muy bien que es uno de los mejores cardiólogos de la clínica. Intenta calmarte, que tu madre no te vea así. Mañana a primera hora subo a verlo.

—¿Y si no sale?

—Igual que mañana se hará de día, tu padre saldrá de esta.

—Gracias, Carmen.

Colgué y me dirigí a la sala de espera.

Mientras tanto, Jon se ajustaba la mascarilla quirúrgica en el antequirófano para entrar. Estaba mirando el monitor a través del ventanuco pensando en todo y en nada. Se concentró en el trazo que marcaba el corazón del padre de

Gabriela.

Le resultaba desconcertante que ese hombre fuese el padre de la mujer a la que había besado hacía media hora. Las vueltas que daba la vida...

Bip... bip... Sonido del monitor.

«Pobre Gabriela.»

Bip... bip...

«Pobre hombre, es joven y se le ve tan fuerte...» Biiiiiiip.

Abrió los ojos como platos y entró corriendo en el quirófano.

Me ajusté los pendientes, unos ositos negros de Tous. Me quedé mirándome en el espejo. Tenía unas ojeras horribles, estaba pálida y me habían salido una colección nada despreciable de granitos por toda la cara seguramente por el estrés. Iba vestida completamente de negro y, con esa piel tan blanca, me recordaba a Mario Vaquerizo en sus peores días, pero el cuerpo no me pedía otra cosa que el color negro. El humor no me acompañaba. Había pasado una semana desde el infarto de mi padre y la imagen de él en la UCI me pesaba como una losa. Se me humedecieron los ojos al recordarlo. Cogí la brocha y comencé un pequeño proceso de chapa y pintura, aunque no me apetecía nada, pero sabía que, como llegase con esa cara a casa de mis padres, mi madre se preocuparía.

Me monté en el coche y la música empezó a sonar; apagué la radio. Quería estar en silencio, mis pensamientos bullían sin parar, formando un bucle de recuerdos, pensamientos y sensaciones.

Cuando llegué a casa de mis padres, mi madre estaba en la cocina tomándose una infusión.

—Hola, mamá.

—Hola, cocodrilo.

Me emocionó que me llamara de la forma que solía hacerlo cuando era pequeña.

—¿Y papá?

—Está descansando. La verdad es que se encuentra fenomenal, pero, desde que le han dicho que tiene que cuidarse, no pierde ni un día su rato de siesta. Ahora tengo que preparar la comida sin sal y cinco comidas al día. Ya veremos cuánto tarda en volver al chorizo otra vez.

—La cabra siempre tira al monte.

—Desde luego. ¿Y a ti qué te pasa?

—No sé, mami, estoy cansada. Como sin energía.

—Gabriela, tu padre está bien, la operación fue un éxito y está casi recuperado del todo. No tienes por qué preocuparte por él.

—Ya lo sé, mamá; sé que papá está bien, pero el problema soy yo. Me siento perdida.

—Cariño, a veces es bueno perderse, para volver a encontrarse.

Mi madre y sus sabios consejos... Tenía la virtud de decir siempre las palabras justas en el momento oportuno.

Había quedado con Jon, por eso me había arreglado algo; si no, hubiese ido en chándal a casa de mis padres y me habría tirado toda la tarde en el sofá con mi madre y Han saltando encima de mí, porque, por mucho espacio que hubiese en la habitación, mi perro tenía la bonita costumbre de subirse encima de mí, hacer la croqueta y no estarse quieto. Quería tanto a ese perro que él parecía intuir mi estado de ánimo. De hecho, cuando llegué a casa de mis padres no me saltó encima, se me quedó mirando desde el pasillo esperando a que yo me acercara, se tumbó bocarriba, le acaricié la barriga, pero enseguida se fue a cuidar a mi padre. No hay nada más fiel que los animales.

Jon estuvo en todo momento con nosotras durante todo el proceso del infarto de mi padre. La verdad es que se portó muy bien. Vino todos los días a visitarlo y siempre con alguna historia que contar con la que entretener a mis padres. Yo lo miraba encantada, pero, por otro lado, no podía quitarme a Irene de la cabeza; me preguntaba cómo estaría viviendo ella todo aquello. Y, aunque no era problema mío, puesto que yo era una persona libre, no podía evitar empatizar con los demás. Cuando creía que no estaba haciendo lo correcto, me reconcomía la culpa y también la del vecino; aquello formaba parte de mi encanto. Entré en la habitación, le di un beso a mi padre, que dormía tranquilamente con Han aparcado en los pies de la cama; un enfermero perruno incondicional, eso me conmovió. Mientras entornaba la puerta me di cuenta de que estaba con las sensaciones a flor de piel, porque me había emocionado unas cinco veces el rato que llevaba en casa de mis padres.

Volví a la cocina para despedirme de mi madre, que seguía en la misma



postura.

—Mamá, me voy, he quedado con Jon.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—Pues ya ves, a tomar un café.

—Es estupendo ese chico, tienes que decirle que venga un día a comer a casa para agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros, por acompañarnos durante todo el ingreso.

—¡Sí, hombre, para que se aficiona a tu tarta de arroz y luego no lo saquemos de aquí ni con agua caliente!

—Cómo eres, hija, venga, vete o llegarás tarde, y alegre esa cara, que pareces una plañidera.

—Es que me siento como una plañidera.

—Pues no tienes motivos.

—Bueno, mamá, estoy confusa. No entiendo muy bien a los hombres. Ya te dije que Jon tenía pareja y me siento incómoda quedando con él a solas. Además, todo el estrés debido al infarto de papá parece que me ha pasado factura. No sé, ya se me pasará.

—Tómalo con calma, después de llover siempre escampa.

—De verdad, mamá, pareces el refranero español...

—Mujer refranera...

—¡Me voy! —dije riendo.

Mi ánimo mejoró ligeramente. Esas conversaciones tan absurdas con mi madre, que solo ella y yo entendíamos y que tanta gracia me hacían, siempre conseguían mejorar mi humor. Nos pasábamos muchas veces horas tumbadas en la cama viendo la tele y hablando sobre todo y sobre nada y nos daban ataques de risa sobre las mayores tonterías. No sé qué hubiese hecho sin ella.

Llegué a la cafetería cinco minutos antes de la hora acordada. En mi vida anterior debí de ser británica porque siempre llegaba pronto a los sitios, con lo que siempre me tocaba esperar. En cualquier otro momento habría estado como un flan, pero esta vez no, estaba... indiferente, no sabía muy bien cuáles eran mis sentimientos, pero sí sabía que necesitaba hablar seriamente con él y que pronto tendría que tomar una decisión.

Entró por la puerta con su pelo despeinado, unos vaqueros estrechos, una camisa de cuadros y una cazadora de cuero. Estaba guapísimo. Antes de que llegara a la mesa, noté el olor a Solo de Loewe, su perfume, su olor, él.

—Hola, bonita.

—Hola, Jon.

—Vaya careto que me traes, ¿has estado viendo un dramón de película?

—He estado haciendo vudú con tu foto, pedazo de idiota, Estoy cansada.

—¿Esta es mi Gabriela! ¿Qué tomamos?

—¿Café? —propuse con cara mustia.

—Dos gin-tonics, por favor —pidió él.

—Ah, genial, muy acorde con lo que pensaba tomar.

—Lo necesitas, viuda negra.

—El negro es un color como otro cualquiera.

—Gabe, el negro no es un color, es un no color.

—¿Qué pasa, que has desayunado hoy con Platón?

Nos sentamos a una mesa apartada con nuestras copas, uno enfrente del otro.

—Qué ganas tenía de verte a solas, Gabe...

—¡Joder, Jon!, ¿por qué me haces la vida tan complicada?

—No entiendo por qué.

—Pues porque te has comportado como un auténtico príncipe azul con todo lo de mi padre y luego yo me vengo arriba, me pongo a bordar toallas como una loca para la boda, me creo el cuento de hadas y no quiero darme la hostia del siglo, ¿me entiendes?

—Pues sí que estás sensible. Gabe, ya sabes lo que hay, me gustas mucho, y estos días contigo y con tus padres han sido geniales. Aunque debo decir que tu hermano, Pablo, no es precisamente la alegría de la huerta...

—A Pablo no le gustan los hospitales, lo pasa fatal. Hemos dejado que fuese lo imprescindible, porque en cualquier momento era capaz de caerse allí redondo, así que no estaba para muchas fiestas las veces que lo has visto.

—Bueno, fiero, tranquila, que es un tipo majo, solo era un comentario. ¿Me dejas seguir?

—Lo vas a hacer de todas formas...

—Bueno, pues que yo siento algo por ti... pero ya sabes que mi situación es

complicada, muy complicada.

—Ya, pero tienes que entender que me siento mal por Irene.

—Pues no lo entiendo porque no nos hemos acostado.

—Bueno, pero nos hemos besado, ¿no te parece suficiente?

—Prefiero no contestar a esa pregunta...

—Tienes la mente sucia, Jon, muy sucia.

—Es que... es que... buf.

—¿Cómo van las cosas por la clínica?

Cambié radicalmente de tema porque no quería seguir por esos derroteros. Ya sabía lo que necesitaba saber, así que solo me quedaba apurar mi copa e irme.

—Bien, sin novedad. Han repartido tus turnos entre todos, por lo que trabajamos un poco más de lo habitual. Carlos Naveda me pregunta mucho por ti.

—Ya, tengo que llamarle... es que, no sé, me siento muy rara.

—Bueno, te has llevado un susto increíble...

—No, no es solo eso.

—¿Te pasa algo más?

—Nada.

Apuré mi gin-tonic y me disponía a irme, pero Jon insistió en que diésemos un paseo. Hacía un frío glacial, así que a mi cutis, estilo paella, le vendría bien ese fresquito. A mi cutis y a mi cerebro.

Caminábamos en silencio y yo iba cruzada de brazos y encogida; intentaba mantener las distancias de seguridad. En un momento dado miré a mi derecha y vi que Jon no estaba, se había parado en seco. Al ver mi cara de asombro, se adelantó en tres pasos y me abrazó. No quería dejarme llevar, pero no pude evitarlo. Mis brazos se deslizaron por su espalda, acariciando la suave cazadora de cuero, y él hundió su cara en el hueco de mi hombro, entre mi cuello y mi bufanda.

Notaba su aliento en mi cuello. Los dos estábamos en silencio, abrazados, dejando que nuestros sentimientos afloraran.

Cogió mi cara entre sus manos y me la levantó para que lo mirara a los ojos. Le sostuve la mirada. Me quedé expectante esperando a que hablara. Pero no habló, me besó; sus besos eran tiernos, húmedos, llenos de pasión

contenida. Estaba claro que entre nosotros había una tensión sexual sin resolver, o tal vez se trataba de algo más.

—Jon, ¿no crees que lo que hay entre nosotros es solo una tensión sexual que aún no hemos resuelto?

—Cuando tú quieras, estoy dispuesto a responder a esa pregunta.

No dije nada, simplemente me abracé a él como si no hubiese un mañana y me recreé en su olor. Me volvía loca, se me metía en el cerebro y luego tardaba días en sacármelo.

De repente noté que Jon se tensaba. Salí de mis ensoñaciones y lo miré fijamente. Él miraba al frente. Sus brazos estaban a lo largo de su cuerpo, inertes pero rígidos. Parecía que le había dado un ictus.

—Jon... ¿qué te pasa?

—Mierda...

Lo siguiente que sentí fue que me apartaba de su lado y salía corriendo detrás de alguien. Una chica, alta, delgada y con mucho estilo. Un bolso de esos que yo nunca sabría cómo llevar y una melena que quitaba el hipo. Iba subida a unos taconazos que por lo menos tenían unos diez centímetros de altura, y en un acto reflejo miré mis botines de tacón bajo. Nunca sería una chica de aspecto explosivo, de esas que llevan los labios pintados de rojo intenso y están divinas incluso en pijama. Enseguida me di cuenta de que se trataba de Irene. Metí las manos en los bolsillos del abrigo, hundí mi cuello en la bufanda y me dirigí a mi coche con los ojos anegados en lágrimas. Qué mierda.

Jon no tardó en alcanzar a Irene, porque, por muy hábil que ella fuese caminando sobre sus tacones, él era más rápido. La cogió del brazo.

—¡Irene, espera!

—Jon, me lo puedes explicar, ¿verdad?

—Irene... lo siento mucho.

—¿Se puede saber cuánto tiempo llevas haciéndome esto? ¿Ya te has follado a esa guarra?

—Gabriela no es ninguna guarra.

—¡Encima la defiendes! ¡Serás cabrón!

—Mejor vamos a casa y hablamos, ¿vale?

—Querrás decir a mi casa.

El comentario dolió terriblemente a Jon. Irene venía de una familia acomodada y sus padres le habían regalado un loft decorado por el mejor interiorista de Bilbao. Además, el piso estaba ubicado en la plaza Euskadi, donde el metro cuadrado alcanzaba precios astronómicos. Cuando empezaron a vivir juntos, Jon había insistido en que se mudasen a algún sitio que fuese de los dos, porque en su fuero interno sabía que algún día Irene le recordaría que aquella no era su casa.

—Bueno, pues a la casa donde vivimos juntos.

—Me voy a casa de mi madre, no puedo ni verte —dijo, y empezó a llorar.

—Irene, no vamos a montar un espectáculo en medio de la calle ni vamos a preocupar a tu madre. Lo hablaremos primero y luego tomas la decisión que quieras y te juro que la respetaré.

—Jon, me has hecho mucho daño.

—Ya lo sé. ¿Nos vemos en casa?

—Vale, pero no sé si podrás solucionar esto.

Jon se dio media vuelta y se fue andando hasta su coche dando largas zancadas. Se preguntaba cómo había podido ocurrir, cómo era posible que lo hubiesen pillado en esa situación. Encima era un gilipollas; en vez de pensar que acababa de hacerle un daño enorme a la persona con la que compartía su vida, le preocupaba que ella lo hubiese descubierto. ¿Y Gabriela? Se sentía fatal por haber herido a una persona que se hacía la fuerte pero que era más tierna que el algodón, con su sonrisa y sus hoyuelos de la felicidad que tantas veces había deseado llenar de besos.

La cabeza iba a estallarle, esta vez la había cagado pero bien. No sabía qué hacer, le gustaba muchísimo Gabriela, pero le debía tanto a Irene...

Cuando entró en el loft, Irene estaba llorando desconsoladamente en su sofá blanco de piel con una infusión delante. Le sorprendía lo rápido que había llegado ella, y además que le hubiese dado tiempo de hacerse una infusión. Dejó las llaves sobre la mesita de la entrada, en lugar de dejarlas en un colgador que Irene había comprado en Londres, hacía unos años. A ella le parecía muy práctico; a él, una tontería.

Se sentó en el sofá y le tocó la rodilla a Irene como si quisiera pedirle

permiso.

—No me toques.

—Irene, déjame que te lo explique.

—Qué original eres, déjame que te lo explique... ¿No se te ocurre una frase menos manida?

—No sé de qué otra forma empezar.

—Para follarte a otra sí has sabido cómo empezar.

—Yo no me he follado a nadie, no sabes lo que estás diciendo.

—¡No me mientas! —le gritó, histérica.

—No te miento, es más, ¿te acuerdas de la última vez que follamos tú y yo?

—Sí, hace unas semanas, ¿a qué viene eso?

—Pues que, desde entonces, no hemos vuelto a follar, ¿no es cierto?

—Cierto —dijo Irene, mirándolo con curiosidad.

—Pues resulta que, desde entonces, no puedo ni follar contigo ni con nadie. Ni siquiera puedo masturbarme. No consigo tener una erección.

—¿Qué estás diciendo, Jon! —Irene dejó de llorar.

—Sí, y te juro que no es una excusa, y te juro también que no es fácil para un hombre admitir que no se le pone dura, pero es la verdad.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque me das miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque te pones en este estado, herida en lo más profundo y llorando, y no me gusta verte así. A veces estás tan metida en tu mundo, en tu trabajo, tus eventos, tus cosas que no tengo un momento para hablar contigo.

—¿No te parece que le estás dando la vuelta a la tortilla?

—Puedes pensar lo que quieras, pero esto es lo que hay. Es verdad, me has visto besarme con otra chica, no puedo negarlo, pero créeme cuando te digo que no he tenido sexo con ella. Además, quizá deberíamos preguntarnos qué nos ha llevado a esta situación. Sí, deberíamos pensar en ello, y cuando estemos más calmados hablamos. Voy a ducharme y luego me iré a la cama. Si quieres, puedo dormir en el cuarto de invitados.

—No, no hace falta —dijo Irene en un susurro.

Jon se dirigió al baño con los puños apretados y la mandíbula más tensa que el acero para no llorar. Quería llorar, gritarle que estaba harto de aquella vida

de cartón, que esas cosas no iban con él. Que llevaba tanto tiempo metido en un mundo de pijos que una chica tan sencilla como Gabriela lo había fascinado, con su moño hippy y utilizando el carro de paradas como patinete. Una chica que mojaba las galletas en el café, no como Irene, que decía que no era de buena educación hacer algo así, que había que tomarlas acompañando el café. Una sarta de paridas.

Sabía que nada podía justificar lo que había hecho y que había traicionado a Irene, que si no hubiese sido un auténtico cobarde se hubiese sentado con su pareja y, antes de liarse con otra mujer, le habría contado cómo se sentía. Y encima no se le ponía dura con el puto estrés. Se miró en el espejo; estaba hecho un auténtico asco.

Se duchó, se puso el pijama y se tumbó encima de la cama. Se frotó la cara y se apretó los ojos con las manos. No iba a llorar, no quería llorar. Respiró profundamente y cogió el libro que tenía aparcado en la mesilla desde hacía más de un mes. Cuando abrió la primera página, oyó entrar a Irene.

—Sabes que me has hecho muchísimo daño, ¿verdad?

—Lo sé.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé.

Le habría gustado contestarle «yo también», pero no pudo, y eso hizo que se sintiese aún más culpable.

—¿Quieres que hablemos?

—Claro que quiero, Irene, quiero que me perdones, quiero que intentes comprender, aunque te cueste, lo que me está pasando.

Irene se acercó a la cama y se tumbó a su lado apoyada sobre el codo.

—Mira, Jon, las relaciones son como las plantas: hay que cuidarlas, hay que mimarlas y regarlas todos los días. Quizá nosotros hemos dejado de regar la planta.

—Sí, la verdad es que ahora mismo a mí la regadera no me funciona muy bien.

—¿Siempre tienes que hacerme reír hasta en los peores momentos? —dijo Irene entre pucheros de llanto y de risa.

—Bueno, para algo bueno que tengo...

—Qué bobo eres...

Entonces ella se acercó a él acurrucándose a su lado, Jon la rodeó con su brazo y le dio un beso en la cabeza. No olía a Gabriela, Irene olía a champú caro.

—Te quiero tanto, Jon...

—Lo sé...



Me quedé paralizada. Oía cómo los latidos de mi corazón iban a un ritmo galopante, en un frenesí de sentimientos. Los sentía fuertes, retumbando sin compasión en mis oídos, en mi yugular y en mi cabeza. Intenté darme la vuelta para ver cómo se alejaban, para observar detenidamente cómo se alejaban, pero, después de haber visto esos tacones, no podía moverme. Intenté dar un paso, pero mis piernas no me obedecían. Me temblaban como hojas mecidas por el viento y, cuando creí que iba a desplomarme, mi cerebro pareció despertar del letargo y comencé a andar. Vi que a unos metros había un banco, solo eran unos metros, pero a mí me parecieron kilómetros. Cuando conseguí alcanzar el banco me senté. Empecé a hiperventilar, estaba perdiendo el control, me sentía terriblemente agobiada, era incapaz de racionalizar lo que acababa de ocurrir y entonces... vomité. Me dio el tiempo justo para apartar la bufanda y no vomitarme encima como una adolescente que se ha pasado con los cubatas. El vómito me alivió, pero todavía tenía el corazón muy acelerado. Saqué el móvil y pensé en llamar a mi madre, pero no quería asustarla. Me temblaban las manos, no sabía a quién llamar... Empecé a hacer una lista mental de a quién podría llamar, pero todo el mundo estaría ocupado. Estaba en una edad en la que casi todas mis amigas tenían pareja o pareja e hijos, y no quería que nadie tuviese que salir corriendo porque yo solita me había metido en aquel fregado.

Pensé en llamar a Kerman, pero seguro que estaría con sus amigos. De repente se me encendió la bombilla, busqué el contacto en mi móvil y llamé a Víctor.

—Putá jefaza, ¿qué te cuentas?

—Víctor —dije hiperventilando.

—Gabriela, no me acojones, ¿qué te pasa?

—Estoy enfrente del Mulligan's. ¿Sabes dónde?

—Sí, en la Avanzada. ¿Estás bien?

—¿Puedes venir? No creo que sea capaz de conducir.

—Ayyy... borrachilla, te has pasado con los cubatas... ¿No sabes que ya no tenemos edad para beber? Si es que no sé cuántas veces tengo que decirlo: follar con condón y beber con el estómago llenito. A mí esas cosas no me pasan, porque yo como bien, me alimento bien; de hecho estaba yendo a por una pizza...

—Joder, Víctor, ¡no me sermonees! Estaba con Jon e Irene nos ha pillado.

—¿Follando?

Estallé en una carcajada histérica. A quién se le ocurría llamar a Víctor si no podía mantenerse una conversación normal con él hasta que no lo miraras a los ojos y él entendiese que la cosa iba en serio. Follando, me dijo, ¿qué contestaba a eso? ¿Que nos estábamos besando con una intimidad que casi me estaba follando con la boca? Así que no supe qué contestarle porque había besos que eran mejores que un polvo, pero necesitaba que viniese o tenía muchas papeletas para cenarme la mediana de la carretera, y no tenía yo el estómago para semejante bocado.

—Víctor, ¿puedes venir? No, no nos ha pillado follando.

—Bueno, chica, entonces tampoco es para tanto. Estoy en la puerta de la pizzería, cojo la pizza y te voy a buscar, dame diez minutos.

—Aquí te espero.

—¿Poniendo un huevo?

—Vete a la mierda, Víctor.

—Yo también te quiero, puta jefaza.

Mi lavadora mental estaba en el programa de centrifugado a revoluciones máximas, no sabía cómo actuar, no sabía qué hacer y tampoco sabía si mi reacción era exagerada.

Me daba rabia ser tan inocente, ser incapaz de discernir cuando una persona jugaba con mis sentimientos y cuando ya estaba de lleno en la boca del lobo; me limitaba a meterme debajo del edredón, comerme una tonelada de M&M's y llorar. Yo, Gabriela, la que tan fuerte se creía, la que aguantaba el tipo mientras veía cómo su padre se debatía entre la vida y la muerte, convirtiéndome en el pilar de la familia, estaba hecha un guiñapo por cuatro

besos con un tío que tenía novia. ¿Por qué tenía que ser tan monjil? ¡Si yo no le debía explicaciones a nadie! ¡El que tenía pareja era él! «*Was not my business.*»

Dentro de mí había una Teresa de Calcuta, a la que nadie le había pedido ayuda, que se preocupaba de todo el mundo menos de ella misma. Sentía que debía estar pendiente hasta del último detalle, analizarlo todo, y, por supuesto, imaginar lo que estaría sufriendo esa persona y, de paso, sufrir por ella. Así era yo, más tonta que hecha de encargo. Tremendo encargo el mío.

Vi que se acercaba a toda velocidad el Peugeot 206 blanco y destartado de Víctor. Pensé que resultaba muy cómico alguien tan grande dentro de semejante coche. Un tío que ganaba un pastizal al mes y que podía permitirse el coche que quisiese, encajado en esa lata de sardinas.

Intenté levantarme para acercarme donde él había aparcado, pero mis piernas seguían sin responderme. Así que no pude hacer otra cosa que esperar a que él lo hiciera. Se bajó del coche de forma extraña, como si estuviese encajado dentro, y miró alrededor buscándome. Alcé la mano para que me viese y entonces su cuerpo grandote aunque armonioso avanzó hacia mí.

Se sentó a mi lado, sin decir una palabra, me abrazó con mucha fuerza y me dio una ráfaga de besos, sonoros como los de las abuelas, en la cabeza.

—Hueles a vómito, señorita enfermera.

—Eres de lo peor consolando —dije, llorando como una Magdalena pero reconfortada por su abrazo.

—¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Pues que había quedado con Jon y...

—¿Se puede saber por qué quedas con una persona que no te conviene?

—Porque soy gilipollas quizá, porque no puedo evitar que me guste, porque me tiene cautivada, porque es un imbécil que ha entrado en mi vida como un elefante en una cacharrería y yo soy una subnormal que se cree todas las películas Disney y que voy a salir airosa de toda situación.

—Hombre, un poco inocente sí que eres, pero eso es parte de tu encanto, Gabriela, no lo olvides, si no, no serías tú.

—Ya, pero yo no quiero ser así —dije entre sollozos.

—Pues si no quieres ser así, ponle remedio, pero estar vomitando en medio de la calle por una crisis de ansiedad por culpa de un tío con el que te has

dado cuatro míseros besos no dice mucho de ti.

—Cuánta razón tienes...

—¿Has cenado?

—Para cenar estoy yo...

—Esto se soluciona con un trozo de pizza que voy a tener la gentileza de compartir contigo y unas cervecitas que vamos a ir a comprar ahora mismo a la gasolinera.

—¿Me estás hablando de madurez y vamos a ir a comprar cervezas a la gasolinera?

—La cerveza es para ti, que eres la adolescente, yo me voy a comprar un pack de seis latas de Coca-Cola para no quedarme dormido mientras me haces tus típicas disecciones de lo ocurrido con todo tipo de detalles. Primero en un sentido, luego en el otro, para terminar hecha un garabato mental y no llegar a ninguna conclusión.

—Qué bien me conoces, y qué asco das.

—Sé que mañana llamarás a Raquel para que te dé su opinión femenina, pero, si fueses la mitad de pragmática que ella, no te pasarían estas cosas.

—Raquel es mi ídolo.

—Es maja, sí, pero tú sigues siendo la puta jefa.

Me abracé a él fuerte, como si fuese mi bote salvavidas. Entonces me ayudó a levantarme y me llevó hasta su coche. Me abrió la puerta del copiloto y me acomodó en su lata de sardinas que a mí, a pesar de ser grande también, no me quedaba tan pequeña.

El coche olía a pizza, a pizza cuatro quesos para ser más concreta, que era mi preferida, y, sin entender muy bien cómo, el estómago me crujió de hambre. Ya podía yo tener el dramón del siglo montado en mi cabeza, que había muy pocas cosas que me quitaran el hambre. Tarde o temprano terminaba comiendo, y si era comida basura mejor que mejor.

Pasamos por la gasolinera a comprar Coca-Cola para él y cerveza para mí. No me apetecía beber cerveza, pero, como tampoco me preguntó y no tenía ganas de discutir con él, le dejé hacer.

—Bueno, rubia, ahora te voy a llevar a un sitio donde los jóvenes fornican como conejos sin condón pero que tiene unas vistas acojonantes.

—¿Al aparcamiento de la playa?

—Sí.

—Qué glamour.

—Vas a beber cerveza en lata, vas a comer pizza en un coche y vas a ir a un aparcamiento de folladores vividores y nos vamos a reír de esos pobres cuando abran la ventanilla del coche para que se les desempañen los cristales y todavía estén medio desnudos.

—Pues a mí me parece voyerismo.

—Es terapia de choque para que veas cómo eres tú, salvando las distancias, porque no creo que seas capaz de irte a follar a un aparcamiento, primero porque tienes ahí un cinturón de castidad del grosor del hormigón armado, y segundo porque eres más tierna que un algodón de azúcar. Pero tú, Gabriela, eres una mujer con una profesión, una responsabilidad, una inteligencia y una edad. Ellos están en la fase de no saber ni cómo atarse los cordones de los zapatos, pero tú, rubia, tienes que ser la que lleve las riendas de tu vida, no que la vida te lleve a ti por donde le salga de los cojones. ¿Lo pillas?

—Lo pillo.

Aparcamos lejos de cualquier coche susceptible de ser un picadero, pero dentro del mismo aparcamiento. Había un sitio que tenía vistas al mar y la noche estaba clara, con una luna llena brillante que se reflejaba en un mar en calma. Todo muy bucólico.

Apenas hablamos mientras engullíamos la pizza; mirábamos el mar, viendo cómo las olas iban y venían. Yo no toqué las cervezas, él se bebió cinco Coca-Colas, y yo, una. No hubo disecciones mentales, ni del derecho ni del revés.

Cuando acabamos de cenar, salimos del coche bien abrigados y nos sentamos en el capó dejando que la brisa del mar nos refrescase. Fue como un bálsamo para mí y me sentí un poco mejor. El mar y la playa eran mi refugio, con el sonido de las olas rompiendo en la orilla y absorbiendo los pensamientos negativos.

Víctor me tenía abrazada dándome calor y un montón de besos en la cabeza. No hablamos. Solo él, el sonido del mar y yo.

Me levanté con una resaca tremenda. Pero no era una resaca a causa del alcohol, sino a intensas emociones, que es mucho peor. Tenía el tiempo justo de ducharme, comer algo e irme a trabajar. Los días de descanso debido al infarto de mi padre habían llegado a su fin, y con la mochila llena de sensaciones, quisiera o no, tenía que volver a la rutina. Me sentía, como dice una famosa canción, como una bolsa de plástico mecida por el viento. Me sentía confusa, demasiados acontecimientos en poco tiempo, pero también me preguntaba si no estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Al fin y al cabo, lo del infarto de mi padre había salido bien, y lo de Jon... bueno, lo de Jon era harina de otro costal. Había sido un tonto de lo más *light*; vamos, que por intercambiar unos cuantos besos con alguien tampoco se iba a acabar el mundo. Lo malo era tener que trabajar juntos. Si es que ya lo dice el dicho: «Donde tengas la olla, no metas la...».

Pero ¿qué sería yo sin un garabato mental? ¡Nada! Si es que me encantaba meterme en la boca del lobo, aunque esta vez era el lobo quien me había metido en su boca, porque yo solo le había hecho un par de bromas inocentes y, cuando menos me lo esperaba, ahí estábamos besándonos en medio de la calle y vistos por miss Dior. Me sentía mal pensando así de Irene, pero es que éramos como la noche y el día, ella tan fina y yo tan... tan... naíf.

Me planté delante del espejo y, para disimular mis ojeras de mapache, decidí maquillarme, cosa que hacía en contadas ocasiones, pero esta lo merecía. Pensé que debía ir a casa de mis padres y contarle a mi madre lo que me estaba pasando, aunque no le iba a hacer ni gota de gracia lo que había ocurrido.

Estaba en proceso de chapa y pintura con la música a todo volumen, nada de canciones ñoñas que suelo escuchar cuando estoy de bajón; tenía puesto a

Extremoduro tan alto que ni siquiera me oía cantar a mí misma. Estaba sonando la canción *Putá*, que era una de mis preferidas, mientras cantaba yo «que no me da la gana pasar media vida...», cuando entró un mensaje de WhatsApp, de Jon. Lo borré sin leerlo y seguí con lo mío, sin dramas: «... buscando esa frase que tal vez no exista...». No quería saber nada de él.

Finalizado mi proceso de reconstrucción facial, me comí un sándwich y cogí unas chocolatinas para el camino por si me daba una hipoglucemia emocional y necesitaba echar mano de algo.

Una vez en el coche, encendí la radio. El locutor estaba hablando del tiempo que teníamos en ese momento en Mordor, o sea, Bilbao, que nunca se ha caracterizado por su buen tiempo. Camino a la clínica, mientras estaba parada en un semáforo, pusieron la canción de Alex Ubago y Amaia Montero: «Me muero por conocerte, saber lo que piensas...», y yo me agarré al volante con tal fuerza que casi me fundo con él. No iba a llorar, no, no iba a montar un drama una vez más, a la mierda Jon, miss Dior y Cupido, que no era más que un maldito mamarracho en pañales que tendría que haberse dedicado a ser panadero, porque como arquero del amor tenía poco futuro. Cogí una chocolatina y me la metí en la boca. Sentí cómo el azúcar endulzaba mi paladar y pensé: «Joder, mataría por un Lexatin», pero tenía que trabajar y lo primero es lo primero. Aunque, en cuanto entraba por las puertas de «galeras», me olvidaba de los problemas; ocuparme de alguien que no fuese yo misma me ayudaba.

Bajé al vestuario y cuando llegué a mi taquilla había una chica cambiándose a mi lado. No me fijé demasiado en ella, pero seguro que era nueva. Al personal le resultaba difícil aguantar el ritmo de trabajo de la clínica y mucho más soportar a Carmen, que era de todo menos agradable, así que había un constante ir y venir de enfermeras y enfermeros. Solo las gladiadoras aguantábamos a la bruja de Blair. Mientras me ponía los calcetines, miré a la chica nueva; estaba agachada, medio desnuda, cambiándose de espaldas a mí, con todo su trasero frente a mi cara. No sé por qué me llamaron la atención sus bragas, unas bragas infantiles con dibujitos de arcoíris, nubes y estrellas de purpurina que seguro se le transparentarían con el uniforme. Seguí mirando y vi unos calcetines de color turquesa con topitos blancos que, en cuanto los viese Carmen, a esta le iban a sangrar los ojos de forma tan

profusa que se le iban a teñir de rojo al instante. La chica me dio pena, así que, si no quería pasar a mejor vida antes de terminar su primera jornada laboral, decidí comentárselo.

—Perdona... es que te estaba mirando, y bueno...

Al volverse, esos ojos verdes con esa melena rubia corta, solo podían pertenecer a una persona.

—¿Candela?

—¡Gabe!

—Pero bueno, ¿se puede saber qué haces aquí? Te hacía en Tenerife viviendo la vida y fumando maría por las noches.

—Ay, nena, me cansé de tanto ritmo caribeño y decidí volver. Además, el hospital donde trabajaba estaba en suspensión de pagos y, como bien sabes, del aire no se vive.

—Salvo si tienes una nevera tipo top-model, es decir, como la mía, solo con leche y algún yogur caducado.

—Hay cosas que no cambian, ¿eh, Gabe? Tú y ser ama de casa... nunca han ido juntas.

—¡Ya te digo! No te veía desde la escuela de enfermería. Con las risas que nos hemos echado las dos... ¿qué nos pasó después de haber estado tanto tiempo juntas? ¿Por qué hemos perdido el contacto?

—Nena, porque las que somos buena gente, como tú y como yo, no necesitamos estar todo el día pegadas al móvil para saber que siempre hemos estado ahí. Espero que eso no se te haya olvidado.

—Desde luego que no, Cande. Con lo bien que te has portado siempre conmigo... Por cierto, sabes que si la bruja de Blair te ve con esos calcetines te mandará de vuelta a Tenerife sin billete de vuelta, ¿no?

—¡Pero bueno! ¿Aquí también hay mal rollo con la jefa?

—Eso va con la profesión.

—Pues solo tengo este par.

—Yo tengo unos de repuesto. Comprar comida no sabré, pero calcetines tengo para sobrevivir hasta el día del juicio final.

Candela y yo estudiamos en la misma universidad, y éramos compañeras de pupitre; bueno, muy compañeras de pupitre no éramos porque no asistíamos mucho a clase, pero cuando había que estudiar para los exámenes



apretábamos de lo lindo. Nos hicimos muy amigas y vivimos juntas muchos amores, desamores, problemas varios e infinidad de risas, pero luego ella se fue a Tenerife porque siempre había sido una nómada. De pronto decidía irse donde se le ocurriese en aquel momento, y al final acabamos distanciándonos. Pero estaba segura de que, si algún día la hubiese necesitado, habría estado allí. Era de esas personas con las que no sueles encontrarte a menudo, con un humor muy ácido que poca gente entendía y que solía interpretarlo como una grosería. Cuando se fue, yo seguí con mi vida, luego conocí a Raquel, que tenía un carácter muy parecido a Cande, y me olvidé de ella.

Las bragas no podían cambiarse, pero sí los calcetines. De modo que nos dirigimos las dos a planta, vestidas de caracolas. Encontrarme con Candela me había dado un tremendo chute de energía... hasta que llegué al control de enfermería. Genial, el turno de tarde lo formábamos Jon, Raquel, Candela, que necesitaba ponerse al corriente de todo, y yo. La energía se redujo a su mínima expresión cuando vi los ojos de Jon clavarse en mí.

Cogí el relevo y, en cuanto me puse al día de los pacientes que me correspondían, me fui a la diminuta cocina que estaba junto al control de enfermería para preparar el café. A los cinco minutos tenía a Candela detrás de mí, cruzada de brazos.

—Gabe, hace años que no nos vemos, pero aquí pasa algo.

—Qué va, Cande, no digas tonterías.

—Mira, Gabe, no me toques los brillis, que hoy no me he tomado el Lexatin y estoy muy nerviosa por ser mi primer día de trabajo.

Candela utilizaba para todo la palabra «brilli»: brilli para lo brillante, brilli cuando perdía la paciencia, brilli plaza cuando nos tocaba opositar y nunca sacábamos la plaza porque éramos demasiado jóvenes para que nos la dieran. De pronto sentí una gran nostalgia de otros tiempos y mucha ternura al verla mirándome con esos ojazos, como diciendo: «Venga, escupe, que no tengo todo el día». Me abalancé sobre ella en busca de un abrazo.

—Uy, nena... estás de dramón total... ¿Ves como no me equivocaba?

—Ahora no puedo contártelo. ¿Cenamos juntas después del trabajo y así hablamos?

—Claro que sí, guapi.

—¿Tú también con esa puñetera expresión?

—Pues te hago un golpe de melena de los míos y santas pascuas. Venga, preséntame a esta gente, que tiene pinta de tener el mismo humor que un enterrador, y luego nos contamos las penas, que yo de eso vengo sobrada.

—Cande, te he echado de menos, aunque no te lo creas.

—Lo sé, nena, si como yo no hay otra.

Después de las presentaciones y un café a todo correr nos pusimos a trabajar porque la clínica estaba hasta arriba de pacientes y no había tiempo para el remoloneo. Nos dirigimos cada uno por el pasillo correspondiente y Candela vino conmigo como escudera para aprender cómo funcionaba la clínica. La enfermería, después de unos cuantos años de rodaje que teníamos a nuestras espaldas, no tenía mucho misterio para nosotras; pero el tema de la logística —dónde estaban los almacenes, cómo se distribuían las habitaciones y cómo se asignaba cada paciente a cada médico— era una asignatura que siempre debíamos cumplir cuando llegábamos a un sitio nuevo. Sin olvidar lo maravilloso que era ser la nueva y tener que presentarte, reírle las gracias a quien no la tenía y morderte la lengua, al punto de sangrar, por no contestar a más de una veterana que había olvidado lo que suponía llegar a un sitio nuevo y ser la novata del equipo.

Para ser enfermera hacía falta ser de una pasta especial. Además de tratar a los pacientes de forma afectuosa y sensible, se requería una gran dosis de interpretación. Por un lado, deducción grafológica para descifrar la maravillosa letra de los médicos; parecía que en la universidad habían cursado una asignatura llamada «cómo prescribir medicación y que la enfermera no entienda nada», en la cual todos sacaban matrícula de honor. Por otro lado, estaba la magistral interpretación de ti misma porque, como sacases tu carácter desde el principio, se chivaban a la jefa, lo cual era el deporte nacional, y entonces tenías los días contados en el trabajo. Pero, afortunadamente, poco a poco las cosas iban cambiando: cada vez había más gente nueva y con ganas de trabajar y pocas de fastidiar al prójimo, así que el arte del correveidile estaba desapareciendo.

Cuando íbamos por medio pasillo con nuestro carrito y nuestro botellón de

sueros, que ya podían ser de ron con cola, vimos a Víctor.

—Buenas tardes, Víctor, te presento a Candela, una amiga de la universidad que ha tenido a bien empezar a trabajar aquí y la pobre no sabe dónde se ha metido.

—Hombre, jefaza, tú sí que sabes, te has buscado una esbirra para poder plantar tu culo y beber café mientras ella toma tensiones arteriales como una loca, ¿no?

—Víctor, no seas cabrón, que sabes muy bien que no soy de esas.

—Nena, no te justifiques, que el doctorcito no va a descubrirme nada de ti que no sepa ya. Son muchos años de conocernos —dijo Candela.

—Qué tierna la Candy-Candy... —repuso Víctor.

—Ehhh... ¿perdona? ¿Crees que soy un unicornio come-galletas que no ha roto un plato en su vida? Cuando tú jugabas a médicos mientras le lamías el culo a tu responsable, yo estaba hasta los brillos de trabajar, ¿lo entiendes?

—¡Joder, Gabe, vaya fichaje! ¡Me gusta la rubia esta! Dame dos besos, mujer, que no muerdo.

—No sé si morderás, pero como vuelvas a llamarme Candy- Candy no te va a quedar ni un diente con el que puedas morder.

—Venga, Candy-Candy, dos besos, que tú también apuntas a ser jefaza.

—No te quejes, Candela, que a mí me llama «puta» jefaza; contigo se ahorra los apelativos.

—Bueno, cielo, yo a este me lo meriendo en un santiamén, pero vamos a tener la fiesta en paz.

—Gabe, voy a repasar las historias y pasamos visita. Si quiere, el unicornio puede venir —dijo Víctor.

—Resulta que no tienes que decirme dónde puedo y no puedo ir —le contestó Candela.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Ya es suficiente! No me toquéis los rulos porque, como me enfade, os envío sin billete de vuelta a Sebastopol.

—¡Tomaaa! ¡Viaje gratis! —dijeron los dos al unísono.

Puse cara de resignación y empujé el carro de la medicación, dándoles a entender que debíamos continuar. Víctor y Candela echaron un pulso con las miradas a ver quién de los dos era más troll. Si Candela hubiese sido chico, seguro que se hubiesen retado al salir de clase a ver quién meaba más lejos.

¡Lo que me quedaba por aguantar! Víctor se quedó para repasar las historias médicas y nosotras seguimos.

—¿Se puede saber quién es ese tronco tamaño Guggenheim? —me preguntó Candela.

—Es Víctor García, médico internista, de Miranda de Ebro. Para servirle a Dios y a usted.

—No sabía que te habías vuelto una beata. Pues será de Miranda de Ebro o de donde quieras, pero va de gracioso y tiene la gracia donde la espalda pierde su nombre.

—¿Sabes qué, Cande? Me apuesto contigo una pizza familiar con extra de queso regada con Coca-Cola Zero a que os hacéis amigos.

—Joder, Gabe, a ti sí que te gusta vivir al límite, Coca-Cola Zero...

—Ya ves...

—¿Se puede saber por qué estás tan mustia? ¿Y por qué evitas al enfermero buenorro?

—A ti no se te escapa ni una...

—Veo un brilli de amor en alguna esquina y me salen corazoncitos como el emoticono del WhatsApp.

—Dijo la sentimental...

—A mí me gusta más un amorío que comer roscón de Reyes desde el día 1 de diciembre.

—A ti lo que te gusta es el salseo.

—Justo, nena, justo.

Cuando terminamos de dar la medicación, la artillería se replegó al control de enfermería para merendar. Yo estaba taquicárdica, porque tenía que compartir tiempo y espacio con Jon. No había hablado con él del incidente y no tenía intención de hacerlo. Lo mejor era cortar por lo sano, no tocar el tema, no darle vueltas, finiquitar.

—¿Gabriela?

—Dime, Jon —le respondí fingiendo que estaba muy ocupada accionando el único botón que requería la cafetera para activarse.

—Deberíamos hablar, ¿no?

—Pues va a ser que no, fíjate.

—Pues yo creo que sería lo mejor para los dos. Te espero cuando finalice el

turno y hablamos.

—He quedado con Candela para cenar y ponernos al día, hace años que no nos vemos.

—Vaya tela con Candela, ¿no? Ya me ha contado Víctor. La verdad es que ya era hora de que llegase alguien con un humor como el suyo para que él esté entretenido y nos deje en paz a los demás.

—No te permito que hables mal de Víctor.

—Bueno, pues mañana por la mañana quedamos.

—Te he dicho que no.

—Gabriela, si no quieres que me presente en tu casa y me sienta en tu felpudo cantando a pleno pulmón y asustando a los vecinos, es mejor que quedes conmigo. Lo digo por ahorrarte la vergüenza, a mí me da igual.

—Sí, ya sé que tú no conoces lo que es la vergüenza.

—No te pases, ¿eh? No es necesario que seas tan cruel. Yo no he elegido esto.

—La que no lo ha elegido he sido yo, Jon, porque yo estaba tranquilamente con mi vida amorosa en «modo ameba» y has venido tú a joderme el invento.

—Mañana por la mañana, a las once, en el Mulligan's, ¿de acuerdo?

—Si no hay más remedio...

Lo que decía yo: lo mejor era cortar por lo sano, no tocar el tema, no darle vueltas, finiquitar.

Bien, Gabriela, bien.

En la clínica Virgen de la Vega durante la pausa para el café nos poníamos al día, hablábamos de nuestro futuro, despellejábamos a media clínica y hacíamos bromas que la gente que no era del gremio no apreciaría. Bien es sabido que los sanitarios somos y seremos siempre de una pasta especial. Sabíamos tratar a los pacientes con cariño, pero también echarles la bronca cuando era necesario. Con el café encima de la mesa en nuestras tazas de Hello Kitty y mi corazón desbocado, empezamos a meterle mano a los restos de un bizcocho que había sobrado del turno de mañana. Las enfermeras y la dieta era una pareja muy mal avenida porque, entre las viandas que traían los familiares y la repostería que hacía cada una, siempre había algo succulento que mojar en el café.

—Raquel, ¿este fin de semana te vas a esquiar?

—Si mi madre se quedase con los críos, me encantaría hacer un viaje de novios con Juanlu los dos solos.

—¿Se puede saber qué le has echado al café? Si tú eres la persona menos romántica sobre la faz de la tierra.

—Estoy con la regla.

—Gracias, Raquel, por informarnos de tu estado hormonal —dijo Jon.

—Bueno, nene, estás rodeado de mujeres, ¿crees que nosotras no vamos al baño y tenemos la regla? ¿O crees que cagamos confeti? —apuntó Candela.

—Estoy tan acostumbrado a trabajar con mujeres que cualquier día salgo volando en una compresa con alas.

—¿Fina y segura? —dije yo.

—Seguridad ante todo —contestó Jon, guiñándome un ojo mientras yo creí morir.

—De verdad que estáis todos fatal... ¿Ninguna se ofrece a quedarse con los

niños para que yo me vaya de romanticismo montañero? —preguntó Raquel.

Se hizo el silencio y luego soltamos todos una sonora carcajada. Cuando estábamos en plena algarabía, apareció Iván.

—Hola, chicos.

—Hombre, será más bien «hola, chicas», porque aquí chicos solo hay uno —dijo Candela.

—Vaya, si tenemos chica nueva en la oficina.

—Pues no me llamo Farala ni soy divina. Aunque algo divina sí soy.

—Iván, esta es Candela, la nueva adquisición de nuestra querida Carmen. La conozco desde hace muchos años, estudiamos juntas la carrera, y es de las buenas —dije yo.

—Joder, pues menos mal que hay una buena, porque vengo de urgencias con noticias frescas y maliciosas.

—Luego te quejas de que te llamen Ivana la Mala —dijo Raquel.

—Lo dicen, y muy injustamente, por cierto. —E hizo un gesto de batir sus pestañas como si fuese una princesita.

—Venga, desembucha, chaval, que nos caducamos aquí esperándote.

—Uy, Jon, a ti el afeitarte te sienta fatal, déjate esa barbita tan sexy que te queda tan bien y te pone de tan buen humor, y si algún día quieres que yo te quite las penas... ya sabes. —Y le guiñó un ojo.

—Lo siento, estoy con la regla.

Carcajada general.

—A ver, que me despistáis... vengo de urgencias. Por una parte, está petada con este repunte de la gripe de los cojones y, por la otra, y ahora es cuando me pongo en modo Ivana la Mala On, urgencias está llena de novatas a las que se les acumula el trabajo, y yo no las aguanto más, con sus cosas de principiantas y su síndrome de minimédicos.

—Es normal, son jóvenes, ya aprenderán que la enfermería apenas tiene que ver con la medicina. Cuando se den cuenta de que es más importante saber cuidar bien a los pacientes que molestarse en conocerlos, sabrán en qué consiste esto —dije yo.

—Qué sabia eres, Gabriela.

—Pero tú no vienes a eso, que te huelo desde aquí.

—He venido para deciros que empezarán a subir ingresos como churros y



que vais a flipar en colores. Cuando se vacíe un poco, subiré a echaros una mano, pero, antes de que os llame la bruja, he preferido avisaros como buen compañero que soy.

—Y de paso a darte un paseíto, ¿no, corazón? —señaló Candela.

—¡Joder, Candela, lo has calado a la primera! —comentó Jon, riendo.

—Una que no es novata. —Y dio un golpe de melena.

Recogimos la merienda y discutimos sobre cómo íbamos a distribuir a los pacientes para que todos tuviésemos la misma carga de trabajo. Se agradecía mucho cuando trabajábamos en equipo y nos ayudábamos los unos a los otros. Cuando estábamos perfilando cómo hacerlo, sonó el teléfono.

—Ahí está la llamada. Gabe, si pregunta por mí, dile que estoy de parto.

—Y que yo lo estoy asistiendo —añadió Jon.

—¿Ahora también eres matrócn, Jony? —dije yo acercándome al teléfono—.

Primera planta, ¿dígame?

—¿Quién eres?

—Gabriela, Carmen.

—Bien. Dos cosas, van a empezar a subir ingresos, sé que tendréis que hacer un gran esfuerzo, pero en estos momentos urgencias es un verdadero caos, y el doctor Naveda quiere que bajas a urgencias.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué hago, dejo a mis compañeras con todo el marrón que se formará aquí?

—Está Candela; ya me ha dicho el doctor García que es una chica lista, y si tiene dudas que pregunte a Jon y a Raquel. Es una situación complicada, y Naveda quiere que bajas tú. Además, no sé por qué te pones tan pesada; si yo digo que bajas, bajas y punto, tengo un lío de narices para entretenerme ahora en darte explicaciones.

—Carmen, bajaré a urgencias ahora mismo, pero una vez más te repito que no lo pagues conmigo; estoy rellenita, sí, pero no aspiro a ser el saco de boxeo de nadie.

Colgué el teléfono, les conté a todos cómo estaba la situación y bajé a urgencias.

La verdad es que la sala de espera estaba llena de gente y yo solo veía a enfermeras, que conocía de vista, corretear de aquí para allá, todas ellas despeinadas de lo apuradas que andaban. Sentí pena por ellas y me entró un

sentimiento de nostalgia, de cuando llevaba el uniforme impoluto y nunca me faltaba un boli.

El doctor Naveda estaba en medio de un montón de historias clínicas.

—Carlos, ¿qué pasa?

—Hola, Gabriela, ven, vamos al despacho que quiero hablar contigo.

—Carlos, no me asustes, ¿qué pasa?

—Siéntate. Te cuento: en el box cuatro tengo a un niño de siete años que, tras ver los resultados de las pruebas que le he hecho, resulta que tiene un tumor cerebral.

Casi se me para el corazón. Con el paso del tiempo, todos los profesionales sanitarios nos creábamos una especie de coraza para que no nos afectasen los diagnósticos de nuestros pacientes; si no, teníamos muchas papeletas para terminar en psiquiatría. Empatizábamos con todos ellos, pero siempre manteniendo cierta distancia. A mí me gustaba llamarlo «distancia terapéutica», que consistía en implicarte pero sin «llevarte a casa» los problemas de los pacientes. Luego había casos que irremediamente te tocaban el corazón por mucho que intentases evitarlo.

—Lo han traído los padres porque el niño tenía dificultades para caminar y se caía a menudo.

—Me dejas helada.

—Gabriela, te he llamado porque necesito que te quedes con el niño y lo entretengas mientras yo hablo con los padres. Es un caso extremadamente delicado y quiero a los mejores profesionales en esto. Son unos padres jóvenes que solo tienen este niño y debemos ser más delicados que nunca al enfocar el problema.

—Por supuesto. ¿Cómo se llama el crío?

—Julen. ¿Preparada?

—¿Alguna vez se está preparado para esto?

—Yo, que soy bastante mayor que tú, te diré que no. Pero vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para que este niño siga adelante con su vida.

—No lo dudo, Carlos.

Entonces era cuando te ponías la coraza y exhibías tu sonrisa más cálida para enfrentarte a semejante panorama. Cuando entramos en el box, me

encontré con un niño que tenía el aspecto de un príncipe, un príncipe azul. Era rubio, con unos ojos azules del tamaño de dos soles y una sonrisa picarona. Estaba sentado, jugando encima de la cama con sus padres y otra chica, cuando llegamos nosotros.

—Buenas tardes, ¿qué tal, campeón? —preguntó Carlos.

—¡Superbién! Estaba diciéndole a mi padre los goles que voy a meter en el partido de este fin de semana.

—Eso está muy bien. Bueno, Julen, te voy a presentar a una amiga mía, se llama Gabriela y es enfermera. Se va a quedar contigo un ratito porque yo tengo que hablar con tus padres y tu tía, si quiere venir, de cosas de mayores. Es usted la tía, ¿verdad?

—Sí, me llamo Marga, pero no me trate de usted, que yo también trabajo en esto.

—¿Eres médico?

—¿Médico yo? Ja, ja, ja, no, ya me gustaría, pero trabajo en la limpieza.

—Un trabajo tan digno como cualquier otro —dije yo.

—Bueno, pues, cuando queráis, pasamos a mi despacho.

Los padres de Julen, Mónica y Guillermo, junto con Marga, que era hermana de Mónica, se fueron al despacho del doctor Naveda mientras yo me quedaba con Julen.

—Bueno, y este chico tan guapo, ¿cuántos años tiene?

—¡Siete!

—Vaya, ¡qué mayor eres! Y encima muy guapo, pero si pareces un príncipe.

—Sí, eso me dicen mi madre y mi tía.

—¿Pues sabes que yo estoy buscando un príncipe azul?

—¿En serio? Pues, si quieres, yo puedo ser el tuyo.

Y entonces ese niño me cautivó y me enamoró para siempre. En aquel momento supe que Julen no iba a ser un paciente cualquiera, iba a ser un paciente al que nunca olvidaría. Transmitía tanta alegría, tanta inocencia y tanta vitalidad que incluso me olvidé del motivo por el que estaba allí.

En el despacho del doctor Naveda, los padres y la tía de Julen ocuparon una

silla.

—Bueno, os he reunido aquí para daros algunos de los resultados de las pruebas que le hemos hecho a Julen. Evidentemente todavía tenemos que hacerle algunas más y sopesar muchas cosas, pero debo informaros de algo importante porque vosotros también tendréis que tomar decisiones. Ante todo, quiero que sepáis que estaremos siempre a vuestro lado y no os dejaremos solos en ningún momento. Tanto mi equipo como yo estamos a vuestra entera disposición, a cualquier hora, para todas las dudas que tengáis. La clínica Virgen de la Vega cuenta con un equipo de especialistas muy preparados para situaciones como estas, pero también tenéis la posibilidad de pedir una segunda opinión.

—Doctor, por favor, díganos qué tiene Julen.

—Bueno, Mónica, Julen tiene un problema neurológico. Tiene una masa... que está presionando una parte de su cerebro y es la causante de que vuestro hijo tenga esos síntomas.

Marga, la tía, se desmayó en ese momento.

El doctor Naveda estaba sujetando las piernas de Marga, mientras no dejaba de mirar a Mónica, que estaba en shock. Parecía una muñequita de cera, rubia, con los ojos muy abiertos y mirando al frente mientras Guillermo lloraba desconsoladamente.

Después de unos minutos, Marga reaccionó.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado, Marga, pero es normal, suele pasar ante noticias así. ¿Qué tal te encuentras?

—Pobre príncipe mío... ¿Se va a morir?

—Bueno, Marga, vamos a esperar a tener todos los resultados y actuaremos en consecuencia. Me he puesto en contacto con el neurocirujano más prestigioso de la zona, el doctor Daniel Cañas, que nos va a ayudar en este caso y, si lo cree oportuno, será el que opere a Julen —explicó el doctor Naveda—. Como ahora ya es tarde, os iréis a casa y mañana a las ocho ingresaremos a Julen y luego nos reuniremos con Daniel y decidiremos qué hacer. Sé que lo que os voy a pedir supone un esfuerzo enorme para vosotros; pero, Guillermo, intenta calmarte y aparenta normalidad ante tu hijo, aunque tendremos que explicarle que quizá haya que operarlo, será mejor decírselo cuando lo tengamos claro. De momento os vais a casa y mañana hablamos. Mónica, ¿necesitas algo?

—No, no... no lo sé. No puedo creérmelo, eso es todo. —No dejaba de frotarse las manos en el vaquero como si tuviese una mancha.

—Lo entiendo. Si quieres algún relajante o alguna otra cosa, dímelo y te hago una receta.

—No... no, tranquilo. Quiero ir con Julen.

—Por supuesto...

Cuando se abrió la puerta del box donde yo estaba con Julen, vi entrar a dos mujeres más blancas que la pared y a un padre con el gesto desencajado. Julen seguía poniéndole una venda a un oso de peluche que yo le había dado para que se entretuviese.

—¡Habéis tardado un montón! ¡Tengo hambre!

—¿Tienes hambre, cariño? —dijo Mónica, que se acercó a él y lo abrazó.

—Sí, y me quiero ir a casa.

—Vale, cariño, ahora nos vamos a casa, pero mañana tenemos que volver porque hay otro médico que quiere conocerte y hablar contigo. Es amigo de Carlos y de Gabriela.

—¡Jope, voy a hacer un montón de amigos nuevos aquí!

—¡Ya verás cuando se enteren en el cole de todas las cosas nuevas que estás conociendo! —dije yo—. Además, mañana por la tarde vendré a verte y te traeré unas tiritas para que se las pongamos al osito, ¿vale?

—¡Bieeen! ¿Quieres que juguemos mañana al balón?

—¿Sabes, Julen?, lo mío con los balones... normalmente si hay un balón en juego, suelo terminar con las gafas rotas.

—Pero te las puedo arreglar yo... —dijo con carita de pena.

—En ese caso, mañana haremos algo divertido, ¿vale? Ahora vístete y a casa. Mañana nos vemos, ¿vale, bichillo?

—Vale, Gabriela, mañana nos vemos.

—Llámame Gabe, ya somos amigos, ¿no?

La familia al completo salió de urgencias y yo subí a la planta. El turno estaba a punto de terminar.

—Hombre, la desaparecida, ¿qué era eso tan importante? —preguntó Jon.

—Un niño con un tumor cerebral —dije yo.

—Nena, estás más blanca que la pared —señaló Candela.

—Es que no puedo entenderlo, que les pase esto a los niños... Es una putada —comentó Raquel.

—Pues sí, Raquel, es una putada y de las gordas. Mañana viene el doctor Cañas, que es muy bueno, y veremos qué dice. De momento es pronto para hacer pronósticos.

—Cañas es una eminencia en neurocirugía, Gabe, todo irá bien, seguro —dijo Jon.

—Ojalá, Jon, ojalá.

—Bueno, después de esto, creo que necesitamos todos unos chupitos de tequila como agua de mayo —propuso Candela.

—Os lo agradezco, pero tengo que ir a casa, Juanlu y los niños me están esperando.

—¿Juanlu entra en el pack de cuidados ya? —dijo Candela.

—Cómo lo sabes...

—Vosotras dos ya os habéis puesto al día, ¿no? —pregunté yo.

—La verdad es que creo que nos llevaremos bien, y del palo este con ojos azules no sé qué decirte, porque tiene a todas las señoras enamoradas y yo me siento ninguneada, pasan de mí, solo quieren que las atienda el chico joven —señaló Candela.

—Bienvenida a nuestro mundo —dijimos Raquel y yo al unísono.

—Señoritas, yo siento descolgarme del plan, pero tengo cosas que hacer —comentó Jon.

—Nene, si nadie te ha invitado —repuso Candela, guiñándole un ojo.

—No podría quedarme porque tengo la compresa con alas aparcada en doble fila. Ahí viene el relevo.

Cada uno dio su relevo, yo con el ánimo más allá que para acá y con ganas de irme a casa, comerme una tableta de chocolate y dormir hasta que me doliese la espalda. Pero sabía que a Candela no se le podía decir que no, mejor dicho, sabía que Candela sabía cuáles eran mis intenciones y que no dejaría que me fuese a casa a hundirme en la miseria.

Fichamos al salir y nos despedimos de todos.

—Bueno, como sé que no me dejarás irme a casa, ¿adónde quieres ir?

—Nena, donde haya alcohol.

—Cande, no puedo beber. Luego no podré coger el coche.

—Cielo, he vuelto a la ciudad y he alquilado un piso a diez minutos andando, duermes en mi casa y listo.

—No tengo pijama.

—Pues duerme en pelotas, hija, que no te voy a violar.

—Sí, para sexo salvaje estoy yo...

—Pues te vendría muy bien, nena. No me toques los brillis y vamos a ese bar, que tiene una pinta de taberna de pueblo que no puede con ella.

—Eso, ahí, con toda la juventud. Ya puestas, si quieres nos ponemos a jugar al dominó con los señores que están de retirada ya para la cena.

—¿Dominó, nena? ¡Cuánto mejor una partidita de mus!

Con Candela la risa estaba asegurada. Aunque no tuviese ganas de reírme, sabía que al menos, con su forma de ser tan peculiar y sus salidas, la noche iba a ser amena. Entramos en el bar y todos los señores, ninguno menor de sesenta y cinco años, se quedaron mirando al ver entrar a dos chicas jóvenes. Yo, con unas botas Pamana Jack; Candela, con sus zapatos de tacón y sus labios color rojo Dior.

—A ver, cielo, ¿qué es lo más fuerte que sirves aquí?

—¿Anís? ¿Pacharán? —sugirió el camarero.

—¿Algo un poco más glamuroso?

—Para glamour te vas al hotel Carlton, que lo tienes bien cerquita. Si quieres un orujo de hierbas, te lo sirvo. Si no, ya sabes...

—Tu bar me parece tan glamuroso que cualquier día se te llena de famosos. Pon aquí cuatro chupitos de ese orujo que tienes.

—Candela, que somos dos.

—Nena, uno para abrir boca, el otro para degustar.

El camarero se alejó hacia la otra punta de la barra arrastrando los pies y negando con la cabeza, mientras seguramente murmuraba algún impropio. Al poco, volvió con cuatro vasos de chupito congelados y la botella. Los sirvió de una botella que acababa de abrir y que tenía toda la pinta de tener más años que el propio bar. Candela le dijo que la dejase sobre la barra, que nosotras éramos más de *self-service*, y que mejor nos cobrase al final, por si nos la bebíamos entera.

—Si nos acabamos esta botella, acabo en la UCI con un coma etílico.

—Tranquila, la clínica está cerca. Eso sí, deja de beber cuando veas que no eres capaz de llegar por tu propio pie porque yo no pienso bajarme de mis taconazos para arrastrarte hasta tu casa.

—Eres la hostia. Bueno, cambiando de tema. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Pues la verdad es que bien. Me he sentido muy a gusto, la gente es muy simpática y no se asustan ante mis comentarios, pero el que me ha sacado de quicio es ese médico tamaño XXL, Víctor, ¿no? ¿Quién se cree que es?

—Pues haríais muy buena pareja, porque sois los dos igual de payasos; creo



que has dado con la horma de tu zapato, reina mora.

—Hablando de mora... ¿Nos tomamos luego unos chupitos de mora?

—Eso no tiene alcohol, Cande.

—Ah, pues entonces paso.

Nos tomamos los chupitos uno detrás de otro. De pronto, sentí una náusea que me subía hasta la garganta, pero me contuve con un gesto de quemazón que creí morir. Candela ni se inmutó. Volvió a llenar los vasos.

—¿Otra vez?

—Has tenido un día duro, corazón, date una alegría.

—Alegría la que voy a tener mañana con la resaca, verás.

—*Carpe diem.*

—¿Nos lo tatuamos? —dije riendo.

—Me lo pensaré mientras voy a hacer un pis.

—Al fondo a la derecha.

—Como en todos los bares, nena, en los de glamour y en los que no lo son.

Candela iba más recta que una vela hacia el baño con su bamboleo de caderas. Era alta, espigada y llevaba un corte de pelo *pixie* con un tinte rubio platino que le sentaba genial. Tenía la cara fina, muy simétrica, y unos ojos verdes que quitaban el sentido, y para rematar, una sonrisa con unos dientes blancos perfectamente alineados. Cuando pasó por delante de los parroquianos, estos no solo se dieron la vuelta, sino que la siguieron con la mirada, sin ningún tipo de pudor, hasta que ella desapareció detrás de la puerta del baño. Noté que alguien me tocaba en el hombro.

—¡Putá jefazaaa!

—¡Víctor! —exclamé, abrazándome a él.

—He hablado con Carlos, me ha contado lo que ha pasado. Por eso, cuando he pasado por delante del bar camino al coche, te he visto y he entrado. ¿Bebiendo sola?

—No, estoy con Candela, está en el baño.

En ese mismo momento llegó Candela.

—¡Candy-Candy!

—Joder, ya estamos con lo de Candy-Candy..., ¿qué haces aquí?

—¿Me estás preguntando qué hace un chico tan sexy como yo en un lugar como este?

—No, te pregunto qué haces tú aquí, que pareces el turroneiro.

—¿Por lo dulce que soy?

—No. ¿Sabes qué puesto hay en todas las ferias que nunca falta? El del turroneiro, está incluso cuando no lo invitan. ¿No te sientes identificado?

—Vamos a tomarnos un chupito a la salud de Candy- Candy, que tienes un humor muy parecido al mío y eso no se da muy a menudo.

Yo asentí, resignada, rezando para que la noche no fuese muy dura y que los puñales no volasen a la velocidad de las flechas y que no me alcanzase ninguna. La noche apuntaba maneras.

Víctor y Candela no paraban de lanzarse pullas el uno al otro y de hacerse los graciosos. Bueno, en realidad sí tenían gracia, pero yo no estaba de humor. No podía dejar de pensar en mi pequeño príncipe azul y en qué sería de él. Estaba deseando que Daniel lo visitase a la mañana siguiente y encontrase una solución para Julen. Sentía el alcohol en las venas, y me notaba un poco mareada. No estaba acostumbrada a beber tanto, y menos chupitos de orujo, pero Candela, que siempre me arrastraba en sus locuras, había conseguido que nos apurásemos casi toda la botella entre los tres.

Hacía mucho frío, pero salí a fumarme un cigarrillo para despejarme un poco y comprobar si podría coger el coche para irme a mi casa y ocultar la cabeza bajo la almohada. Qué día de mierda. Tiritaba de frío, pero la cabeza no se me despejaba.

—¿No sabes que fumar mata? —preguntó Alberto, que apareció de pronto.

—¡Vaya!, el hombre simpático. Pensaba que te había tragado la tierra.

—Siempre tan agradable la chica de la Cruz Roja... He estado de vacaciones.

—Qué bien —dije yo, seca.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Alberto.

—Pues he tenido un día de mierda y mi amiga Candela me ha traído para que bebiese.

—Ahogando penas en alcohol, muy inteligente.

—No todos somos tan listos como tú.

—El que vale, vale. —Y me guiñó un ojo.

—Si tú lo dices... lo malo es que Víctor y Candela están ahí dentro en pleno flirteo alcohólico y yo quiero irme a mi casa.

—¿Por qué no te vas?

—¿No conoces el dicho «si bebes no conduzcas»?

—¡Y si no ves bien, ni se te ocurra!

—Joder, Alberto, qué mal me caes.

—Sí, la verdad es que tú a mí tampoco me caes bien. ¿Quieres que te lleve a casa? Podemos considerarlo como mi obra social del día.

—Pues te lo agradecería.

Cuando entramos en el bar, Víctor y Candela estaban muertos de la risa a saber por qué tontería. Los dos se volvieron al vernos entrar mientras se secaban las lágrimas.

—Candela, este es Alberto, trabaja como enfermero en una ambulancia.

—Hola, yo soy Candela, Candy-Candy para el Turroneo.

—¿Tienes complejo de piruleta? —dijo Alberto.

—Madre mía, Gabriela, ¿de dónde ha salido este elemento?

—Eso digo yo. Pero no le hagas caso, él es así, lo compramos así y tiramos el tíquet; ahora no hay forma de devolverlo.

—Albertito, sonríte un poco para las señoritas, que tienes cara de no haber dormido en dos días —comentó Víctor.

Alberto lo fulminó con la mirada. No era santo de su devoción; de hecho, lo veía como a un tío que iba de gracioso pero que para él no tenía ni pizca de gracia. Sabía que todas adorábamos a Víctor, desde las chicas de la limpieza hasta sus colegas médicos, pasando por auxiliares de enfermería, enfermeras, celadores... Se había ganado a todas con su buen humor y su forma de ser tan cariñosa.

—Bueno, chicos, creo que me voy a ir a casa.

—Jefaza, tú no vas a ningún sitio.

—Víctor, te dejo en buena compañía. Hoy no estoy para fiestas. Me encuentro mareada por todo el orujo que he bebido y mi humor ni siquiera ha mejorado.

—Candy-Candy, ¿tú te rindes también?

—¿Rendirme? ¿Yo? No, nene, aquí hasta que tú no caigas, yo no pienso hacerlo, porque a chupitos no me gana ni Amy Winehouse.

—Eso sí que es tener aguante para el alcohol —señaló Alberto.

—Nene, no te metas en las cosas de los mayores.

Como vi que el ambiente se empezaba a caldear y Alberto no había caído

del todo bien a la comitiva, le pedí que me llevara a casa. Cuando salimos del bar, seguía con mi tiritona y, sin pensármelo dos veces, me cogí de su brazo. Él, más tieso que el palo de una escoba, iba con las manos metidas en los bolsillos y ni se inmutó, ni siquiera me miró. Me preguntó si mi coche estaba bien aparcado y si tenía cómo volver al trabajo al día siguiente.

—Pero ¿de verdad te importa saberlo? —le pregunté.

—Bueno, solo intentaba ser amable.

—Vale, pero cuando me hice el esguince me llevaste a casa, me dejaste plantada sin coche y no supe más de ti... La verdad es que creía que tenías lagunas mentales en cuanto a hacer de chófer y luego olvidarte si la otra persona se quedaba colgada después.

—Bueno, yo te llevé a casa. Supuse que te buscarías la vida. Te veo como una chica resolutiva, no como una princesita a la que haya que salvar. Porque yo de príncipe azul tengo bastante poco.

—No hace falta que lo jures...

—Está bien, si no tienes cómo ir a trabajar, ya iré a buscarte. Mañana entro de noche, así que no tengo problemas.

—Arranca, anda, dragón.

—¿Y eso?

—Hombre, si yo soy la «no princesa», tú eres el «no príncipe azul». Algún personaje del cuento tendrás que ser, ¿no?

—El que salva vidas.

—Flipado...

Llegamos a mi casa y se quedó mirándome.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien... un poco mareada, pero se me pasará.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Quieres acompañarme? O... cómo es esa frase tan rara que dices... ¿no tienes que fugarte?

—No, hoy no hay problema.

Sin saber cómo ni por qué, estábamos sentados en el sofá de mi casa, él con una cerveza y yo con una Coca-Cola, a ver si se me asentaba el estómago. Seguía teniendo frío, así que, como al parecer se me había quedado la vergüenza dentro de la botella de orujo del bar, me hice un ovillo a su lado.

Tampoco comentó nada, siguió hablando de su trabajo, de sus avisos en la ambulancia, sus anécdotas, a los que yo contestaba con monosílabos. Me sentía triste, sola..., quería que me abrazaran y me dijese que no pasaba nada, que el mundo seguiría girando al día siguiente. Estaba perdida en mis pensamientos cuando noté que se había callado. Lo miré y vi que me observaba. Supuse que quería marcharse.

—Te puedes ir cuando quieras, ¿eh? No estás detenido ni esposado.

No contestó. Sencillamente me besó. A pesar de la sorpresa, no me aparté y respondí al beso. Yo, Gabriela, la que no hacía esas cosas, iba de moderna, como solía decir, para ocultar que en realidad era muy reacia a tener rollos de una noche, es decir, únicamente sexo, sin ningún tipo de sentimientos.

—¿Cuánto pesas? —me preguntó Alberto.

—Setenta y cinco kilos, ¿por qué? —contesté sin ningún pudor. La verdad es que nunca había tenido complejos por mi peso, siempre había sido una chica corpulenta y lo tenía más que asumido.

—Creo que podré.

Me pasó un brazo por detrás de la espalda y otro por debajo de las rodillas y en un impulso me aupó en sus brazos. Me llevaba como en las películas, cuando los recién casados entran en su nueva casa. Nunca me habían cogido así, y me pareció un gesto tan romántico que lo que se suponía que iba a ser practicar sexo por deporte se convirtió en eso, sí, pero con ciertos matices. Con ese gesto me había medio seducido.

Le dije dónde estaba mi habitación sin dejar de besarlo. Sus besos eran húmedos y profundos y me acariciaba con mucha ternura. Me tumbó en la cama y se puso a mi lado. Empezó a desnudarme y supongo que, por la desinhibición del alcohol, en lugar de tensarme me dejé hacer. Yo no me quedé quieta y disfruté de un cuerpo moldeado, con unos brazos fibrosos, machacados a base de deporte, pero no de subir y bajar pesas, sino más bien de escalar o algo así. Me entretuve pensando en eso, en su pecho con mucho vello, un poco excesivo para mi gusto, pero no estaba dispuesta a ponerle ningún pero a nada aquella noche.

Cuando ya estábamos desnudos y a punto de entrar en acción, alargué el brazo y saqué un preservativo de la mesilla. Él se volvió y se puso bocarriba para ponérselo; yo no miraba. Me daba pudor verlo y agradecí que no me

sugiriese que se lo pusiera yo. Se colocó encima y me besó los labios, el cuello y los pechos. Cuando vio que estaba preparada, me penetró. Me pilló un poco de sorpresa porque entró un poco brusco, pero después de un par de embestidas me relajé.

Disfruté, y mucho. No era un gran experto en la materia, pero lo que hizo lo hizo muy bien. Los dos terminamos satisfechos, y después de diez minutos de charla poscoital y con el alcohol ya metabolizado, llegó ese momento que tanto me incomodaba: ¿y ahora qué?

La repuesta no tardó en llegar: se levantó y yo lo imité, se vistió y yo me puse el pijama. Lo acompañé a la puerta y se marchó. Sin beso de despedida, sin planes, sin previsiones, sin control para mi maniática cabeza.

Una vez finalizado el turno de tarde, Jon llegó a su casa. Seguía pensando en la expresión de Gabriela tras haber hablado con ella. Como habían quedado al día siguiente para tomar un café, se dijo que tendrían un rato para hablar con calma. A ella le iría bien disponer de algo de tiempo para digerir ciertas cosas.

Irene estaba en la cocina esperándolo, como siempre. Cuando Jon entró, la saludó con un leve beso. Entonces ella se abalanzó sobre él.

—Tengo ganas de ti...

—Irene... estoy cansado.

—Jon, no hemos vuelto a hablar sobre tu problema y tampoco hemos tenido sexo.

—No quiero hablar de eso.

—No se trata de hablar, déjame a mí.

Irene le desabrochó el cinturón del pantalón mientras él la besaba. Jon no tenía muchas ganas de sexo, pero ella, que lo conocía tan bien después de tantos años, supo estimularle los puntos clave. Su pene empezó a llenarse de sangre y se intuía una pequeña erección, aunque sin mucho ánimo de erguirse del todo. Notó cómo Irene le besaba la punta del pene y luego deslizaba la lengua hasta la base para volver a subir. Estaba empezando a excitarse, pero no lo suficiente, y entonces su imaginación voló... a otro lugar, hacia otra persona. Voló hasta el moño despeinado y las gafas de Gabriela y sus

hoyuelos.

Irene se introdujo el pene en la boca y empezó a succionar. Su imaginación se disparó e imaginó que la que estaba de rodillas frente a él era Gabriela. Sin darse cuenta, se sumergió en un éxtasis hormonal y tuvo una enorme erección. Advirtió ligeramente los dientes de Irene; supo que ella sonreía por lo que había conseguido. Pero él no estaba pensando en Irene, no estaba en su casa, en su cocina, con su novia. Se encontraba en otro lugar, con otra persona... La excitación llegó al clímax y se corrió.

—¡Joder!

—¿Ves como no hacía falta hablar del tema? —dijo Irene, sonriendo.

Jon esbozó una triste sonrisa. Si ella supiese que había tenido ese orgasmo pensando en otra mujer, eso la destrozaría. Se disculpó y se metió en la ducha.



Me despertó el sonido del teléfono.

—¿Gabriela?

—¿Hummm?

—Habíamos quedado a las once para tomar café, y lo último que sé de ti es que ibas a tomarte una copa con Candela.

—¿Qué hora es? —dije, aturdida.

—Las once y cuarto. Como no contestabas a los whatsapps, empecé a preocuparme; por eso te llamo.

—Jon... es que ayer... bebí demasiado.

Intenté levantarme, pero me mareé.

—¿Gabriela? ¿Estás bien?

—Sí... es que tengo una resaca enorme y... ¡mierda!

—¿Qué pasa? Me estás preocupando.

—Nada, que no tengo coche para ir a trabajar, pero, bueno, ya me las apañaré.

—¿Cómo que no tienes coche?

—No... lo dejé en la clínica porque sabía que íbamos a beber.

—Pero ¿no dormías en casa de Candela?

—¡Jon, esto parece un tercer grado! No, dormí en mi casa.

—¿Y por qué no tienes coche entonces?

—Tío, me estás tocando la peineta. No tengo coche porque ayer no dormí sola, ¿te vale la explicación? Pues si te vale, bien, y si no, también. Ni que yo tuviese que darte explicaciones. —Y colgué.

Jon volvió a llamar, pero no lo cogí. Tenía una resaca tremenda, no creía que el alcohol siguiese afectándome de esa manera después de tantas horas. Me levanté poco a poco y me quedé sentada en la cama mirándome los pies.

¿Qué había hecho? ¿Por qué me había acostado con Alberto si ni siquiera me caía bien? Había algo en él que me atraía, pero de ahí a tener sexo puro y duro había un abismo, y desde luego no era propio de mí. Subí las rodillas y me hice un ovillo con ellas. En ese momento deseaba volver a ser una niña y meterme en la cama de mi madre, como solía hacer, y que ella me acariciase el pelo, calmándome; sabía que mientras ella estuviese a mi lado nada malo me pasaría.

Aurora, mi madre, era una mujer de casi sesenta años que se conservaba como una de cuarenta. Siempre iba bien arreglada y no salía sin maquillarse ni a comprar el pan. Sonreí al pensar en mi madre. ¿A quién habría salido yo con mi moño y mis leggins? Era de esas mujeres que no les daba pereza madrugar y que siempre tenía la casa impoluta. Nos había criado a Pablo y a mí con mucho amor, mientras mi padre trabajaba en la fábrica haciendo turnos interminables para que no nos faltase de nada.

Cogí el inalámbrico que estaba en la mesilla de noche y la llamé.

—¿Diga?

—Mami...

—¿Qué te pasa, hija de la luna?

—Nunca mejor dicho, tu hija está en la luna... Madre mía, qué desastre.

—Si no me lo explicas... no me entero de nada.

—Pues ayer salí a tomar algo después del trabajo con Candela. ¿Te acuerdas de ella?, estudiamos juntas la carrera. Y creo que bebí demasiado.

—Si sabes que beber te sienta mal, ¿por qué lo haces? Pero, vamos, que no creo que por tener resaca estés así.

—No... bueno, no es nada, mamá, no te preocupes, ya se me pasará, me he levantado con el pie izquierdo.

—Pues genial, porque tú eres zurda, así que vas a tener un buen día.

—Tú siempre dándome ánimos...

—Soy tu madre, es lo que tengo que hacer.

—¿Cuánto me quieres, mamá? ¿De cero a diez?

—Pues está claro, cero.

—Yo tampoco te quiero, mamá. Voy a ducharme y a trabajar. ¿Y Han?

—Han lleva más tiempo aquí que en tu casa, pero creo que hasta que no aclares eso que te ronda por la cabeza es mejor que se quede con nosotros.

—La que no quería perro...

—Rectificar es de sabios, Gabriela, no lo olvides.

Ya no sabía si mi madre se refería al perro o a mí, pero ella sabía qué decir en cada momento y calmar mi ansiedad, haciendo que mi drama emocional no lo fuese tanto. Debería ir más a menudo a casa de mis padres; allí todo se disipaba, la bruma, el mal rollo. Me levanté de la cama de mejor ánimo y me fui a la ducha. Cuando abrí el grifo decidí darme un baño para relajarme, en vez de una ducha rápida, y dejar que todos mis problemas desaparecieran con el agua. Mientras se llenaba la bañera con agua muy caliente y después de haber puesto unas sales de baño, preparé la ropa que iba a ponerme. Me desnudé y metí el pijama y la ropa interior en la lavadora, paseándome desnuda por mi casa, como si así pudiese sentirme más libre, sin ninguna opresión, sin nada que me atase.

Me metí en la bañera y cerré los ojos. Después de un par de minutos escuchando mi respiración, empecé a ponerme nerviosa, así que decidí acabar con el baño relajante que se estaba convirtiendo en algo no relajante. Al abrir los ojos me di cuenta de que veía borroso, muy borroso. El corazón empezó a latirme rápidamente. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué veía borroso? No estaba mareada, no tenía náuseas, no podía estar embarazada porque había tomado precauciones... Estos pensamientos desfilaron muy rápido por mi mente; me recordó aquello que cuentan los que han tenido un accidente y ven un montón de imágenes justo antes de la colisión. Empecé a hiperventilar. Entonces me lavé la cara con agua fría. Al acercar las manos a los ojos me di cuenta de que lo que me impedía ver bien era el vaho del agua que había empañado mis gafas. Me dio un ataque de risa, ¡ni siquiera recordaba haberme puesto las gafas! Nota mental: Gabriela, eres una gilipollas integral.

Jon llegó a su casa y dio un portazo. Estaba enfadado. ¿Gabriela había dormido acompañada? ¿Acompañada de quién? Seguro que era Víctor. Ya desde el primer día, ese tipo no le gustaba un pelo. Se tomaba demasiadas confianzas, y trataba a Gabriela como si fuese de su propiedad, todo el día dándole besos y abrazos. Desde luego aquello no era un comportamiento normal. Pero la verdad es que daban ganas de achucharla... con sus gafas y su

moño despeinado, y esa cara tan redondita que daban ganas de pellizcar sus mejillas regordetas con esos hoyuelos que le daban un aspecto inocente. Suspiró y abrió la nevera para coger la botella de agua, se sirvió un vaso y se lo bebió con tanta ansia que parecía que acaba de salir del desierto. Sintió cómo se le congelaban las ideas y con ello vino el bajón. Cómo podía ser tan egoísta, ella era una persona libre, él no tenía ningún derecho, era un maldito cabrón. Si realmente sentía algo intenso por ella, quizá debería dejar a Irene. Estaba sumido en sus pensamientos cuando sonó el teléfono. Al mirar la pantalla vio que era Irene.

—¿Hola?

—Ho... ho... xssffccchhh... Jo... scggfssssh.

—¡Irene, no tienes cobertura! Sabes que me da mucha rabia que me llames cuando estás en la oficina. No hay Dios que te entienda. ¿No sabes usar el fijo? ¡Que parece que te lo descuentan de la nómina!

Silencio. La llamada se había cortado. Entonces volvió a sonar el teléfono, esta vez desde un número larguísimo, de esos que casi no caben en la pantalla, y Jon supo que era Irene.

—¡Joder, Irene!

—Cariño, ¿se puede saber qué te pasa?

—¡A mí no me pasa nada! Pero sabes que me molesta mucho que me llames si luego es imposible hablar contigo.

—Oye... ¿estás bien? ¿Te ha pasado algo?

—Te he dicho que no me pasa nada.

—Mira, Jon, estás rarísimo y no tengo por qué aguantar tu mal humor. Relájate y luego hablamos.

—Sí, quizá deberíamos hablar.

—¿Hablar de qué?

—De nada, Irene, olvídalo. Esta noche lo hablamos.

—Esta noche trabajas, así que...

—Pues mañana.

—No, intentaré salir antes y lo hablamos. Me tienes preocupada, pero, sea lo que sea lo que te esté pasando, háblalo conmigo.

—Que sí, Irene. Venga, luego nos vemos.

Jon se imaginó la cara de Irene al otro lado del teléfono, con expresión

estupefacta durante el siguiente minuto. Y pensó que sería solo un minuto, porque tenía una gran capacidad para volver a centrarse en el trabajo, sin que nada ni nadie pudiese perturbarla. Era una auténtica leona en el trabajo y por eso había llegado tan lejos. Tal vez muchos pensaban que, al ser de buena familia, ese puesto le había caído del cielo, pero no era así. Irene podía tener muchos defectos; sin embargo, era una mujer muy trabajadora y una gran luchadora. Jon se sintió mal por haber reaccionado así... y en un arrebato lanzó el vaso de agua, que todavía tenía en la mano, contra los azulejos de gres de primera calidad de la pared y este se rompió en mil trocitos.

Llegué a la clínica con el tiempo justo de coger el relevo. Al final había tenido que ir en metro, por no estar llamando a la gente. Lo había intentado con Candela, pero no respondió a las llamadas ni a los mensajes, así que supuse que estaba en coma etílico. ¡A saber lo que se habrían bebido esos dos! Candela ya había terminado su período de adaptación en la clínica, de modo que iría cambiando de turno, haciendo suplencias. Esa era la política de la empresa, decía Carmen: «Primero, y durante unos días, les enseñamos, y luego a cubrir huecos hasta que se ganen el puesto». En cuanto a delicadeza, a Carmen no la ganaba nadie.

Cuando asomé mi moño por el control de enfermería vi una melena rubia casi hasta la cintura vestida de calle. Clara. Después de los últimos acontecimientos, había descuidado todo mi entorno: mis amigas, mis padres, mi casa... Me sentí fatal. Me acerqué corriendo y la abracé por la espalda.

—Gabriela, esa forma de achuchar y tu colonia te delatan. ¿Qué tal, cuqui?

—Clara... ¡perdóname! —dije con lágrimas en los ojos.

—¿Que te perdone por qué, corazón?

—¡Por ser una mala amiga y no haberte llamado en tantos días sabiendo que estás de reposo y lo mal que lo has pasado y... y...! —No pude terminar la frase.

—Vamos, no seas boba. He venido a tomar un café con vosotras. Ayer hablé con Pilar y me dijo que hoy estabais las tres, así que he traído unas galletas.

—Dime que has traído galletas Princesa de Artiach... ¡dímelo!

—Sí, he traído esas y otras surtidas, ya sé que son tus preferidas.

—Eres la mejor, Clarita, la más mejor.

—Y tú eres una pelota.

Rosa y Puri, las dos auxiliares de enfermería con las que compartíamos turno, se fueron a tomar la temperatura a los pacientes, mientras nosotras nos bebíamos un café. Luego saldríamos a dar la medicación y ellas harían lo propio. Cuando yo llegué a la clínica esa era la rutina, aunque nunca entendí por qué. Al fin y al cabo, éramos un equipo y todas podíamos realizar las mismas funciones, pero, como decía Carmen, «la clínica Virgen de la Vega tiene sus propios protocolos». Amén. Cualquiera le llevaba la contraria...

Nos sentamos las cuatro amigas a tomar un café rápido. Pilar fue la primera en advertir que algo me pasaba; ella siempre notaba cuando algo no iba bien.

—¿Y qué le pasa a la chiquitina?

—Nada, Piluca, estoy bien.

—A mí no me engañas.

—Vamos, es que traes un careto, guapa, que parece que te has topado con un fantasma en el ascensor —dijo Raquel.

—De verdad que estoy bien.

—Cuqui...

—Qué cansinas, ¿versión abreviada?

—Sí —dijeron las tres al unísono.

—Ayer me tiré al enfermero de las ambulancias. —Y di un sorbo al café mientras miraba el fondo de la taza como si fuese a encontrar oro en ella.

—Ay, Gabriela... pero ¿cómo? —preguntó Pilar.

—Hombre, Pilar, no creo que necesites un croquis —repuso Raquel.

—Pues salí con Candela, me lo encontré, se ofreció a llevarme a casa, le ofrecí subir... una cosa llevó a la otra. Follamos y luego se largó.

—Y ahora te sientes fatal —dijo Clara.

—Sí. Encima, no sé nada de él. ¿Es que los hombres son incapaces de mandar un mensaje de cortesía? Un... «¿qué tal?». ¿Algo? Pues como no me diga nada, pienso escribirle.

—Gabe, ten un poco de paciencia, es que no tienes ni gota... Dale tiempo, y no agobies —comentó Pilar con la sensatez que la caracterizaba.

—Que sí, Pilar, pero...

No pude terminar la frase. Puri, la auxiliar, Purificación García para más señas, un nombre que nos resultaba a todos muy cómico por ser el mismo que la firma de ropa y complementos, entró en la sala de control.

—Gabriela, dos cosas: el de la habitación quince tiene dolor y quiere un «nolo», y un tal Daniel Cañas pregunta por ti.

—¡Daniel! ¡Julen! Voy pitando.

—¿Qué te ha dicho que necesita el de la quince? —preguntó Clara.

—Un Nolotil. Es que Puri siempre habla en abreviaturas: «nolo» para el Nolotil, «primpe» para el Primperan...

—Qué graciosa —dijo riendo.

—Es maja, sí, también es nueva. La Carmencita está en plena campaña de fichajes.

—Mientras sean buenos... —señaló Raquel.

—De todo hay. Voy a poner esto y subo un momento a la tercera a buscar a Daniel, que ha venido a ver a Julen.

Ninguna me preguntó por qué, pues ya estaban al corriente. Este tipo de noticias corrían como la pólvora, y en nuestra querida clínica, que era muy familiar, todavía más.

El ascensor estaba ocupado, así que subí por la escalera. Iba subiendo los escalones de dos en dos hasta que en el último calculé mal y caí de bruces contra el suelo. Me había hecho daño en la rodilla. Cómo podía ser tan torpe... Me creía una gacela saltarina subiendo escalones de dos en dos, cuando en verdad yo era de las que necesitaba ruedines hasta para los patines. Estaba intentando ponerme en pie cuando la puerta que daba a la escalera se abrió. Era Daniel.

Conocí a Daniel en un centro privado cuando yo acababa de terminar la carrera, y él, la especialidad. Pasábamos juntos la consulta de neurocirugía. Daniel rozaba los cuarenta, era alto y muy delgado. Tenía un aire hippy con sus patillas largas y su abundante pelo rizado, aunque ahora lo llevaba más corto. Cuando lo conocí parecía una fregona al revés. Al verlo por primera vez, con esas pintas, no inspiraba demasiada confianza, pero enseguida se metía a los pacientes en el bolsillo. Yo me reía mucho con él y de él, sobre

todo cuando les hacía a los pacientes un croquis de la operación que iba a realizar. Estos miraban con cara de póquer aquel conjunto de garabatos y rayas, pero sabían que Daniel lo hacía con la mejor intención y siempre se ganaba una sonrisa de cortesía y un «qué bien me ha tratado este médico» cuando se iban de la clínica.

Me miró desde su altura.

—Gabriela, ¿qué te ha pasado?

—Pues que me he caído, Dani.

—Espera, que te ayudo.

—No, deja, que puedo sola... Como ves, sigo igual que siempre.

—Sí, la verdad es que sí...

—¿Tú sigues haciendo dibujos a tus pacientes?

—Qué mala eres... sí, y lo sabes —dijo, sonrojándose.

Era muy fácil sonrojar a Dani, y a mí me encantaba hacerlo cuando trabajaba con él.

—He venido por lo de Julen —me comentó.

—Lo sé. Me alegra tanto que seas tú... el mejor médico para un caso complicado.

—Bueno, tan bueno no seré cuando no estoy en Estados Unidos haciéndome rico.

—Hacerte rico no va contigo, y no se te ha perdido nada en Estados Unidos.

Seguimos por el pasillo de la tercera planta, donde estaba ingresado Julen, mientras Daniel me contaba que lo operaría al día siguiente. Me dijo que era una operación complicada, pero que intentaría extirparle la mayor cantidad posible de tumor. Eso sí, tendría que someterse a quimioterapia. Pensé que eso no era nada con tal de que el niño viviese. Le pedí que fuese sincero y le pregunté si creía que el niño saldría de esta. Me contestó, con expresión preocupada, que haría todo lo que estuviese en sus manos, pero que no podía garantizar nada.

Al acercarnos a la puerta oímos a Marga, la tía de Julen, que estaba cantando: «Eres tú, mi príncipe azul, que yo soñé...». Se me humedecieron los ojos y Daniel me dio una palmadita en la espalda en un intento de darme ánimos.

Al entrar en la habitación, nos encontramos a Julen dando vueltas bailando



con Marga. Mónica estaba sentada sobre la rodilla de Guillermo, mientras este le daba friegas en la espalda como si quisiera transmitirle calma.

—Buenas tardes, soy Daniel Cañas, el médico que va a operar a Julen.

—Buenas tardes —dijeron los adultos al unísono.

—Tía, tía —dijo Julen tirando de la manga de ella—, ¿este es el médico que va a ponerme bueno?

Me agaché para situarme a la altura de sus ojos azules transparentes como el mar y le dije:

—Vamos a hacer una cosa, Julen, ¿por qué no vas al pasillo con tu tía? Enseguida saldremos tus papis y nosotros, cuando terminemos de hablar.

—¡Gabriela, me dijiste que ibas a jugar al balón conmigo!

—Ya lo sé, mi príncipe azul, pero no puedo dejar aquí solo a Daniel, no conoce a nadie y se sentiría mal... ¿Puedes esperar un poco a que hablemos? Ahora estoy contigo.

—Bueno, vale. Vamos, tía.

Marga me sonrió y me agarró del hombro en un gesto de agradecimiento, pero no tenía nada que agradecerme, pues Julen me había enamorado desde el primer día, y con él todo el pack que incluía: su madre, su padre, su tía y lo que hiciese falta.

Daniel se sentó en la cama de Julen y sacó un folio blanco para comenzar con su arte indescifrable. Yo sabía que Mónica y Guillermo no se estaban enterando de nada, pero esperé a que él terminase para intervenir.

—Bueno, en resumen... —dije yo—, mañana operan a Julen. El doctor Cañas intentará extirpar cuanto pueda de tumor. Después, Julen pasará unos días en cuidados intensivos, y veremos cómo evoluciona. Pero lo mejor es ir paso a paso. Por de pronto, tenemos que... hay que cortar el pelo a Julen... rapárselo. Suele venir una peluquera muy maja para hacerlo.

—No, si me facilitáis una maquinilla, yo misma lo haré —dijo Mónica.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Completamente. Llevo toda la noche llorando, pero tengo que ser fuerte y enfrentarme lo mejor posible a esto porque mi hijo me necesita.

—Eres admirable —dije emocionada.

Salimos de la habitación y me acerqué al control de enfermería para preguntar si tenían una máquina de cortar el pelo y decirles de paso que no

hacía falta que avisasen a la peluquera porque la madre lo haría. Volví con la máquina y se la di a Mónica. Julen ya estaba allí. Daniel estaba explorando al niño; lo hizo de tal forma que el pequeño creía que se trataba de un juego.

—Mónica, aquí te traigo esto. ¿Se lo habéis dicho?

—Sí, bueno, es pequeño, así que le he dicho que aquí hace mucho calor y que va a estar más fresquito con el pelo corto, igual que se lo hago en verano. Pero es muy listo y me ha dicho que en la calle hace frío. Le he prometido que cuando saliésemos iríamos a comprar un gorro chuli. Se ha puesto todo contento —dijo con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

—¿Y tú, cómo estás, Guillermo? —le pregunté.

—¿Cómo crees que estoy? Fatal, pero intento disimular delante de él.

—Sois unos valientes. Y ya me callo, porque, si no, me pondré a llorar y no es el momento ni el lugar, que yo cuando arranco necesito un rollo de papel para mí sola.

Los dos esbozaron una sonrisa triste. Avisé a Daniel de que volvía a mi planta, que tenía que dar la medicación, y él me dijo que, después de Julen, tenía que ver a otros pacientes. Quedé en llamarlo por la noche para preguntarle la hora del quirófano y los detalles de la operación, ya que al día siguiente yo tenía el día libre.

Cuando salí de la habitación y cerré con cuidado, el bolsillo empezó a vibrarme. «Candela llamando», leí.

—¿Dónde te metes, Candela?

—Eh, nena, tranquilízate, que ahora mismo tengo la cabeza que parece que me la haya pisado el tranvía.

—Perdona, es que... bueno, da igual. ¿Cómo acabaste la noche?

—Bien, nena, bien. Pero bueno, cuéntame tú, ¿qué tal el turno?

—Candela, hay algo que no quieres contarme, te conozco.

—Para nada, para nada.

—Bueno, tú sabrás, pero terminaré sabiéndolo. —Reí—. Esta noche es tu primer turno oficial después de mi guía tutorizada por la clínica, ¿no?

—Sí, hija, sí. ¿Sabes con quién estoy?

—Ni idea, no tengo yo hoy la cabeza para rollos...

—Hablando de rollos... ¿qué paso con Alberto el simpático?

—Nada.

—Que me lo cuentes.

—Que no pasó nada.

—Me tienes los brillis agonizando de tanto misterio.

—Me lo tiré. ¿Contenta?

—Hombre, nena, contenta yo no; tu camelia —haciendo referencia a mi vagina— seguro que está agradecida, pero tu cabeza seguro que te está machacando como una tormenta con granizo tamaño pelotas de golf.

—Justo —dije yo.

—No me parafrasees, nena, esa palabra es mía.

—Que te den, misteriosa, como le hayas hecho algo a Víctor... sé dónde vives.

—Víctor está muy contento, no te preocupes por él. ¡Hasta luego, nena, te veo en el cambio de turno!

—¡Candela, Candela!, ¡no me dejes así!

Pero Candela ya había colgado.

Lo primero que hice cuando llegué a la planta fue ir derecha al baño a vomitar. Tanta tensión no me sentaba bien; aunque, para qué mentir, lo que tenía era una resaca de mil demonios y estaba en fase terminal.

Cuando salí, Clara ya se había ido, Raquel y Pilar estaban listas para salir a dar la medicación y habían preparado la mía porque la visita a Julen había retrasado mi trabajo. Tenía los ojos llorosos por el esfuerzo del vómito, y, como las paredes eran de cartón, todos sabían lo que había estado haciendo en el lavabo, y mis amigas conocían el motivo, así que me miraron con cara de «noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno» y me dieron una palmadita en la espalda, animándome a coger el carro de la medicación y a empezar.

Cuando iba a salir con el carro, vi a Rosa y a Puri que estaban merendando. Puri siempre iba como un pincel; debía de gastar más en maquillaje que en comida, aunque eso no era difícil porque siempre estaba a dieta.

—Puri, ¿se puede saber qué estás merendando?

—Pues mira, un poco de piña con yogur desnatado, bayas de Goji y semillas de amapola.

—Suenan a cóctel mortal.

—Es que dentro de un mes tengo una cena de gala y, como me he puesto como un barrilete estas Navidades, pues ahora toca sufrir.

—¿Has probado a comprarte una talla más grande de vestido?

—Ni hablar. Yo me meto en el vestido como que me llamo Purificación García, y que les den a los kilos, que yo no los he pedido. ¡Que se vayan!

—Hombre, Puri, por ciencia infusa no han llegado. ¿No será que has comido de más?

—¡Qué va! Si yo apenas como... será retención de líquidos o algo así.

—Seguro, seguro... —Reí.

El marido de Puri era un alto cargo de una empresa muy importante de la zona y ella tenía una vida social bastante intensa. Si las demás debíamos acudir a un evento —el más relevante solía ser la cena de Navidad de la empresa—, le pedíamos a ella los complementos porque tenía de todo. Curiosamente tenía muchas cosas de Purificación García, así que el nombre le venía como anillo al dedo, paradojas de la vida.

El turno se me hizo interminable. Las horas no pasaban, miraba compulsivamente el móvil cada tres segundos e incluso lo apagué y encendí por si no funcionaba bien.

No tenía noticias de nadie, ni de Jon, ni de Víctor, ni de Candela, ni de ¿Alberto?

¡Madre mía, cómo se me había ocurrido acostarme con un desconocido que no sabía ni cómo se apellidaba! Me vinieron flashes de la noche anterior, yo encima de él, él encima de mí... un momento... ¿qué bragas llevaba? Bueno, qué más daba, seguro que ni se fijó. Y a Jon ¿qué cojones le pasaba por la mente para hablarme así? Otro frente abierto... joder, que tengo más plancha que en una lavandería. ¿Quién me mandará a mí meterme en esos fregados?

Entre tanto centrifugado mental, por fin llegó el final del turno. Candela, Jon e Iván hicieron su entrada.

—Hola, cochetes, buenas noches —saludó Iván.

—Nena, tienes peor cara que los muertos de la morgue. Las demás estáis guapísimas —dijo Candela.

—Anda que no eres pelota, Candela, ¿acaso te estás ganando el puesto?

Los cuchillos volaron. No era muy propio de Raquel saltar de esa forma.

—Y tú, Raquel, ¿ya te has pasado una pantallita del Candy Crush esta tarde?

Se hizo el silencio y todo el mundo tomó posiciones para coger el relevo. Jon ni me miró, ni siquiera me saludó; aunque tampoco habría podido porque aquel cambio de turno olía a estrógenos que echaba para atrás. Cogí mi bolso y sin muchos aspavientos me marché. ¡Mierda de día, mierda elevada a la enésima potencia!

Cuando ya estaba en el coche llamé a Víctor.

—Me tienes abandonada y estoy hambrienta de cotilleos. Candela no ha

podido contarme nada porque ha habido pelea de gatas en el cambio de turno.  
¿Qué pasó anoche?

—Pues ¿qué crees que pasó? Jugamos al parchís.

—Víctor, ¿por qué no te vas un ratito a la mierda, corazón? No estoy para que me toques los rulos.

—Estuvimos vacilando, ya sabes cómo soy, pero al final...

—¿Al final qué?

—Dormí en su casa.

—¿Dormiste o fuiste a su casa a no dormir?

—Más bien a no dormir. Vaya pibita, cómo folla la tía.

—Bueno, bueno, ahórrate los comentarios... No me interesa cómo lo hicisteis. Si estuvo bien, con eso me vale.

—Estuvo mejor que bien, me pone a mil la Candy-Candy.

—A mil te voy a poner yo, pero a hostias. Víctor, que te conozco, que vas de duro y luego eres más blando que el pan de molde.

—Venga, no me hagas de madre, *corasón*.

—Te odio cuando pones acento latino.

—Yo también te quiero, jefaza, hasta mañana.

Parecía que la noche anterior todos nos habíamos dedicado al antiguo arte del fornicio. Bueno, siguiente lavadora: Alberto. No sabía qué hacer, si escribirle yo... si no... Sabía que estaba de guardia, pero... ¿de qué iba? ¿Tanto le costaba mandar un mensaje? Se puede ser lerda, pero en eso no me ganaba nadie. Impulso. Acción. Escribiendo mensaje:

Hola, Alberto, no he sabido nada de ti en todo el día, ¿qué tal? Acabo de salir de tarde, creo recordar que estabas de noche, ¿no?

Enviado. En línea. Mensaje leído. Ya no estaba en línea. ¡La madre que lo parió! Increíble. ¡Lo lee y no contesta! Me encantaba tener conversaciones conmigo misma mientras me dirigía al avispero. Me acercaba peligrosamente a ser la panoli de turno. «Que se vaya a la mierda», pensé. Arranqué el coche y fui hacia casa. De camino, me asaltó otro pensamiento: «Igual le ha molestado que le escriba». Miré el móvil mientras conducía. Nada. ¡Será mamón! Tenía una facilidad para meterme en cada berenjenal... «Gabriela,

que tú no sabes jugar a esto, que no sabes, para qué te metes en la plaza si no sabes torear.» Fin del trayecto.

Subí a casa con un rugir de tripas que ni los leones de la sabana africana. Como siempre, tenía la nevera vacía. Así que asalté el armario en busca de algo apetecible y, si fuese posible, muy calórico con la intención de mejorar mi estado de ánimo. Entre la resaca y el cansancio no me apetecía comerme una ensalada, aunque tampoco tenía nada para prepararla; necesitaba meterle calorías al cuerpo. No encontraba nada apetecible hasta que en un rincón encontré un Yatekomo. Comida china casera e instantánea, todo un manjar. Era eso o un vaso de leche con galletas, pero pensé que empezaría por el Yatekomo y luego ya me pensaría lo del Nesquik. Porque yo era de Nesquik. A diferencia del resto de las personas, no me gustaban los grumos que hacia el Cola Cao, y menos cuando mojabas una galleta y se quedaban todos ellos pegados como lapas y cuando te la metías en la boca siempre había un grumo que todavía estaba polvoriento y me hacía toser.

En las instrucciones de mi manjar instantáneo lo ponía claramente: calentar agua hasta hervir, verterlo en el recipiente, esperar tres minutos y comer. No sé qué debí leer, pero llené el recipiente de agua y lo metí todo en el microondas. Puse cuatro minutos para que se hiciese bien. Cuando justo le daba al botón del Start del micro, sonó el teléfono. Era Alberto.

—¿Dígame?

—¿Qué pasa?

—Pasar, pasar... el tiempo. Dime... —contesté haciéndome la interesante, como si no hubiese estado mirando el móvil toda la tarde esperando noticias tuyas y luego no le hubiese escrito un mensaje.

—Estás de buen humor, ¿eh?

—Un día duro y una resaca gigantesca.

—Bien, bien. Un compañero acaba de pedirme un cambio de guardia, así que estoy libre para cenar.

—Ah, genial, pues yo aquí estoy preparándome comida china instantánea.

—Suenan tentador.

—¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Gabriela?

Mientras estaba hablando con Alberto, me había apoyado en el marco de la puerta de la cocina, dándole la espalda al microondas, en una postura que pretendía ser sexy —como si fuese a verme alguien—, pero que resultaba totalmente ridícula. De pronto, noté que olía raro, hasta que me volví con el móvil pegado a la oreja y vi que del microondas salía humo negro. Parecía que aquello iba a explotar. Colgué y lancé el móvil sobre la mesa de la cocina y fui a sacar el envase medio calcinado, pero me lo pensé dos segundos y cogí un trapo para no quemarme. Lo tiré al fregadero y abrí al máximo el grifo del agua fría, lo que produjo más humo. Entre el humo del microondas y el del fregadero, se montó la marimorena. Cerré la puerta de la cocina para que mi casa no se convirtiese en Londres y abrí la ventana de par en par. Parecía que el humo no quería salir. Me puse a llorar. Qué mierda de día había tenido, pero qué mierda de día, y ahora esto. Me senté en el pasillo esperando a que el humo se fuese, cuando volvió a sonar el móvil. Alberto otra vez.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? ¡Que no sé si hoy me ha mirado un tuerto o cien a la vez! Aquí estoy en el pasillo esperando a que se vaya el humo de mi cocina porque acabo de calcar un cacharro de comida precocinada, ¿vale? Mierda, que no estaba haciendo un plato a lo Arguiñano, ¡que solo era calentar y sacar! —dije llorando.

—En esos casos se calienta el agua y se echa en el recipiente, no se calienta el recipiente.

—¿En serio?

—Claro.

—Joder, qué burra soy, de verdad. —Y me dio un ataque de risa.

—¿Y ahora qué vas a cenar?

—Pues como no te coma a ti... porque la otra alternativa es un Nesquik con galletas.

—¿Me invitas?

—A lo uno o a lo otro.

—A las dos. Y así me cuentas ese día de mierda.

—Vale, pues aquí te espero, pero si el olor de comida quemada te llega en



cuanto aparques y te intoxicas en mi casa, no me hago responsable.

Me levanté del suelo y entré en la cocina. Ya no había tanto humo, pero olía bastante mal, a plástico quemado. Metí el recipiente carbonizado en una bolsa de basura y esta en otra. Limpié el microondas, que de ser blanco por dentro pasó a ser amarillo —el pobre nunca volvió a ser el mismo—, y limpié las salpicaduras de aquel estropicio.

Alberto llegó veinte minutos más tarde. Le abrí la puerta con ojos vidriosos, más despeinada de lo habitual y oliendo a plástico quemado.

—¿Qué pasa? —dijo a modo de saludo.

—¿A ti no te enseñaron a saludar con un «hola»? Aquí estoy, muy glamurosa como puedes comprobar. ¿No me das un beso?

—Ah... sí.

Se acercó, pero en lugar de dármelo en los labios, como yo esperaba, me lo dio en la mejilla.

Nos sentamos en la salita a cenar un vaso de leche con galletas porque no tenía otra cosa; aunque podíamos haber pedido comida a domicilio, pero no se nos ocurrió, la verdad. Le puse al día sobre Julen, le dije que lo operarían al día siguiente y que, a pesar de que era mi día libre, iría a la clínica a verlo.

—Te ha calado hondo, ¿eh?

—Sí, la verdad es que sí. Y mira que no soy de llevarme el trabajo a casa, pero esta vez... ¡Me dijo que si yo quería él podía ser mi príncipe azul!

—Y a ti se te ha caído la baba, claro.

—Efectivamente.

Estábamos sentados, con la espalda apoyada en el sofá y me rodeó con el brazo. Pensé que iba a abrazarme, pero no, me besó directamente. De ahí, nos fuimos a la cama. Esta vez no hubo juego de seducción como cogerme en brazos, sencillamente estiró de mi brazo y me llevó hasta la cama. Me desnudó con prisas y a mí también me entraron las prisas. No sabía por qué, pero tenía ganas de terminar lo que ni siquiera había empezado porque no me gustaba aquello. Pero, en lugar de parar, callé a mi voz interior, la que tanto le gustaba comunicarse conmigo en los momentos menos oportunos, y seguí a lo mío. Una vez puestos, se trataba de pasarlo bien, pensé yo.

Pero no hubo fuegos artificiales: misionero, él arriba, yo abajo; misionero, él abajo, yo arriba; a cuatro patas, pim, pam, pum. Se acabó. Pues vaya... Nos

abrazamos, bueno, más bien yo me pegué a él, cogí su brazo y me lo puse de tal forma que me rodease el cuerpo. Él miraba al techo y me hablaba de enfermería. Vamos, todo pasión... En aquella habitación se respiraba de todo menos amor. Me cansé de escuchar historias de enfermería en las ambulancias y me levanté. Él me imitó. Fue al baño y al volver empezó a vestirse.

—Alberto, ¿qué estamos haciendo?

—Hombre, no creo que necesites que te lo explique, ¿verdad?

—Pero... ¿tú qué quieres?

—Gabriela, yo no quiero nada serio. Tú y yo estamos en puntos de la vida muy diferentes.

—¿Diferentes por qué?

—Porque tú quieres un príncipe azul y yo no lo soy.

Al menos fue sincero, pero a mí se me rompió algo por dentro. Lo acompañé a la puerta y le robé un beso, un beso profundo, largo, que él correspondió como si intuyésemos que quizá iba a ser el último. O no. El tiempo lo diría.

Cuando Alberto se fue, cambié las sábanas de la cama. Nada me molestaba más que dormir en unas sábanas que oliesen a alguien con el que no había disfrutado realmente. Lo nuestro había sido tan solo sexo, y aquella noche, sin duda, habíamos batido el récord nacional. Creía que el sexo estaba sobrevalorado. Evidentemente toda relación necesitaba una dosis elevada de sexo para mantenerse viva, porque al final era la demostración de amor más carnal que existía. Cuando sentías algo especial por alguien, el simple hecho de que te rozase la piel podía terminar en un polvo apoteósico. Pero con Alberto no me pasaba eso. Sin embargo, cuando Jon me besaba, me temblaban hasta las gafas. Estaba hecha un lío: sabía que no podía estar con el hombre que quería, pero tampoco era necesario estar con nadie; yo sola estaba muy bien. Notaba cómo mi cerebro empezaba a centrifugar a demasiadas revoluciones y que no iba a poder dormir. Me fui a mi maloliente cocina, me tomé un Lexatin y me fumé un cigarrillo. Al día siguiente operaban a Julen y quería estar descansada y preparada para lo que pudiese pasar.

Cogí el móvil y vi que tenía mensajes de Iván y Candela. Iván me

preguntaba si yo sabía qué le pasaba a Jon, que llevaba toda la noche muy pensativo y que no hablaba con nadie. Candela en su línea:

Nena, el ojazos está en Babia, ¿se puede saber qué le pasa? O ¿este es su estado mental normal?

Contesté a Candela con la intención de que me contase lo de Víctor; ahora que sabía qué había pasado entre ellos, podía tirar de la manta.

Candy-Candy...  
¿no tienes nada que contarme?

¿Aparte de estar trabajando con tu amante momificado y con la loca de Ivana?

Cande, no es mi amante.  
Solo nos hemos besado.

Eres más mojigata que una mormona, chica, a ver si le echas un polvo porque el pobre está amargaíto perdido.

Sí, para polvos estoy yo...  
si yo te contara.

Cuenta, cuenta,  
que tengo tiempo.

No, no, cuéntame tú, ¿Víctor qué?

A ver, nena, sabes que yo no me enamoro. Le hice unas cosquillitas y listo, y si te he visto no me acuerdo.

Entonces ¿por qué sonríes?

¿Cómo coño sabes que sonrió?

Entre Candela y Víctor iba a haber un problema muy serio, y es que eran dos trenes de alta velocidad y de gran tonelaje. Se auguraba una lucha de

titanes, donde los dos iban de duros, donde se cubrían con una máscara de ironía para esconder sus debilidades. No sabía cómo iba a terminar el asunto, porque hacía años que había perdido la pista a Candela y ya no recordaba cómo era ella en sus relaciones, pero, por lo que había vivido, y era mucho, había tenido más amores que desamores. Aunque fuese de dura, al final terminaba cayendo, y unas veces salía bien y otras no. Pero en general no podía decirse que había tenido una vida amorosa trágica. También es cierto que ella era muy positiva, que siempre exprimía al máximo cada situación y que la vivía sin tabúes y sin complejos. Eso hacía que admirara su forma de ser. En mi caso, yo era mi peor enemiga, me gustaba montar dramones donde no los había, pero no lo hacía a propósito porque, para mí, ciertas cosas sí que representaban un drama, y, aunque luego con el tiempo lo viese como una tontería, el disgusto y el kilito de más derivado del entuerto no me lo quitaba nadie. Víctor, en cambio, era como las botellas de champán, disparaba el corcho con mucha fuerza, pero luego enseguida se agobiaba. Era muy blando en un principio, pero pronto se cansaba. Vamos, que eran inversamente proporcionales y aquello tenía pinta de terminar como las fiestas de mi pueblo: con traca final.

Candela no me contestó más y el Lexatin empezaba a hacer efecto. Me notaba más relajada, me di media vuelta y noté el olor de Alberto en la almohada. Cómo se atrevía a juzgarme por el hecho de que yo desease un príncipe azul. ¿Tan transparente era? Eso era una cosa que debía cambiar de mí, saber jugar mejor mis cartas, hacerme la interesante... «Cállate, Gabriela, duérmete y deja de pensar en tonterías, que tú por no saber no sabes ni jugar al mus», me dije. Dicho y hecho, me quedé dormida.

La noche de Jon no estaba siendo nada agradable. Tal como habían quedado, Irene llegó a casa un poco antes para hablar de aquello que tanto le preocupaba a él, pero Jon no tuvo el valor de contárselo todo. Se sentía culpable por sentir algo por otra mujer, pero también por tener que dejar a Irene, que había sido su compañera de viaje en los últimos años.

—Jon, estás muy raro, y me tienes muy preocupada.

—Irene, es que yo... no sé cómo decirte lo que me pasa.

—¿Es por el trabajo?

—Sí, bueno, no lo sé, es todo. Han sido muchos cambios últimamente. No estoy acostumbrado a trabajar en un sitio tan familiar, donde todo el mundo te conoce, y a veces me siento como si estuviese encarcelado.

—¡Pues déjalo! Busca un trabajo que te llene de verdad. Sabes que con mi sueldo podemos permitirnos vivir bien los dos hasta que encuentres algo más satisfactorio.

—No quiero que me mantengas.

—Deja la testosterona aparcada, Jon, porque eso no conduce a nada. Intento ponerte las cosas fáciles para que seas feliz, para que los dos seamos felices.

—Irene, tu felicidad no debería depender de la mía, ¿sabes?

—No estoy diciendo que vaya a ser más feliz si tú lo eres, pero es importante que la persona con la que convives esté bien, porque últimamente te comportas de una manera muy rara y eso me afecta.

—Pues precisamente por eso quería hablar contigo.

—¡Pues dime qué te pasa!

—No es fácil, porque ni yo mismo estoy seguro de lo que me pasa, solo sé que no estoy bien, me siento triste, no tengo ganas de nada y mi mente está en otro lado.

—¿Y ese otro lado tiene nombre de mujer? Porque ya no sé qué más pensar...

—Irene...

Ella se marchó del salón que con tanta ilusión habían decorado los dos, aunque, si lo pensaba fríamente, era ella quien había elegido los muebles y Jon se había limitado a asentir a todo lo que ella decidía. Irene creía que estaban construyendo un nido de amor, un hogar, una casa donde sus futuros hijos corretearían alrededor de la mesa del salón y harían dibujos en su sofá de un blanco impoluto. Se encerró en su habitación, se tumbó en la cama y se puso los cascos con la música alta. Escuchar música clásica en momentos así la ayudaba a pensar. Vio que Jon entraba en la habitación para coger la ropa de trabajo, pero ella no se dio la vuelta, ni él le dijo nada. Sí, seguro que había otra.

A las cinco de la mañana, mientras todos descansaban antes de empezar con la última tanda de medicación, Jon decidió escribir a Gabriela:

Gabriela, esta tarde he hablado con Irene,  
y he sido incapaz de decirle lo que siento por ti.  
No quiero hacerle daño, pero algo le he insinuado,  
y creo que ella lo ha entendido; me conoce muy bien.  
No sé lo que va a pasar a partir de ahora, pero quiero  
que sepas que si algún día tengo el valor suficiente  
para dejar a Irene, me gustaría mucho que tú y yo lo  
intentásemos. No hace falta que me contestes, solo  
piénsatelo y ya iremos viendo sobre la marcha.  
Un besito, caracola gafosa.

Salió de la aplicación y se quedó pensado mientras miraba al techo. Esa inquietud lo estaba matando, y no saber qué hacer al respecto aún más. Se había complicado la vida de una forma que jamás hubiese podido imaginar. Pero supuso que esas cosas pasaban. Irene y él no serían la primera pareja en separarse ni la última, pero ¿cómo se rompía con alguien? Llevaba tantos años «fuera del mercado» que se le había olvidado cómo se hacían ciertas

cosas, aunque lo de ligar parecía que no se le daba mal. Sonrió para sí al tener ese pensamiento tan infantil, y durante unos instantes cerró los ojos antes de la última ronda de medicación de la noche.

El despertador sonó a las nueve de la mañana. Julen ya habría entrado en quirófano o estaría a punto de hacerlo. Daniel me había dicho que la operación duraría unas cinco o seis horas, así que tampoco tenía prisa, pero quería aprovechar la mañana para hacer algunas cosas relacionadas con la casa y limpiarla porque estaba en modo Jumanji, como si una manada de dinosaurios hubiese recorrido los sesenta y cinco metros cuadrados de mi piso.

Me levanté, preparé café y me senté a la mesa de la cocina. Cogí el móvil y leí el mensaje de Jon. Mil mariposas volaron en mi estómago, como un tornado que recorre el cuerpo hasta la última célula de tu ser. Me enterneció y me sorprendí a mí misma diciendo: «A mí también me gustaría intentarlo». Tenía ganas de verlo, de abrazarlo, de besarlo, de tocar esas pestañas tan largas y ese pelo indomable que me volvía loca. Di un sorbo al café y me encendí un cigarrillo, dando una profunda y placentera calada. Durante unos minutos me sentí caballo ganador, con mi corona de laurel y todo. Me sorprendió que entre todos los mensajes del grupo de las chicas, a las que me hice una nota mental de llamarlas en cuanto saliese de la clínica, hubiese un mensaje de Alberto. Era escueto, solo decía: «Me lo he pasado muy bien». Justo cuando no necesitaba ningún mensaje suyo, tenía que escribirme. La ley de Murphy, de toda la vida.

Puse lavadoras, tendí ropa, limpié el polvo, pasé la aspiradora... todo al ritmo de Lady Gaga, que me daba mucha energía para hacer algo que odiaba: las labores del hogar. No sé a quién había salido, porque mi madre siempre tenía la casa impoluta, no sé para qué limpiaba tanto, si no había nada que limpiar, aquello era limpiar sobre limpio. Y cuando la veía fregar los suelos de rodillas me ponía de los nervios. ¿Para qué existían las fregonas?, que encima era un invento español... Pero no había forma de que cambiase de opinión. Yo era más de ir al Mercadona y comprar toallitas multiusos: toallitas para la cocina, toallitas para el baño, toallitas para los muebles,

toallitas para los cristales. Limpiar y tirar, fácil y sencillo.

Después de mi ataque de limpieza me duché, me vestí y fui a la clínica porque supuse que mi príncipe ya estaría saliendo de quirófano o en cuidados intensivos. Cuando llegue, llamé al doctor Naveda, ya que él era el coordinador del caso, pero no me cogió el teléfono, así que, si no veía tampoco a Daniel, luego me pasaría por su despacho. En el ascensor me encontré con Carmen.

—Hombre, Gabriela, dichosos los ojos.

—Pues no me ves porque no quieres, porque de aquí no salgo...

—¿Qué haces aquí en tu día libre?

—He venido a ver a Julen, el niño que está operando el doctor Cañas.

—Precisamente de eso quería hablarte. Cuando acabes con tu vida social por la clínica en tu día libre, pasa por mi despacho.

—¿A qué viene eso, Carmen?

—Creo que te estás extralimitando en tus funciones. Luego baja.

No me dio opción a contestar porque ella salió del ascensor. Como siempre, tenía que quedarse con la última palabra y encima dejarte con mal cuerpo. Seguro que había tenido una asignatura en la facultad llamada: «Cómo joder a tus empleados y salir ilesa en el intento». La madre que la parió.

Cuando subí a quirófano, me encontré con Guillermo y Mónica, que estaban esperando en la sala de espera.

—Hola, familia...

—¡Gabriela! ¡Gracias por venir! —dijo Mónica, y me dio un largo abrazo.

—No hay de qué, Mónica, es lo menos que puedo hacer por mi príncipe azul, para uno que se ofrece a serlo, no puedo dejarlo escapar.

—Qué lindo es, ¿verdad?

—De verdad de la buena. ¿Hay noticias?

—Ha venido el doctor Naveda hace un rato para informarnos de que al doctor Cañas le queda una hora más o menos. Después podremos verlo un minuto y luego irá a cuidados intensivos.

—Vale, pues voy a bajar donde la bruja de mi jefa, que quiere hablar conmigo y luego subo a ver si lo veo. ¿Marga no está?

—Ha ido con Janire a tomar un café.

—No conozco a Janire... ¿Quién es?



—Es mi sobrina, la hija de Marga. Es la mayor de las primas, tiene diecinueve años y la pobre lo está llevando fatal.

—Es normal... Bueno, enseguida vengo; a ver si todo ha salido bien.

—Ojalá.

Entré en el ascensor y pulsé el botón del sótano. Carmen tenía el despacho allí ubicado. Como en las películas de terror, todo lo malo se escondía en el sótano. Y, al igual que en los cuentos el dragón se ocultaba en el sótano, en nuestra clínica la bruja también tenía allí su despacho.

El despacho de Carmen era tipo pecera, tres paredes de pladur y otra acristalada, desde la cual ella podía controlarlo todo, hasta los departamentos que no dirigía, pero necesitaba controlarlo; era más fuerte que ella.

Cuando me asomé por la puerta, la vi tecleando frenéticamente, con sus gafas de metal del pleistoceno y más tiesa que la sota de bastos, seguramente escribiendo una carta de apercibimiento a alguna pobre ilusa por no llevar calcetines blancos. Porque ella era así, no se comunicaba verbalmente, lo hacía mediante carta y luego decidía el castigo. Lo que menos imaginaba es que esa carta de apercibimiento era para mí.

—¿Qué significa esto, Carmen?

—El otro día fuiste a ver a Julen Bastida a la hora de la medicación y dejaste a tus pacientes sin enfermera.

—¿Perdona? ¿Quién te ha dicho eso?

—No ha hecho falta que nadie me lo diga, pasé por allí y solo necesité contar a las enfermeras que había. Sabía que tú estabas de turno y no estabas en tu sitio. Nadie me vio.

—Qué pasa, ¿que me espías?

—Mi deber es controlar a mi personal, te guste o no. Y no me gusta tu actitud, no me gusta que te tomes ciertas licencias y no me gusta que establezcas una relación tan personal con una familia que no es la tuya.

—No sé dónde estudiaste enfermería, Carmen, pero en mi escuela nos enseñaron a mostrarnos cercanos con el paciente, a compartir el dolor, a sostener su mano cuando lo necesitan y apoyarlos durante todo el proceso. Eso está escrito y es así, no me he extralimitado en nada.

—Puedes hacer todo eso con los pacientes que tienes a tu cargo en planta, pero no con otros. Tres días a casa sin empleo y sueldo.

—¿No crees que te estás pasando?

—Parece que esta es la única manera de que aprendáis, y así sabréis dónde tenéis que estar en cada momento. Firma.

—No pienso firmar.

—Gabriela, si no firmas, voy a pasar la carta al comité de enfermería y sabes que saldrás perdiendo; incluso pueden despedirte.

Firmé, no tenía otra opción. Si no tenía trabajo, no podría pagar la hipoteca. Carmen sabía perfectamente que todas necesitábamos el trabajo, si no no aguantaríamos a semejante monstruo por amor al arte. Le entregué la carta, me dio una copia y salí del despacho.

Lo que me acababa de pasar era surrealista, no me lo podía creer; Carmen siempre hacía lo mismo: cuando su paciencia se agotaba, descargaba toda su ira contra alguien, y esta vez me había tocado a mí, o eso creía yo. Vale que yo tenía el tamaño apropiado para ser su saco de boxeo, pero, si estaba amargada, que se tomara unos chupitos como hacíamos el resto de los humanos.

Me entraron ganas de romper algo, de gritar, de llorar, pero no, no iba a hacerlo porque eso significaba sentirme culpable por algo que había hecho mal. No creía estar extralimitándome en mis funciones; simplemente quería prestarle mi apoyo a una familia. Además, si Carlos no me hubiese pedido que acompañase a Julen mientras él hablaba con sus padres, no habría ocurrido nada. Volví a subir a quirófano y allí estaba la familia de Julen.

—¿Novedades? —le pregunté a Mónica.

—Ya ha salido, lo hemos visto, pero estaba sedado todavía. Lo han llevado a cuidados intensivos. Nos ha dicho Daniel que las primeras cuarenta y ocho horas son cruciales. Ha salido medianamente optimista porque ha extirpado gran parte del tumor, pero debía de estar muy pegado a no sé dónde y no ha podido extirparlo del todo. Dice que no sabe si le quedarán secuelas...

Entonces, toda aquella entereza que había mostrado hasta ese momento se derrumbó y se lanzó a mis brazos.

—Vamos, Mónica, hay que ser optimistas. Julen es fuerte y saldrá de esta —la reconfortó Marga.

—Cariño... ahora no puedes venirte abajo, no sabemos lo que nos espera... —dijo Guillermo.

—¡Sé que crees que se va a morir! —le espetó Mónica.

—¿Cómo puedes decir eso? —repuso Guillermo, asombrado.

—Mónica, ahora mismo no eres tú la que habla, es tu miedo, y es normal. Nadie quiere que le pase nada a Julen. Voy a entrar en cuidados intensivos a ver si alguna compañera me dice algo, ¿vale? —dije yo.

Senté a Mónica en la silla de la sala de espera rodeada de sus familiares, cuando reparé en la que debía de ser Janire, su sobrina. Estaba con la mirada perdida al frente y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Tenía los ojos grandes, unos labios carnosos y una melena que le llegaba hasta la línea del sujetador. Era muy bonita.

Entré en la sala de cuidados intensivos y, desde el pasillo, llamé a Lucía, la enfermera.

—¡Lu! ¡Lu!

Lucía me vio y salió a mi encuentro.

—Hola, Gabe, ¿vienes por Julen?

—Sí, ¿dónde está Daniel?

—Ha vuelto a entrar en el quirófano, una urgencia.

—Mierda, quería preguntarle cómo había ido.

—Pues... está grave, Gabe, tiene la tensión intracraneal bastante alta. Veremos si con la medicación y la válvula que le ha puesto mejora. Ya sabes cómo va esto, lo mismo sale como una rosa que no lo cuenta.

—Joder, Lu, no me digas eso... Bueno, me voy a casa porque la bruja me ha castigado. Si hay algún cambio, mándame un mensaje, por favor. Intentaré hablar con Daniel más tarde. Por cierto, ¿Carlos ha subido a verlo?

—Sí, hace un momento, pero se ha ido a una reunión del comité, así que no creo que lo encuentres. ¿Qué ha pasado con Carmen?

—Nada, que se ha venido arriba y me ha mandado tres días a casa porque dice que me he extralimitado en mis funciones con la familia de Julen.

—Por Dios...

—Ya ves, igual de asombrada estoy yo, pero qué le vamos a hacer. El otro día dejé que me preparasen la medicación de tarde y subí a verlo, pero, como Carlos me había pedido que lo ayudase, supuse que tenía un poco más de manga ancha.

—Pues que no te hubiesen pedido que ayudases. En la clínica todos lo

sabemos, Gabe. Si hay algo que las compañeras podamos hacer por ti, dínoslo.

—Gracias, Lucía, pero no. Es mejor no remover la mierda. Si ella considera que ha hecho lo correcto, pues ella sabrá. Cuando yo esté más calmada, hablaré con ella. Lo que me jode es que en los próximos días no podré venir porque, como me pille por aquí, la cosa puede complicarse.

—Si aceptas un consejo, no vengas a las horas que ella pueda estar aquí, yo te mantengo informada. Ya sabes que a las cinco en punto coge su escoba y se va volando a su cueva, así que igual es buen momento para venir. —Y me guiñó un ojo.

—Buena idea... ¡Muchas gracias, Lu! Me voy antes de que intuya que estoy aquí con sus poderes maléficos.

Volví a la sala de espera y le dije a la familia de Julen que no tenía noticias nuevas, que todavía era pronto pero que debíamos mantener la esperanza de que todo saldría bien. La cirugía era el primer paso, luego se le sometería a más tratamientos y había que reservar fuerzas para afrontar todo aquello. Les dije que se fuesen a casa, puesto que en cuidados intensivos las visitas eran restringidas y que hasta la tarde no podrían volver a verlo. Mónica tuvo otro ataque de ira diciendo que ella no iba a dejar a su niño solo, pero, al final, entre todos la convencimos y nos marchamos a nuestras casas.

Me senté en el coche y empecé a llamar porque estaba tan cabreada con lo que me había pasado con Carmen que necesitaba desahogarme. Víctor y Candela tenían el móvil apagado, los dos. Eso me hizo fruncir el ceño. Allí se estaba cocinando algo y lo estaban haciendo a lo zorro, los muy bribones, pero ya me enteraría. Raquel y Pilar estaban de turno de mañana, así que no podrían atenderme. Llamé a Clara.

—¿Qué tal está mi gordita bonita?

—Hola, cuqui... ¿Cómo estás?

—Con un cabreo de mil demonios. ¿Puedes creerte que Carmen me ha castigado con tres días sin empleo y sueldo por lo de Julen?

—Por ayudar, ¿no?

—Efectivamente.

—Sí, ella es así. No le des más vueltas. ¿Cuándo te voy a ver, cuqui?

—Pues cuando tú tengas tiempo, yo ahora dispongo de tres días libres...

—Ahora vamos al ginecólogo, que me toca ecografía, pero si quieres mañana tomamos un café. Bueno, yo un café descafeinado, y tú, una botella de ron.

—¡Ron, ron, ron, la botella de ron! Como soy una pirata, el ron me viene que ni pintado —exclamé riendo.

—Menos mal que te tomas las cosas con humor —me dijo Clara, riendo también.

—Uyyy, cuando se me baje el cabreo, el dramón va a ser digno de ver.

—Mañana lo veremos, pues.

Colgó, pero yo tenía necesidad de desquitarme y mucho... Abrí el WhatsApp y releí el mensaje tan bonito que Jon me había mandado. No sabía en qué turno estaba, la memoria no me daba para llevar al día la agenda de todo el mundo, pero probé suerte. Cogió a la primera.

—Hola, Caracola.

—¿Qué pasa, que ayer te comiste un kilo de M&M's y se te subieron a la cabeza?

—Qué boba eres. —Rio.

—¿En qué turno estás? —pregunté.

—Saliente de noche, pero esta noche vuelvo a entrar.

—Oh... qué pena, iba a proponerte algo indecente.

—Ah, ¿sí? Como has estado tan tensa estos días y no me has contestado a los mensajes, pensaba que me habías puesto en tu lista negra, pero ahora estoy intrigado. ¿Cómo de indecente es el asunto?

—Mucho.

Tenía razón en que estaba cabreada, dolida o lo que fuese con lo que había pasado con Irene, pero a grandes males, grandes remedios. Ya que estaba jodida, ¿por qué no joderme un poco más? Total, el sufrimiento iba a estar ahí, de modo que si podía echar un polvo con Jon, pues eso que me llevaba en el cuerpo. Así era yo. Acción, reacción, repercusión con dramón.

—Dame cinco minutos, a ver si algún alma caritativa me hace la noche, me apetece mucho ser indecente contigo.

Colgó el teléfono y en menos de tres minutos me devolvió la llamada.

—Solucionado. ¿Qué hacemos?

—Pues, de momento, ¿puedes venir esta tarde a mi casa?

—Claro, ¿a qué hora?

—A las seis. Trae vino.

—¿Tinto o blanco?

—Los dos.

Fui a casa de mis padres. No tenía nada que hacer y todo el mundo estaba trabajando, por lo que decidí hacerles una visita. Además, así podría estar con Han; hacía días que no lo veía. En cuanto giré la llave y abrí la puerta, ya estaba esperándome sentado. Luego se abalanzó sobre mí como en un abrazo y no conseguía despegarlo de mí. Me entraron ganas de llorar. Quería tanto a aquel animal que me daba rabia haberlo dejado de lado. Tenía la sensación de ir como pollo sin cabeza corriendo hacia cualquier lado, pero ¿adónde iba? Y ahora me complicaba aún más la vida quedando con un tipo que tenía pareja, o que la estaba dejando, o vaya usted a saber... Era imposible adivinar qué saldría de todo aquello. Lo que sí tenía claro era que nadie me hacía sentir tan bien como Jon. Con Alberto, el sexo había estado bien, sobre todo la primera vez, pero no terminaba de llenarme, quizá era demasiado frío, quizá no quería nada serio conmigo, y yo no era una abeja que iba picando de flor en flor, sino que creía en el amor; bueno, en realidad, era una enamorada del amor, creía en los príncipes azules aunque muchas veces destiñesen. La pareja de uno de mis amigos de la infancia hizo su tesis doctoral sobre la influencia que las películas Disney habían tenido en la visión del amor en la mujer. Bien, pues yo tenía sobredosis de Disney, y de postre, una buena ración de Hello Kitty. A punto de cumplir los treinta y tres, estaba más perdida que el barco del arroz, como decía mi madre, pero lo peor de todo era que no sabía hacia dónde ir. Me sentía estancada en el flirteo de los veinticinco años, donde salir cada sábado era sagrado y donde te ponías guapa mintiéndote a ti misma y diciéndote que lo hacías por ti, cuando en realidad lo hacías por los demás. ¡Pero si yo estaba hasta la peineta de verme! En todos los estados posibles, desde monísima de la muerte hasta con un careto que daba pena. ¿Qué sacaba yo viéndome guapa? Si a mí lo que realmente me importaba era ser guapa por

dentro, porque lo de fuera, con un poco de chapa y pintura, podía solucionarse.

Una médica con la que trabajé, cuando me veía más despeinada de lo habitual, me decía que una no se sentía bien por dentro hasta que no se veía bien por fuera. Yo opinaba todo lo contrario: que primero tenías que estar bien por dentro para sentirte bien por fuera; quererse a una misma era una asignatura pendiente. ¿Cómo se aprende a quererse a sí mismo? ¿Dándose largos baños y poniéndose cremas y maquillándose? Bueno, era un comienzo, pero yo creía que se trataba de algo mucho más complejo. Algo que venía de las entrañas, que se juntaba con experiencias vividas, de cómo te habías tratado a ti misma desde niña. Todo este cóctel, aderezado con lo que opinaban los demás de ti. Siempre he envidiado a esas personas que les importaba un comino lo que los demás pensasen de ellas, pero yo, aunque de dientes para fuera dijese que no me importaba, sí me importaba. Necesitaba sentirme aceptada por los demás. Me alucinaba la visión que aquellos que me conocían tenían de mí: me veían como una persona risueña, sonriente, alegre, capaz de comerse el mundo. Sin embargo, yo me veía como una rubia gafotas, despeinada, con una nube negra que no hacía más que lloverle encima y mojarle las gafas. Ojalá tuviese gafas con limpiaparabrisas; pero no, las gafas se me mojaban constantemente y veía menos que un gato de escayola.

Han me miró con ojos de corderito mientras lo acariciaba. Él intuía que yo estaba metida en un bucle de pensamientos y sencillamente se limitó a lamerme las manos, la cara y la ropa. No le hacía ascos a nada, como diciéndome: «Si tú no te quieres, no te preocupes, yo te querré por los dos».

—Hola... —saludé sin mucho ánimo.

Se oían muchas voces desde la cocina, que era el centro neurálgico de la casa de mis padres. No éramos de esas familias que se reúnen en el salón; nosotros nos reuníamos en la cocina y normalmente con mi madre dando vueltas a nuestro alrededor, comiendo a plazos, como las hipotecas, y quitando y poniendo platos, porque para ella nunca había suficiente comida.

Cuando me asomé por la puerta vi que, además de mis padres, estaban mi hermano, Pablo, y su mujer, Paula. Allí, cogidos de la mano, como si se fuesen a perder dentro de la cocina. Eran de esas parejas que se tomaban muy



en serio la palabra «nosotros»; iban a todas partes juntos, de compras, hacían las cosas de casa, se iban a recoger al trabajo... Me pregunto si irían al baño juntos, bueno, a la ducha quizá sí, pero espero que para el resto no.

—No sabía que había reunión familiar —dije.

—Es que no la hay, ha sido una visita sorpresa —repuso mi hermano.

—Sí, hemos salido a comprar y hemos pensado en pasar a ver a tus padres. Hacía días que no veníamos —comentó mi cuñada.

—Ah, genial... pues hoy tengo un día de perros. Me he cogido tres días libres en el trabajo a ver si me despejo la mente —mentí.

—Hija, siempre estás con la necesidad de despejarte, pero si no tienes otra cosa que hacer que mirar tu propio cuerpo —apuntó mi padre.

—Ya, papá, pero hay personas que tenemos más necesidades que otras, y no creo que sea nada malo.

—No contestes a tu padre, Gabriela.

—Mamá, es que parece que no puedo decir nada.

—Déjate de mamá y lávate las manos, que voy a servir la comida. Menos mal que he hecho de sobra, porque os habéis presentado todos, y yo sin saberlo.

—Mami, tú siempre haces comida de sobra, parece que aquí vivan diez personas, y solo vivís dos. Bueno, y Han, que come por cuatro.

—Sí, creo que Han se quedará a vivir aquí, ya se ha acostumbrado a estar con nosotros. —Y me guiñó un ojo.

Mi padre nunca había querido tener un perro en casa, pero, cuando yo adopté a Han, sabía perfectamente que al final él tendría que hacerse cargo más veces de las que le habría gustado. Miré al perro, que estaba sentado al lado de mi padre y que movía su minúscula cola mientras mi padre hablaba sobre trivialidades y le acariciaba la cabeza. Al final, el perro los había conquistado a los dos. Eso me dio tranquilidad.

Durante la comida hablamos de todo y de nada. A mi hermano le encantaba contarnos las batallitas de su trabajo; tenía un pequeño negocio de alimentación en un buen barrio y él se dedicaba a la gerencia de este. Mi cuñada trabajaba en la sección de perfumería de El Corte Inglés y siempre iba perfectamente maquillada, con el pelo liso como una tabla de planchar y con taconazos. Me miré, con mi sudadera granate con capucha, mis leggins

negros y mis zapatillas de *trekking*. Éramos como la noche y el día.

Estábamos tomando el café cuando miré el reloj y vi que eran las cuatro y media. Tenía que irme pitando porque todavía tenía que depilarme, arreglar la casa y quizá debería pasar por el súper a comprar algo de picar para cuando llegase Jon. Me había venido muy arriba pensando en que debía depilarme porque tal vez lo que yo creía, aunque no quisiese reconocerlo, que iba a terminar siendo el polvo del siglo, igual acababa en la borrachera del siglo, pero, bueno, más valía prevenir que curar.

Lo primero que hice fue pasar por el súper. Como él se iba a encargar del vino, yo compré diferentes quesos, un poco de jamón, paté y unos panecillos especiados y otros con pasas. Con eso pensé que sería suficiente. Llegué a casa, metí todo corriendo en mi nevera vacía que con cuatro cosas lucía incluso más bonita. No creía que hubiese nada en el mundo más deprimente que una nevera vacía; bueno, sí, no tener ganas de llenarla.

Me depilé, de arriba abajo; me di un baño relajante, aunque estaba tan nerviosa que ni el milagroso jabón de Rituals surtía efecto. Utilizaba esos productos en las ocasiones especiales, me encantaba cómo olía sobre todo el Ritual de Ayurveda, que tenía ese olor a rosas y a almendras dulces. Estaba delante del armario pensando en qué ponerme; no quería arreglarme, pero tampoco estar hecha un adefesio, así que opté por unos leggins. Un nivel de glamour insuperable. Unos leggins negros, ropa interior del mismo color, eso sí, sexy por si las moscas, y una sudadera de color rosa que me favorecía mucho.

En una ocasión, ligué con un chico. Era verano y hacía un calor asfixiante. Quedamos a media tarde y él vino a buscarme. Alex era de esas personas chapadas a la antigua que te abrían la puerta del coche, iban a buscarte a casa y te trataban como a una princesa, pero tenía un fallo: no quería una pareja estable. Después de muchos desengaños amorosos, él quería satisfacer sus necesidades, mimar y que lo mimasen y poco más. Ese día me puse un vestido de rayas marinero de esos que tienen la falda pegada a la camiseta, era algo ajustado y se me notaban un poco las lorzcas, así que tuve la brillante idea que ponerme una braga faja. Y sí, y esto es real, yo nunca pensé que iba a terminar entre las sábanas blancas recién cambiadas y almidonadas de Alex el perfeccionista, pero pasó. Y allí estaba yo, que no sabía cómo esconder mis

bragas del tamaño de un paracaídas y no quedar en ridículo. Alex y yo éramos muy amigos, había confianza, así que le dije que por favor no me mirara las bragas, y, evidentemente, ¿qué hizo?, pues mirar. Mirar, reírse y quitármelas. Momento Bridget Jones total. Fin de la historia. Desde aquel día, cada vez que quedaba con un chico procuraba ponerme ropa interior que no diese ganas de salir corriendo en cuanto la vieses.

Jon llegó puntual. Yo lo esperaba apoyada en el marco de la puerta; siempre esperaba a las visitas ahí; me gustaba ver si subían en ascensor o por la escalera. Él escogió la escalera. Se acercó a mí, sonriente, y sin más preámbulos me besó. Me besó, mucho, profundo y húmedo. Todavía no me había quitado las bragas y ya me sentía como si no las llevase puestas.

—Qué ganas tenía de verte, Gabe...

—Ya veo, ya... —dije avergonzada—. Venga, vamos a la cocina y preparo algo para picar.

—No tengo hambre, la verdad.

—Ah, ¿no? ¿Y un vino?

—Sí, eso sí.

Fuimos a la cocina y me dispuse a abrir la botella de tinto mientras dejaba la de blanco enfriando en la nevera. Yo estaba apoyada en la encimera de la cocina intentando meter el sacacorchos cuando me cogió por detrás. Se acercó a mi oreja; notaba su respiración agitada, excitada y un prominente bulto hacía presión contra mi trasero. Me abrazó, me besó detrás de las orejas y yo me derretí. Se me resbalaron las manos de la botella y del sacacorchos con el sofocón e hice malabares para que no acabara en el suelo.

—Déjame a mí, anda, que te veo un poco nerviosa.

—Nerviosa no, pero es que has venido tan directo que no sé. Estoy un poco abrumada.

—Oh... vaya, lo siento. Es que tenía muchas ganas de ti... No sabes cuánto tiempo llevo pensando en este momento.

—Ya, Jon, pero...

—Chis. —Y me besó—. Vamos a tomar una copa de vino y a charlar.

Nos sentamos en el sofá y empezamos a hablar. Le conté que estaba pendiente de cómo había salido la operación de Julen y, al mirar el móvil, vi que no tenía noticias de Lucía. Bueno, la ausencia de noticias eran buenas

noticias. Empecé a llorar por la pena que me daba el niño, por su propuesta de ser mi príncipe azul y por todas las cosas acontecidas en los últimos días. Él me abrazó tiernamente.

—Tienes un corazón demasiado grande, Gabriela. Como vayas así por la vida, te van a hacer mucho daño.

—¿Más? Pero ¡no sé actuar de otra manera! ¿Crees que no me fustigo por ser así? ¿Por ser tan sensible?

—No digas bobadas, eso forma parte de tu encanto. Si no fueses así de sensible, si no te preocupases por los demás y si no fueses tan contestona, no serías tú y, por lo tanto, lo que es a mí, no me gustarías.

—Jon... pero tú eres tan... tan guapo, y tienes a Irene, ¿por qué yo?

—No lo sé.

Me besó. Entonces todo se disipó, los dos nos fundimos en abrazos, besos, lametones y respiraciones susurradas al oído. Cuando nos fuimos a la cama, me desnudó sin prisa. A mí me daba vergüenza y él lo notó; no sé cómo lo hizo, pero consiguió que me sintiese cómoda. Me abracé a él bajando mis manos por su espalda angulosa, ancha, protectora, hasta llegar a su culo y de ahí pasé a la parte delantera. ¡Vaya parte delantera! Me dieron ganas de decirle: «Para, porque eso no cabe aquí dentro», pero vio mi cara de circunstancias al tocar su pene erecto, y en su rostro se dibujó una sonrisa de placer.

—Tranquila, es un poco más grande que la media, pero iremos poco a poco.

Y poco a poco cupo, y estupendamente además. Sus movimientos eran lentos, sinuosos, con la intención de darme placer. Yo me quedé en blanco. La controladora Gabriela había desconectado de sus prejuicios y estaba disfrutando del macho cabrío que estaba entre sus piernas. Me recorrió entera a besos, de arriba abajo, me penetró con cuidado y levanté mis caderas para adaptarme al él. No tardamos mucho en llegar al clímax. Fue maravilloso. Nos tumbamos bocarriba, todavía jadeantes los dos, y él se quitó el preservativo.

—Joder, princesa, cómo lo haces.

—Ayyy, no me digas eso, ¡que me da vergüenza! —Y me tapé la cara con las manos.

—¿En serio? —Estalló en una sonora carcajada—. Pero ¡qué graciosa!

No sé qué encontraba tan gracioso. Yo, desde luego, era incapaz de ver el lado cómico del asunto, aunque, en el fondo, yo también me reía de mí misma y de lo infantil que era en estas situaciones. Mi vida sexual no era muy extensa: me había acostado con tres chicos, y uno había sido mi pareja durante muchos años. Aquello terminó y luego estuve mucho tiempo en dique seco autoimpuesto. Después llegó Alex; luego, Alberto, y ahora, Jon. No era una gran lista, pero no me importaba, porque yo siempre prefería la calidad a la cantidad. Quería cariño, amor, complicidad, y eso, al menos yo, no creía que se pudiese encontrar en la barra de un bar.

Me levanté para fumarme un cigarrillo y él me siguió. Me abrazaba por detrás mientras recorríamos el pasillo, los dos desnudos. Fui al baño a por una toalla para ponerla encima de mi sofá blanco y nos sentamos.

—¿Me das uno? —me pidió.

—Pero ¿tú fumas?

—No... bueno, solo en ocasiones especiales.

—O sea ¿que esto es una ocasión especial?

—Para mí sí. —Y empezó a acariciarme la espalda.

Los dos fumamos en silencio mientras dábamos pequeños sorbos de vino.

—Ven aquí.

—Aquí, ¿dónde? Si estoy pegada a ti.

—Más aquí.

Me hizo gracia aquella expresión, que, a partir de ese momento, se convertiría en un guiño entre nosotros. Nos tumbamos en el sofá, todavía desnudos, e hicimos la cucharita. Yo estaba flipando en todos los colores del arcoíris: un hombre que no tiene prisa y hace la cucharita después de un polvo, aquello era un sueño.

—¿No te vas?

—¿Me estás echando?

—No... pero tal vez tengas que irte.

—No, ya lo he solucionado, me quedo a dormir.

—Genial. —Y sonreí.

No dormí demasiado bien porque Jon no se despegó de mí. Tenía su brazo metido debajo de mi cuello y, a pesar de que no era una postura cómoda, no me moví. Simplemente disfruté sintiendo el calor de su cuerpo, oyendo su respiración acompasada y sus ronquidos. Cuando veía que roncaba más fuerte, chasqueaba la lengua y él, aunque seguía profundamente dormido, hacía movimientos con la boca como si comiese chicle, pero al cabo de unos minutos volvía el concierto. A las nueve de la mañana, con tortícolis y agujetas después de una noche de pasión, me levanté a hacer café mientras él dormía desnudo encima de la cama. Yo, congelada de frío, y él ahí, tan pancho, como si estuviese en una playa caribeña.

Fui a la cocina y empecé a preparar café con una sonrisa en los labios, pero de repente fue como si me cayese de bruces de la nube. Después de ese café se iría, y una nube gris se posó sobre mi cabeza. Mi humor se tiñó de un gris perlado que brillaba unos segundos pero que enseguida se apagaba porque tenía que afrontar la realidad. Era novata en estas experiencias. La que jamás pensó que mantendría una relación con alguien comprometido con otra persona ahí estaba preparando café para dos.

Noté su cuerpo rodeándome por la espalda. Me cogió de la cintura y su pene me daba los buenos días mientras él me besaba el cuello.

—Buenos días... —susurré— a los dos.

—Esto es lo que provocas en mí, señorita —dijo en un murmullo.

—Jon, no te emociones, porque yo sin café no soy nadie. *No coffee, no party.*

—Pero ¿también sabes inglés? Qué chica tan completa.

—Sé inglés y también sé mecanografiar como las secretarias de los años ochenta, mi madre me obligó a aprender. ¿Sabes que si ella no me hubiese

empujado a hacer un montón de cosas no sería ni la mitad de lo que soy hoy?

—Tu madre es muy especial para ti, ¿verdad?

—Mucho... Y dime, ¿cómo toma el café el caballero?

—No tomo café, soy de Cola Cao.

—¡Venga ya! ¡Pero si eres enfermero! Yo creo que la gran mayoría de los sanitarios tomamos café, aunque sea por hacer vida social. A mí tampoco me gustaba, pero desde que empecé a trabajar, como todo el mundo tomaba y el Cola Cao en las plantas era un tesoro difícil de conseguir, sucumbí a los encantos y ahora me chifla, la verdad. Pues siento decirte que no tengo, soy más de Nesquik.

—Bueno, lo que sea, mientras me lo prepares...

—¡Tendrás morro! ¿Cuándo tienes que irte?

—Ahora, se supone que estoy saliendo del turno de noche y no puedo entretenerme mucho porque... bueno, ya sabes.

—Sí...

No quise decirle nada, pero para mí aquellas palabras fueron como un puñal: tenía que volver a su otra vida, a la real; yo solo era un espejismo. Ordené a mi mente que se callase, que no le diese más vueltas, que el tiempo tenía la última palabra. Su situación personal no era fácil de gestionar, y evidentemente todo proceso requería su tiempo. Paciencia... qué grande me quedaba esa palabra. Pero pensé que quizá era un buen momento para aprender y que, si jugaba bien mis cartas, aunque no supiese jugar al mus, la jugada podía salirme bien. Hacía mucho tiempo que no sentía tanta química con alguien como con Jon, sobre todo por su ternura, esa ternura que rozaba la devoción y que se había convertido en una bomba de relojería desde la primera vez que nos vimos. Todavía no alcanzaba a comprender por qué se sentía atraído por mí, pero allí estaba, sentado en mi cocina, mirando por la ventana mientras yo preparaba el desayuno. Si mi madre me viese...

Puse las tazas encima de la mesa junto al bote de las galletas. Desayunamos en silencio mientras nos mirábamos intensamente, sin decir nada, diciéndolo todo.

—Como sigas mirándome así, tendré que llevarte de nuevo a la cama, Gabe.

—Como sigas mirándome así, tendrás que fregar las tazas del desayuno,

Jon.

Ni lo uno ni lo otro; Jon terminó su desayuno y se fue a la habitación a vestirse. Yo estaba en la cocina recogiendo cuando se acercó para decirme que se iba y si le acompañaba a la puerta. Cuando llegamos al umbral de la puerta, me cogió mi cara entre sus manos y me estampó un beso sonoro y continuó con una ráfaga de pequeños besos; vamos, que me inundó de besos.

—¿Qué tal lo has pasado, princesa?

—Muy bien... la verdad. —Sonreí.

—Si tuvieses que definir con una palabra lo que ha ocurrido, ¿cuál elegirías?

—Se me ocurre una, pero me da vergüenza decírtelo. —Me sonrojé—. ¿Por qué no lo decimos los dos a la vez a ver si coincidimos?

—Tienes cada ocurrencia... venga, una... dos... y tres.

—Magia —dijimos al unísono.

Con cara de satisfacción y a la vez de sorpresa, cerró la puerta a su espalda y se marchó. Yo me llevé la mano a mis labios, echando ya de menos sus besos. «Magia —pensé—, magia...», y sí, lo que había surgido entre nosotros no tenía otro nombre. Magia.

Me fui a la cocina a ponerme otro café y fumarme un cigarrillo; me moría de ganas de fumar. Era un hábito estúpido que adquirí a los veintidós años. Empecé siendo una fumadora social y al final terminé enganchándome y, si era sincera conmigo misma, estaba bastante enganchada. Me senté en mi sitio favorito de la cocina, que era en la silla que quedaba más cerca de la ventana, donde se había sentado Jon a desayunar. Habíamos elegido el mismo sitio en la mesa, pero por cortesía no quise decirle nada. Di un sorbo al café y me encendí un cigarrillo. Me vinieron a la mente una sucesión de imágenes, de besos, abrazos, embestidas, él dentro de mí, yo dentro de él, y sonreí. Di una calada profunda. Me deleité en esas imágenes, en las sensaciones, en los olores, y me llevé el antebrazo a la nariz. No olía a mí, olía a Jon, todo mi cuerpo olía a Solo de Loewe. No quería que desapareciese ese olor, no quería ducharme y que esa sensación de confort se esfumase. Mi corazón daba botes de alegría, cabalgaba al ritmo del *Waka Waka* de Shakira y me vine arriba, muy arriba, tanto que me levanté de la silla y chillé: «¡Gabriela Herrera, eres una guarra, pero qué polvazo has echado, eres la puta jefazaaa!». Y me dio un



ataque de risa. Menos mal que estaba en la intimidad de mi cocina, porque si alguien me hubiese visto habría llamado a la ambulancia y me hubiesen ingresado en un psiquiátrico de cabeza. Eso sí, habría pedido que la habitación tuviese unas bonitas vistas; si tenía que estar ingresada, al menos disfrutar de un paisaje agradable. Después de mi revolcón mental conmigo misma, pensé que debía ducharme, aunque no quisiese quitarme el olor a Jon y volver a la vida real y atender cosas que tenía pendientes. Pensé en Julen; necesitaba saber cómo estaba. Así que aparqué a la Gabriela más flamenca que una falda de lunares y saqué a relucir a la Gabriela gafapasta, la seria, la responsable, la que en esos momentos no me apetecía nada sacar.

Me metí en la ducha y repasé mentalmente todo lo que tenía que hacer. Era sábado, así que tenía más margen de maniobra con el tema de Carmen para ir a ver a Julen. Esa era mi prioridad. Podía tomar un café con Clara después de comer y luego acercarme a la clínica para ver a mi príncipe azul. Tenía pendiente una charla con Candela también, porque estaba muy misteriosa últimamente, y eso me mosqueaba bastante. No me incumbía, los dos eran mayorcitos para saber lo que hacían, pero esa manía mía de hacer de mamá gallina con la gente que me importaba hacía que me preocupase en exceso por ellos, y Víctor pertenecía a esas personas que uno llama «mi gente». Una vez había puesto en orden mis pensamientos —en eso sí que me gustaba la Gabriela controladora, porque era una persona multitarea—, solo debía tener claro lo que iba a hacer y luego lo hacía. Era vaga para ponerme a estudiar, para hacer cursos y leer artículos de enfermería, pero ser el perejil de todas las salsas no me daba ni gota de pereza.

Cuando fui a rescatar mi móvil de entre los cojines del sofá, el cual tardé en encontrar un rato, vi que estaba sin batería. Cuando lo enchufé y encendí, entraron un montón de notificaciones. Mi madre, para saludar y cuatrocientos emoticonos uno detrás de otro y una foto de Han, lo que hizo que me diese cuenta de cuánto echaba de menos a mi mascota, aunque era un trasto y había mordisqueado algún mueble. Si se me ocurría dejar comida a la vista, ya podía olvidarme de ella porque ese perro era un saco sin fondo, le daba igual, se comía las peladuras de la fruta, los yogures, carne, pescado... No había nada que no le gustase, salvo las fresas.

En otro mensaje, Víctor me decía que estaba de guardia, y le contesté

preguntándole por Julen, pero debía de estar ocupado porque no se puso en línea inmediatamente. No me preocupé porque luego lo vería cuando estuviese de guardia. Llamé a Candela, que tardó un siglo en cogérmelo.

—¿Se puede saber dónde te metes, rubia de bote? —le dije.

—Nena, te iba a llamar, ¿qué coño te ha pasado con la bruja?

—Pues que me tiene mucho aprecio y me ha mandado a casa, y supongo que ya se habrá enterado toda la clínica.

—Sí, la nuestra y todas las de alrededor en un radio de cien kilómetros.

—Bueno, ¿me vas a contar qué pasa con Víctor?

—Nos estamos acostando, no sé muy bien en qué acabará esto, pero nos lo pasamos bien juntos.

—Candela, no le hagas daño... —dije tímidamente.

—¿Perdona? ¿A qué viene eso? ¿Quién eres tú para juzgarme?

—Eh, eh, relaja el útero, que no te estoy hablando mal. Solo quiero que sepas que para mí Víctor es como mi hermano y que no quiero que sufra. Va de duro, pero luego no vale para estas cosas.

—Creo que sabrá defenderse solito, no necesita guardaespaldas.

—¿No crees que te estás pasando con tu reacción?

—Para nada, es que me flipa que te pongas así porque me estoy tirando a tu amigo, igual estás celosa.

—Mira, Candela, guapa, tengo la cabeza como un bombo y no estoy de humor, y tampoco tengo celos porque Víctor es mi amigo, nada más. Así que hazme el favor de no columpiarte. Y si no te importa, antes de que esto llegue a mayores, vamos a dejar la conversación porque no creo que tengas motivos para ponerte así.

—Como quieras, chao.

Aquella conversación marcó un antes y un después en mi relación con Candela. La mujer que parecía que vivía siempre alegre y contenta escondía un genio de aquí te espero. Ya lo hablaría con ella más adelante, porque no iba a permitir que me juzgase así, y, además, estaba en mi derecho de preocuparme por Víctor, y nadie me haría cambiar de opinión a ese respecto. Me quedé mirando la pantalla del móvil sin saber muy bien lo que había pasado y sin entender la reacción de Candela, cuando entró un whatsapp de Jon:

Princesa, ha sido mágico.

De pronto, Candela desapareció de mis pensamientos y mi corazón aceleró su ritmo hasta casi hacerme daño. Yo, que me quejaba de que los hombres no escribían... pues ¡zas! en toda la boca. Jon era perfecto... no podía ser real... eso no me podía estar pasando a mí.

Quedé con Clara a las cuatro en un bar cerca de su casa para tomar café y ponerla al día de cómo se iba desarrollando mi meteórica vida últimamente. La vi entrar con su incipiente barriguita, que tocaba de forma instintiva, como si pudiese proteger así al bebé que llevaba dentro. En la otra mano sujetaba el móvil, buscándome en la agenda, seguramente para llamarme.

—¡Clari-cuqui! —Alcé la mano para que me viese.

—¡Hola, bonita! ¡Qué guapa te veo! ¿Qué te has hecho?

—Follar, que sienta de vicio.

—¿Otra vez? ¿Con Alberto?

—Eh... no... es un poco complicado de explicar.

—Tú siempre rizando el rizo. A ver, a quién has metido en tu cama. Te conozco desde hace un montón de tiempo, y en las últimas semanas te estás tirando todo lo que no te has tirado en años.

—Es que he pensado que debería ser más abierta. Disfrutar de mi juventud...

—Gabe, que tú no vales para eso, que a ti te va el color rosa, la comedia romántica, no eres de esas. Y ojo, que a mí me parece muy bien que cada uno haga con su cuerpo lo que quiera, pero tú luego acabas sufriendo porque te creas expectativas, esperas demasiado de la gente.

—¿Sabes qué, Clara? Que tienes razón, odio ser así, lo odio, pero me encantaría que por fin algo saliese bien, redondo, que no fuese todo a base de currármelo, que una se cansa.

—Ya, pero es que las cosas buenas vienen solas, y suena a topicazo, lo sé, pero en el momento en que algo te requiere demasiado esfuerzo, igual no es para ti.

—Joder, embarazada y sabia, lo tienes todo. Hablando de embarazos, ¿qué tal la ecografía?

—Pues... ¡tengo noticias! Lo primero, decirte que está genial y ya podemos dejar de llamarlo bebé porque es niña y... ¡se va a llamar Daniela!

—¿Daniela? ¡Me encanta! Seguro que será preciosa... ya verás cuando le compres sus cositas de Hello Kitty y vaya hecha una princesa y parezca un merengue y toda cursi, como diría Raquel. Pero yo, como tía postiza, le compraré monerías, Raquel se la llevará a esquiar y Pilar le enseñará a amar los libros.

—¿Y nosotros qué haremos? —preguntó riendo.

—Vosotros ¡pues quererla mucho! Y compraros una agenda porque nos la llevaremos cada dos por tres, ¡qué alegría más grande, Clara!

—Estás como un cencerro. Como siempre, has cambiado de tema. A ver, que te vienes arriba y no focalizas. ¿Me dices quién es el afortunado?

—Jon.

—¿El que está supliendo mi baja? ¡Pero si tiene pareja!

—Bueno, me ha dicho que la dejaría.

—No te engañes, cuqui, no la va a dejar.

—Que sí, Clara, algo me dice aquí dentro que lo hará, pero necesita su tiempo. —Y señalé mi corazón.

—No quiero ser cruel, pero ¿seguirá acostándose con las dos?

No había pensado en esa posibilidad; estaba con las endorfinas por las nubes y ni se me había pasado por la cabeza. Supongo que, una vez estuviese tranquila en mi casa, llegarían las preguntas, porque era cierto que podía compartir el tiempo de Jon durante una temporada, pero lo de compartir fluidos... no me hacía tanta gracia.

Nos despedimos en la puerta de la cafetería y quedamos que en un par de semanas nos juntaríamos las cuatro para charlar y disfrutar de nuestra compañía, de la verdadera amistad; de esa amistad que se forja a base de tempestades y días de sol, de botellas de vino y Coca-Cola Zero porque estábamos a dieta. Éramos cuatro, no nos veíamos mucho, pero lo importante no era el cuánto, sino el cómo y el resultado. Y ese resultado con mis amigas era increíblemente bueno.

La plaza de aparcamiento de Carmen estaba vacía, así que no había peligro. Cogí el ascensor para subir a cuidados intensivos. Cuando iba a salir, me encontré con Víctor.

—Hombre... ¡dichosos los ojos!

—¿Cómo tú por aquí, Gabriela? ¿No estabas castigada?

—Vengo a ver a Julen. Tú llamándome Gabriela, raro, muy raro. ¿Qué pasa, Víctor?

—Me ha dicho Candela que le has echado un chorro por lo nuestro.

—¿Chorro? Solo le he dicho que no te haga daño.

—Pues no te metas porque ya soy mayorcito para defenderme, no tengo quince años y puedo follarme a quien me apetezca.

—¿Estamos locos o qué? ¿Se puede saber qué te ha dicho? Yo le hablé de lo más normal y se puso como una hiena hambrienta.

—No hables así de Candela.

—Joder, Víctor, me dejas a cuadros. Tres polvos y ya te crees que es la mujer de tu vida, o ¿cómo va esto? Lo he hecho con la mejor intención del mundo.

—No lo dudo porque te conozco, pero deja de hacer de mamá gallina porque, hasta donde yo sé, nadie te ha pedido que me protejas.

—Me dejas de piedra... pero vale, tomo nota, no volverá a pasar.

—Eso espero. Venga, te dejo que ando muy liado.

Me dejó con la palabra en la boca y el alma partida en dos. Mi Víctor, el que me alimentaba el alma cuando estaba falta de cariño, el que iba a buscarme cuando estaba en apuros, mi protector, mi hermano, me había hablado de ese modo. ¿Qué le había dicho Candela para que se pusiese así? Casi me pongo a lo Escarlata O'Hara cuando pensé que nunca más volvería a meterme donde nadie me llamaba, pero no puse a Dios por testigo, que bastante ocupado estaba Él para ir a testificar por semejante locura.

Entré en la unidad con el ánimo por los suelos, me acerqué al control de enfermería y, bendita casualidad, estaba Lucía de turno.

—¿Qué tal el castigo?

—Digamos que entretenido, ya sabes, si no estoy trabajando, me busco cosas que hacer.

—Sí, claro, normal.

Lo que Lucía no imaginaba era que mis quehaceres no eran precisamente productivos, sino que consistían en meterme en líos amorosos, y ahora lo de Víctor.

—¿Cómo está Julen?

—Pues increíblemente bien. Al final han conseguido controlar la hipertensión intracraneal y en un par de días, si no hay cambios, lo bajaremos a planta. Eso sí, no puede mover medio cuerpo, pero Cañas cree que con rehabilitación recuperará bastante movilidad.

—¡Son noticias muy buenas! ¿Puedo pasar a verlo?

—Pero solo un minuto, ¿eh? Que no tengo ganas de líos.

—Tú no me has visto.

—No, me he vuelto miope de repente —dijo Lucía.

Me acerqué al box número dos, donde estaba Julen. Ya no tenía ningún tubo visible, solo la cabeza vendada por la operación. Cuando me vio, sonrió y abrió mucho los ojos.

—¿Todavía sigues queriendo ser mi príncipe azul?

—¡Claro que sí! Ahora que me voy a poner bueno, ya verás cuántas cosas guais vamos a hacer.

—Ah, ¿sí? ¿Como qué?

—Pues podemos ir al parque, puedes venir a mi casa a merendar, podemos jugar a la PlayStation...

—Jope, qué planes más guais, ¡me apunto a todos! Ahora te dejo porque tienes que descansar, pero en unos días nos vemos, ¿vale?

Asintió con esos ojos azules que me tenían completamente cautivada.

—En un ratito vendrán mami y papi a verte, diles que he venido y, cuando ya estés en tu habitación, nos vemos, ¿eh? Y ahora, como príncipe azul que eres, me tienes que decir: «Vale, hasta pronto, princesa».

Me sonrió con tanta luz que hubiese iluminado hasta la noche más oscura, y repitió, palabra por palabra, la frase. Mi día había sido raro, con muchos altibajos, pero pensé que no podía haber mejor forma de terminarlo.

Salí de la clínica un poco abatida en cuanto se me bajó la adrenalina tras ver a Julen bien, al menos fuera de peligro. Me preocupaba lo que había pasado con Víctor y con Candela, no acababa de entender lo que había pasado, aunque supuse que se cumplía el refrán de «Siempre matan al mensajero». Tenía una sensación en el centro del pecho; no era ansiedad, ni malestar, era incredulidad, me había quedado estupefacta. No creía que mi comentario pudiese provocar esa reacción. Víctor era un pilar en mi vida, y yo lo necesitaba y pensar que nuestra amistad podía terminar me generaba esa sensación indescriptible. Cuando me monté en el coche, pensé en llamarlo, pero supuse que no me cogería el teléfono. Probé suerte con Jon, necesitaba un hombro sobre el que llorar. ¡Drama Queen estaba de vuelta! Me daba mucha rabia no poder dialogar conmigo misma hasta llegar a una conclusión que me dejara satisfecha. En el trabajo, cuando tenía que enfrentarme a la enfermedad, a la muerte, al duelo, a las familias, era perfectamente capaz de gestionar mis sentimientos, pero en la vida «real» me costaba mucho. Así que llamé a Jon, siguiendo un impulso, sin pensar en si podría estar con Irene y si aquello pudiese provocar un conflicto entre ellos.

—¡Hola, Bela!

—¿Bela? —Reí—. ¿Qué invento es ese?

—Pues... de Gabriela y bella me ha salido Bela. A mí me gusta.

—¿Te has tomado una dosis de graciosín?

—No sabía que las chicas gafapasta como tú hicieseis bromas.

—Te sorprenderías de lo que son capaces las chicas gafapasta.

—Sí, eso está claro, eres una caja de sorpresas. ¿Qué te pasa?

—Nada...

—Uy, sí, suena muy convincente. Escupe.

—Te aviso, si escupo, el esputo puede ser radiactivo.

—Estoy a distancia suficiente para que no me afecte. Venga... suéltalo.

—«Suéltalooooo, suéltalooooo...» —empecé a cantar la banda sonora de *Frozen*.

—¿Te das cuenta de lo seria que eres en el trabajo y de lo payasa que llegas a ser a veces?

—Sí, lo sé, y me gustaría no serlo, pero la muy perra se pasea por mi mente con demasiada frecuencia. Bueno, voy a esputar, te aviso. Lo primero, decirte que Julen está bien, al menos fuera de peligro. Con rehabilitación, es muy posible que recupere la movilidad de la parte del cuerpo que se le ha quedado paralizada. Había pensado en Kerman, para que le haga un poco de fisioterapia extra, ¿qué te parece?

—Pues que estás castigada sin empleo y sueldo por entrometerte demasiado y veo que no escarmientas.

—Hago lo que el corazón me dicta. Quiero que ese niño salga en perfecto estado de la clínica, y si yo puedo hacer algo lo haré; me dan igual las consecuencias.

—No tienes remedio.

—Ninguno.

—Eso no es un esputo radiactivo, estoy esperando.

—Pues... esta mañana por fin he conseguido hablar con Candela y me ha contado que se está acostando con Víctor. Entonces le dije que por favor no le hiciese daño y... bueno, se ha puesto como un obelisco.

—Querrás decir basilisco.

—¿Qué pasa, que ahora también eres de la RAE?

—Yo, de la única cosa Real que soy es del Real Madrid.

—¿En serio? ¡Me sangran los oídos! ¡Un bilbaíno del Real Madrid! Creo que no volveré a acostarme contigo.

—Mi pene no tiene un equipo de fútbol determinado, va por libre.

—En ese caso, aceptamos barco. —Reí—. Bueno, sigo, que me disperso, siempre consigues que me disperse, y hasta que no termine, por favor, no metas ninguna cuña de las tuyas, que pareces la voz de los supertacañones.

—Joder, el «Un, dos, tres...» Estás ochentera total.

—¿Te callas?



—Sí... perdona, sigue.

—Al entrar en cuidados intensivos, me he encontrado con Víctor, y no sé qué le habrá contado Candela, pero me ha caído un chorro bastante majo. Me ha dicho que no me meta en su vida, que ya es mayorcito para defenderse solo.

—Y razón no le falta, Bela. Tienes la costumbre de meter a todo el mundo bajo tu falda, y no hablo en un sentido sexual. Tienes que vivir y dejar vivir.

—Joder, ¿tú también? ¡Que no ha sido con mala intención!

—Sí, ya lo sé, pero eso no te da derecho... solo piénsalo, dale unos días hasta que se le pase el cabreo y entonces habla con él tranquilamente, pero no le reproches nada, sé asertiva. Dile lo que piensas y empatiza.

—Vaya... me dejas hecha polvo. ¿Qué estás haciendo ahora?

—Pues aburrirme.

—¿Irene?

—Metida de lleno en el papeleo, vive pegada a su ordenador.

—Me encantaría verte, Jon...

—¿Me escapo?

—No serás capaz.

—No me tientes.

—Te tiento.

—En una hora estoy en tu casa.

Y con el corazón contento y lleno de alegría, como cantaba Marisol, me fui a mi casa. Pasé por el súper para hacer una cena de picoteo y una ensalada que era mi especialidad. No tenía ningún misterio, pero había conseguido la mezcla perfecta entre distintos tipos de lechuga, tomate cherry, queso de cabra, frutos secos y todo aliñado con reducción de Módena. Le mandé un whatsapp para preguntarle qué le apetecía de postre y su respuesta fue «tú», así que compré *brownies*.

Me puse la ropa de estar por casa, mi moño más despeinado de lo habitual y empecé a hacer la cena. En una hora exactamente sonó el timbre y a mí se me secó la boca. Cuando abrí la puerta para recibirlo, me cogió en brazos y me dio un montón de besos por toda la cara. Me encantaba que hiciese eso, eran como pequeñas píldoras de alegría, que me llegaban de forma sucesiva. Pasamos a la salita, donde había puesto la mesa, pero no probamos bocado.

Empezamos a enrollarnos (como se decía cuando éramos jóvenes) en el sofá y de allí me llevó al pasillo. Me bajó las braguitas hasta los tobillos y me puso mirando a la pared. De forma delicada, hizo que me inclinase un poco para dejar mi vagina accesible y, en lo que yo ya estaba más caliente que el pico de una plancha, noté la embestida. Dolorosa al principio, pero enseguida me acomodé a su pene. En un momento de lucidez, pensé en el preservativo, pero ese momento duró poco porque se agarró a mis pechos bajo el sujetador y se inclinó sobre mí susurrándome al oído: «Qué me has hecho... Qué me has hecho». Me olvidé del preservativo y de toda la educación sanitaria que estaba acostumbrada a dar a mis pacientes. En casa del herrero, cuchillo de palo, de toda la vida. Empezó a moverse rápidamente, fuera, dentro, fuera, dentro, mientras me apretaba los pechos con sus grandes manos. Me mordió el lóbulo de la oreja y entonces llegué al clímax y él también, al verme tan excitada. En ese momento no me di cuenta, pero se corrió fuera de mí, mientras hábilmente acariciaba mi clítoris con la otra mano para que yo siguiese disfrutando.

—¡Madre mía, Jon...!

—¿Bien?

Esa pregunta sobraba; mi cara, que siempre me delataba para lo bueno y para lo malo, decía claramente que había estado más que bien. De ahí nos fuimos a la ducha. Yo tenía bañera, así que cabíamos los dos perfectamente. Cogí el champú y él me preguntó si podía lavarme el pelo. «Como en *Memorias de África*», pensé. Aquello no podía ser real. Puse algo de champú en su mano y me lavó el pelo con mimo, me masajeó el cuero cabelludo, lo cual me relajó de tal forma que pensé que me quedaría dormida allí mismo.

De la ducha pasamos a la salita, donde cenamos en ropa interior: él en calzoncillos, y yo solo con braguitas. Me sentía tan cómoda con él, me hacía sentir tan bonita que no me molestaba que viese mis lorzos al viento. Porque las mujeres tenemos muchos complejos con nuestro físico, y no nos damos cuenta de que algunos hombres, cuando existe una implicación emocional, no prestan atención a esos pequeños detalles. Así como en otras situaciones mi cabeza era una centrifugadora, cuando me sentía segura con alguien sencillamente me dejaba llevar, me dejaba querer, no dejaba ningún rincón de mi cuerpo sin enseñar, me abría en canal, emocional y físicamente.

Después de picar un poco nos recostamos en el sofá y comenzamos a charlar, a divagar sobre la vida, sobre nuestros mundos, sobre nosotros. No pude evitar preguntarle qué excusa le había dado a Irene para escaparse. Se tensó. Fue una tensión muy sutil, pero la percibí. Le dijo que lo habían llamado para trabajar. Mis alarmas se encendieron, pero ¿qué esperaba yo? Que le dijese: «Cariño, me marcho, que voy a acostarme con una compañera de trabajo, mañana nos vemos». ¡En qué pensaba! Pues por increíble que parezca pensaba en Irene. En su melena, en sus labios rojos y sus zapatos de tacón, en que estaría seguramente enfrascada delante de su ordenador adelantando trabajo para el día siguiente y que se tomaría un té moruno en una taza de porcelana, sin poner los pies en el sofá, y vestida con un bonito pijama de algodón de rayas planchado. Y allí estaba yo, con unos pelos peor que los de la Bruja Avería, en bragas, cenando en la sala, comiendo con las manos y acostándome con alguien que tenía pareja. «De momento —me decía—, de momento.» Pero Jon no dejó que mi mente divagase demasiado, porque volvió al ataque. Noté que su calzoncillo se abultaba prominentemente y que quería guerra. Pero a mí no me apetecía mucho, yo quería hablar. Me empezó a besar y le correspondí, pero no como antes.

—¿Qué te pasa, Belita?

—Como sigas cambiándome el nombre de esa forma, al final voy a tener que ir a rebautizarme. No me pasa nada, estaba pensando en Víctor.

—¿Pensando en otro hombre mientras te meto mano? Lo tuyo es desconsideración o puro vicio... si pensabas en un trío, claro. Pero a mí Víctor no me pone.

—No seas bobo, no lo digo en ese sentido. Es que estoy dolida por lo que ha pasado.

—A ver, siéntate aquí, cerquita de mí, más aquí.

Nos sentamos el uno junto al otro, pasó su brazo por encima de mi hombro y yo me recosté en su pecho. En ese pecho que en tan poco tiempo me había aportado tanto y que hacía que creyese que esta vez podía ser posible que, después de tantos sinsabores, de tantos amores idiotas (yo por él y él por otra), quizá este era el definitivo. Aunque tuviese que esperar, aunque tuviese que luchar contra mis fantasmas, aunque tuviese que tragarme mis inseguridades. Todavía no era consciente del camino que me quedaba por

recorrer.

Nos pasamos toda la noche hablando, dejó que me desahogara, que le repitiese diez veces cómo había sido la conversación con Candela y posteriormente con Víctor. Se me saltaron las lágrimas, y él, muy dulcemente, con su dedo pulgar me las secaba, diciéndome: «Llora, bonita, te hará mucho bien». Después de sentirme reconfortada, la conversación fue por otros derroteros. Yo quería saber sobre su relación con Irene, pero Jon todavía no estaba dispuesto a tocar ese tema, así que me tuve que aguantar.

Fue mucho más expansivo al contarme cómo terminó siendo enfermero. Después de una juventud tortuosa llena de fiestas, drogas y sexo desenfrenado, un día se plantó delante del espejo con diecisiete años y se dijo que así no podía seguir, que tenía que hacer algo con su vida o terminaría en un centro de desintoxicación. Unos padres hastiados de tener un hijo rebelde al que ya no sabían cómo ayudar tampoco lo ayudó a tomar una decisión. Pero un día lo tuvo claro, y decidió dar un giro a su vida. Me contó que no había sido fácil, que había tenido que cambiar de amigos, de ambiente e ir a psicoterapia, pero que gracias a eso había conseguido salir adelante. Sus notas subieron como la espuma en los siguientes dos años y así consiguió entrar en enfermería. Para él, era su mayor logro y de lo que se sentía muy orgulloso. También hizo referencia a las tentaciones, a esas noches de fiesta con sus amigos supuestamente «sanos», que tampoco lo eran tanto, y que cuando le ponían delante una raya de cocaína tenía que contenerse, y mucho.

Se me encogió el corazón. Yo había vivido toda la vida en una burbuja, en un mundo ideal donde no había tenido ningún problema reseñable, salvo la sobreprotección de mis padres. Cuando estudiaba en el instituto, mi sueño era viajar, conocer mundo, otras culturas, ser libre, volar, pero de alguna forma ellos me cortaban las alas, con «ahora no es el momento» o «más adelante, cuando acabes tus estudios». Sin embargo, ese momento nunca llegó. Empecé la carrera y la terminé y de ahí de cabeza al mundo laboral, ese mundo lleno de pirañas donde tienes que aprender a manejarte y a gestionar tus inseguridades. Yo, para eso, era bastante echada para adelante: si tenía que practicar una técnica que desconocía, le pedía a alguna compañera que me enseñase y la siguiente vez lo hacía yo. Había veces que llegabas a un servicio donde nadie te explicaba absolutamente nada, ni siquiera dónde

estaban las gasas, y, en cambio, había otros donde te acogían con los brazos abiertos y te enseñaban. Y, a base de golpes emocionales, sinsabores, estrés y frustración, aprendes a vivir en ese hábitat, donde poco a poco uno se va acostumbrando, y al final te sientes a gusto.

Nos reímos de nuestros inicios en la profesión, cuando a pesar de ser los dos aún jóvenes, habíamos vivido la era donde no existían los móviles y te llamaban a casa para ofrecerte trabajo. Sonaba el teléfono fijo y salías disparada para cogerlo, cual alma que lleva el diablo, por si te llamaban de algún hospital para trabajar. Había servicios donde los novatos no queríamos ir, como la unidad de cuidados intensivos, urgencias de pediatría o reanimación. Vamos, donde estaban los pacientes más críticos. Recordamos la leyenda urbana, que se contaba en aquel entonces, que consistía en librarse de ir a urgencias de pediatría si decías que nunca antes habías estado, y todo aquello no era más que una leyenda.

—Buenos días, ¿Gabriela Herrera, por favor?

—Sí, soy yo.

—Te llamo de la bolsa de trabajo, hoy empiezas de noche en urgencias de pediatría.

—¿Urgencias de pediatría? No es posible, porque nunca he trabajado en ese servicio.

—Bueno, así aprendes.

Y te colgaban el teléfono. Tú te quedabas mirando el auricular como las vacas al tren, y empezabas a llorar como una descosida solo con pensar que deberías sacarle sangre a un bebé de un mes, que apenas tenía venas. Pero a todo se aprende, de todo se sale y aquella experiencia no fue tan mala como esperaba. Solo hay que coger el toro por los cuernos, decirse que hay que tirar para adelante y que es fundamental aprender. Hay que echarle arrestos a la vida.

Así se nos fueron las horas casi hasta el amanecer. Decidimos levantarnos a desayunar, para que Jon pudiese llegar a casa a una hora prudencial. A mí, como siempre y sin quererlo, se me cambiaba la cara, porque tenía que desprenderme de algo que yo ya creía mío, que me pertenecía, que aquella química no la disolvería ni el más potente de los ácidos sulfúricos.

Último día de castigo. Debía cundirme, ya que al día siguiente volvería a la rutina de siempre. Al final no me había venido mal que me castigasen, exceptuando que quedaría una manchita en mi expediente laboral; por lo demás, lo había disfrutado mucho y mi libido aún más. Ya estaba servida de sexo para los próximos meses. Pero el sexo es como la droga, es como todo aquello que te produce placer, que libera endorfinas, que te hace rozar el cielo. Una vez empiezas, es como comer pipas, no puedes parar. No era mi intención ser una máquina sexual, simplemente era adicta a la compañía, a la buena compañía y a las buenas conversaciones. No tenían por qué ser excesivamente culturetas, a mí lo que me importaba era que alimentasen mi alma, y Jon tenía esa virtud. Las conversaciones más triviales se convertían en charlas filosóficas y analizábamos todo lo que teníamos en común. Como en el inicio de todas las relaciones y más al ritmo que había empezado la nuestra, cualquiera de los dos hubiésemos estado dispuestos a renunciar a cualquier manía con tal de decir que al otro también le pasaba. Eso, o es que realmente lo que había entre nosotros era química, una bomba atómica que no sabíamos cuándo explotaría y a quién podía afectar, porque los dos sabíamos que habría daños colaterales. Duchada, vestida y dispuesta a terminar lo que mi corazón me dictaba, me senté en la cocina, que era el centro neurálgico de mi actividad cotidiana, para llamar a Kerman, café en mano.

—¿Qué tal está mi enfermera preferida?

—Pues aquí ando tomándome un café y fumándome un cigarrito.

—¿Cuándo dejarás esa mierda?

—No lo sé, Kerman... ahora no puedo, estoy muy estresada.

—Bueno, bueno, ¿qué te pasa, pues?

—Nada, mi jefa, un caso que quería comentar contigo...

—¿En plan friki sanitarios?

—En plan: Kerman, échame un capote.

—Bueno, a ver, cuéntame, que estoy intrigado.

—Tenemos en la clínica a un crío de siete años operado de un tumor cerebral. Se lo han podido extirpar casi todo y ahora le queda la quimio y radio.

—Vaya... pobrecito.

—Pues sí, es una pena, y, cuando lo conozcas, ya verás, hasta tú te enamorarás de él.

—¿Conocerlo?

—Eso era lo que quería pedirte. Como consecuencia de la operación, se le ha quedado medio cuerpo paralizado y me gustaría que le hicieses tú la fisioterapia.

—A ver, Gabe, yo no tengo ningún problema, pero supongo que en la clínica habrá un equipo que se ocupe de ello, ¿no?

—Sí, claro que sí. Pero tú has trabajado en hospitales, ya sabes el tiempo que se dedica a cada paciente. Además, no es lo mismo una persona adulta a la que le das unas pautas y unos ejercicios para hacer que un niño que lo único que piensa es en salir corriendo y no puede.

—¿Y los padres qué opinan?

—No he hablado aún con ellos, pero supongo que estarán de acuerdo. Ahora mismo están contentos con el resultado de la operación, pero evidentemente todo esto los supera. Por eso quería hablar contigo, por si podía interesarte y conocer tus tarifas.

—¿Pero de qué tarifas me hablas! Sabes muy bien que no les cobraré.

—Cómo me gusta picarte.

—¿Eres una maruja! —dijo riendo.

—Y a ti te encanta.

—Claro. Ahora quiero que me cuentes más cosas, que hace un siglo que no te veo.

—Es que mi vida es bastante entretenida, no me da tiempo a aburrirme. Voy a acercarme a la clínica para hablar con los padres de Julen, así les cuento que estarías dispuesto a hacerle unas sesiones de fisioterapia, digamos... ¿tres veces por semana?

—Vale, sí, por mí perfecto.

—¿Por qué contigo las cosas son siempre tan fáciles?

—¿Y por qué complicarlas?

—Para ser tan joven eres demasiado sabio. Si tuviese diez años menos, te pediría matrimonio.

—Brutal, ¡una mujer enfermera!

—Tú no quieres una mujer, tú vas a tu bola.

—Ahora estoy bien, quiero vivir la vida, soy joven. Ya llegará.

—Haces bien. Te llamo en un rato, ¿vale, mi tesorito?

—Joder, qué ñoña te has puesto.

—Te quiero —le dije en tono alegre.

—Yo también.

Era de las pocas personas a las que les decía «te quiero» así, sin más, porque me salía, sin filtros, sin pensar en posibles consecuencias porque estaba tan segura de nuestra amistad, de nuestro respeto y admiración mutuos que sencillamente no quería que eso cambiase jamás. Víctor era un pilar en mi vida, además lo veía casi todos los días, pero Kerman era de esas personas que estaban sin estar, que me habían acompañado durante estos dos años en muchos momentos en los que lo había necesitado. Cuando falleció mi abuela el año anterior, fue al tanatorio para estar conmigo, y luego me llevó a tomar un café. Vino en chancletas y en pantalón corto. Él era así, no seguía las normas. Yo era la que le decía que llevaba una camiseta demasiado vieja o cuando un color le sentaba estupendamente. En su caso era el turquesa, que resaltaba el color de sus ojos y de su pelo, rubio natural. Aceptaba las críticas, respetaba mi forma de ser, de expresarme, no me juzgaba, no pretendía cambiarme. Era el espejo en el que yo quería reflejarme en muchos aspectos. Él, tan joven, me enseñaba muchas cosas, sin él saberlo y sin forzarme; me transmitía buenas sensaciones, como paz interior.

Increíble en mí, pero me sentía tan bien conmigo misma después de la noche de besos y charla que me arreglé más de lo habitual para ir a la clínica. Me puse un vestido negro de lana que se ajustaba a mi cuerpo como un guante haciendo un poco de évasé desde la cadera hasta encima de la rodilla. Tenía un escote de cuello de barco y manga francesa. Medias tupidas negras, botas altas negras de piel y chaqueta de cuero también negra. No me ponía



mucho aquellas botas, pero las compré a muy buen precio y tenían un tacón cuadrado de lo más cómodo. Me maquillé de forma sencilla con polvos bronceadores y un poco de colorete y algo de rímel, y me fui para la clínica.

Cuando iba por la Avanzada, el coche que iba delante patinó con algo, y, como a cámara lenta, vi que balanceaba hacia los costados para terminar empotrándose contra la mediana. Miré por el espejo retrovisor y advertí que no venía nadie. Era domingo y no había mucho tráfico. Puse los intermitentes de emergencia y paré detrás a una distancia prudencial. Cogí el chaleco amarillo fosforito que siempre pensamos que nunca utilizaremos. Mi padre se había puesto muy pesado con que lo llevara. Le obsesionaba la seguridad en la carretera; así que lo tenía siempre en el hueco de la puerta. Cogí el móvil y fui corriendo hacia el coche.

Me acerqué y vi que era una chica joven, con el pelo pelirrojo muy rizado. No podía verle la cara porque la tenía sobre el volante, apoyada sobre el airbag ya desinflado. Abrí la puerta de la conductora y lo primero que hice fue llamar al servicio de emergencias y ponerlo en altavoz, mientras yo intentaba averiguar si la chica estaba consciente.

—Emergencias.

—Hola, soy Gabriela Herrera, enfermera. Se ha producido un accidente de tráfico en el kilómetro dos de la Avanzada. Se trata de una mujer de unos treinta y cinco años.

—¿Está consciente?

Me puse delante de ella e hice un control cervical, cogiendo su cuello con suavidad, pero con la suficiente firmeza para hacer las veces de collarín humano. La chica me miró con los ojos entornados y con un hilo de voz me dijo:

—¿Qué ha pasado?

—Sí, está consciente.

—Vale, te mandamos una ambulancia.

—De acuerdo.

Cuando colgué, mientras sujetaba el cuello de la chica, intenté hacer una primera valoración.

—Hola... me llamo Gabriela, soy enfermera. Has tenido un accidente, yo iba detrás de ti y has debido de resbalar con una mancha de aceite, o algo así,

que había en el asfalto. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno... he tenido días mejores. —Y medio sonrió.

—La ambulancia viene en camino. ¿Cómo te llamas?

—Andrea...

—Vale, Andrea, pues, mientras vienen mis compañeros, dime qué te duele.

—La cabeza... la tripa —e hizo amago de señalarse—, y siento un poco de hormigueo en las piernas, como si las tuviese dormidas.

—Mira a ver si puedes mover los dedos de los pies.

Mientras, yo me volví y, como pude, quité la llave del contacto.

—Sí... puedo moverlos.

—Muy bien, Andrea, lo estás haciendo genial. Mira, ya oigo las sirenas, enseguida estarán aquí y te llevarán al hospital.

Lo siguiente que ocurrió pasó como a cámara lenta. En la ambulancia iba Alberto con otro chico que no conocía.

—Hola, Gabriela, ¿qué ha pasado?

—Un accidente. Parece que está estable, pero tiene hormigueo en las piernas.

—De acuerdo. Eloy —dijo, dirigiéndose a su compañero—, trae un collarín, ferno, tablero espinal y las cinchas de sujeción.

—Voy.

Eloy era un chico de por lo menos un metro noventa. No me dio tiempo a verlo más porque yo estaba de espaldas a él sujetando el cuello de Andrea.

Alberto cogió el collarín y, cuando lo tenía colocado, solté el cuello de la chica. Mientras, Eloy había entrado por la puerta trasera para terminar de sujetarlo. Entonces pude verlo. Era corpulento, con el pelo rizado y los ojos muy grandes. También su boca era grande, y sus labios, carnosos. Entre ellos dos se orquestaron de tal forma para inmovilizar a la paciente como si fuese un ballet en el día de su estreno. Cuando ya la teníamos con el tablero espinal, los ayudé a sacarla del coche y a ponerla en la camilla. Mientras yo le tomaba las constantes, Alberto le cogió una vía venosa. Había elegido el día perfecto para ponerme tacones.

—Alberto, tiene el pulso débil y rápido, creo que tiene una hemorragia interna. Además, está cada vez más pálida. Yo que tú saldría echando leches hacia el hospital.

—Virgen de la Vega... Vega... —dijo Andrea con un hilo de voz.

—¿Quieres ir a la clínica, Andrea? Vale, está más cerca, en menos de dos minutos estarás allí —le dije sonriendo mientras le acariciaba la mejilla.

Montaron en la ambulancia y yo me dirigí a mi coche. Vi cómo mis compañeros salían con las sirenas puestas hacia la clínica y yo reanudé la marcha. La policía también había llegado para organizar el tráfico. Estaba tan metida en mi labor que ni me di cuenta del dispositivo que se había montado.

Llegué a la clínica temblando como una hoja mecida por el viento; no me daba buena espina lo que había visto. Solo esperaba que Andrea pudiese seguir luciendo sus rizos durante mucho tiempo. Urgencias estaba lleno como siempre. Entré corriendo y Remigio, el de mantenimiento, estaba en la puerta.

—Remigio, ¿has visto entrar a los chicos de la ambulancia?

—Hombre, Gabriela... tú por aquí... ¿qué tal estás?

—Pues ahora con un poco de prisa, ¿los has visto?

Remigio era un hombre de mediana edad, de mediana estatura y de mediano carácter que tenía la capacidad de sacarme de mis casillas con una facilidad pasmosa. Tenía el pelo canoso, casi blanco, y siempre lo llevaba grasiento, como si se pasase la vida trabajando con un gorro de quirófano. He de reconocer que era muy manitas en su trabajo y muy eficiente, pero cada vez que venía a arreglar algo nos contaba sus batallas de la mili, nos hablaba de su mujer o de su pueblo, y justo elegía el momento más inoportuno, al igual que en aquel momento.

—Sí, han entrado dos chicos altos, uno iba dándole un masaje cardíaco a la paciente y el otro con el balón ese con el que dais oxígeno.

—*Ambú.*

—Bueno, pues eso.

—¿En serio? ¡Mierda!

Lo dejé con la palabra en la boca y me fui directamente a la UCI.

Todo el mundo estaba tan atareado que ni se dieron cuenta del esprint en tacones que hice hasta el final del pasillo. Vi que la camilla de la ambulancia estaba fuera de la UCI y que Alberto y Eloy estaban dentro. Miré por la ventanita y solo vi a gente moviéndose, a mis compañeras enfermeras, a Carlos Naveda, a mis compañeras auxiliares. Me empezaron a pitar los oídos, cada vez respiraba más rápido. Aparté la vista de la ventana; no podía ser,

una chica tan joven, no podía ser... Respiré hondo y me volví a asomar. Vi que Carlos se quitaba los guantes y los tiraba con gesto de mal humor a la basura. Andrea acababa de fallecer.

—Pero Alberto... Alberto... no entiendo...

—Tenía una hemorragia interna masiva, no se ha podido hacer nada.

Se me saltaron las lágrimas. Estamos acostumbradas a lidiar con la muerte, con muertes tranquilas, muertes agónicas, muertes repentinas, y todas van dejando pequeñas muescas en nuestro corazón. Muecas que se van haciendo cicatrices y estas, a su vez, una coraza, porque, si no, no sobreviviríamos. Es diferente cuando acompañas a alguien en el final de su vida, cuando ves que se va apagando poco a poco; pero cuando alguien tan joven, con tantas cosas por vivir y a causa de un resbalón en el asfalto se deja el resto de su vida ahí, es otra cosa. Su vida, sus proyectos. ¿Tendría pareja? ¿Hijos? No sabía nada de ella, solo que era pelirroja, con los ojos castaños y que mantuvo el sentido del humor hasta que yo la dejé en la ambulancia.

—Eh, Gabriela, ¡que te has quedado en Babia!

—Perdonad... estaba pensando...

—Bueno, como mi compañero no ha tenido el detalle de presentarme, aunque no sea el momento más oportuno, lo hago yo. Soy Eloy, y a partir de ahora voy a ser el compañero de Alberto en la ambulancia.

—Ah... hola, yo soy Gabriela. Perdona, pero estoy un poco impactada.

—¡Pero si eres enfermera! ¡Ya sabes cómo va esto! —dijo Eloy con intención de animarme.

—Ya... pero eso no quita que me afecte.

—Venga, que os invito a un café —dijo Alberto.

—No, yo no puedo, tengo que subir a cuidados intensivos a un asunto.

—Bueno, pues otro día... —contestó algo contrariado.

No estaba acostumbrado a que yo le diese una negativa por respuesta.

—¡Yo me apunto! —dijo Eloy, risueño.

—Mañana vuelvo al trabajo. Cuando estéis por aquí, y si disponéis de diez minutos, avisadme y podemos tomar algo en la cafetería, no sirven el mejor café del mundo, pero bueno, algo es algo.

Los dos chicos se fueron con paso firme y arrastrando la camilla en la que hacía unos minutos había estado Andrea. Respiré hondo, y me dije que después de tantos años en la profesión ya debería saber gestionar todo aquello. Supongo que se debía a un cúmulo de cosas; de pronto estaba subida en una montaña rusa, ahora arriba, hasta las trancas de endorfinas sexuales, y ahora abajo, hablándole de tú a tú a la muerte. Esta era mi vida, vivía en esa atracción, y a veces se me revolvían las tripas y me mareaba en el viaje, y otras, disfrutaba como una enana. Luces y sombras.

La familia Bastida estaba en la sala de espera de cuidados intensivos.

—Hola, familia...

—¡Gabriela! —exclamó Marga, que se acercó a darme un abrazo y una ráfaga de besos de esos apretados—. Tienes mala cara, ¿te encuentras bien?

—Sí, bueno, cosas del trabajo. ¿Qué tal está Julen?

—Pues mañana lo bajan a planta y empiezan con la fisioterapia. El doctor Cañas tiene bastantes esperanzas en que recupere la movilidad —me dijo Mónica, sonriendo.

—No he podido hablar con él, llevo tres días de libranza —mentí—, y no he querido molestarlo llamándolo por teléfono siendo fin de semana. Venía a comentaros una cosa y me vais a perdonar el exceso de confianza. Ahora pondrán a Julen en manos de un equipo estupendo de fisioterapeutas, pero, como supondréis, no podrán ofrecerle toda la atención que necesita porque ahora mismo hay mucha demanda en la clínica, y tenemos en nuestra contra que se trata de un niño, a quien, en principio, le dará mucha pereza hacer, digamos, los deberes. Entonces he pensado en un amigo, se llama Kerman y es voluntario conmigo en la Cruz Roja. Le he preguntado si podría visitar a Julen tres veces por semana para reforzar el tratamiento que le darán aquí.

—Eso sería estupendo, Gabriela —dijo Guillermo—, pero ¿lo hará a través de la Cruz Roja?

—No, no, a título personal, os he dicho que es voluntario, yo lo conocí allí, para que veáis que es una persona altruista; de hecho, tratará a Julen de forma gratuita.

—No puede ser, ¿en serio?

—En serio, Mónica, es muy buen chico, y tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Así que, si vosotros estáis de acuerdo, por él está todo dicho.

—Pero ¿cómo podríamos no estar de acuerdo? —dijo Marga.

Entonces miré a Janire, que estaba en un discreto segundo plano, como siempre, mirándome con ojos esperanzadores porque por fin habían tenido buenas noticias y ahora llegaban otras de refuerzo. Aquel día tenía una luz especial en la cara y los ojos le brillaban.

—Bueno, y tú, Janire, ¿qué opinas como cuidadora principal que vas a ser? Porque supongo que tus tíos tendrán que volver pronto al trabajo, y esto durará unas semanas, y, no sé por qué, pero me da que no vas a separarte de él.

—Sí. —Rio—. Me quedaré con él el tiempo que haga falta, y todo lo que pueda ayudarlo me parece muy bien.

—Bueno, también quería deciros que no podré subir a ver a Julen tantas veces como quisiera porque mi jefa me ha dado un pequeño toque de atención, pero, cuando él esté mejor, siempre podéis pasar por la primera planta y así podré verlo.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha sido por nuestra culpa? —quiso saber Marga.

—No, no, para nada, es que aquí son muy estrictos con las normas, pero no me arrepiento de lo que he hecho, porque lo hice de corazón y eso es lo que vale.

—Tu jefa es un poco... —dijo Mónica.

—A mi jefa dan ganas de depilarle el bigote a base de tiritas. Vosotros sabéis lo que pega una tiritita, ¿verdad? No mucho, pues arrancaría un pelo por cada tironazo, lo que sería una tortura china en versión enfermera. Pues eso es lo que yo pienso de mi jefa.

Hubo una carcajada general, me despedí de ellos con besos, abrazos y lágrimas en los ojos, y con una hoja con todos los números de teléfono de cada uno de ellos apuntados para mantener el contacto, si no podía ser de una forma física, al menos de forma virtual.

En cuanto puse un pie en la calle, lo primero que hice fue apagar el móvil; no tenía ganas de hablar con nadie, necesitaba estar a solas, meditar y gestionar todo lo que estaba pasando. Estaban siendo unos días de locos y lo

único que yo quería era desaparecer del mapa, irme a una casa rural con una montaña de libros y sumergirme en vidas ajenas que no fuesen la mía. Para mí era una forma muy buena de desconectar: cuando mi propia vida me sobrepasaba, me sumergía en otras, y así al menos mi cerebro descansaba un rato. Además, me metía tanto en la historia que la iba viendo en versión película, les ponía voces a los personajes, caras y sentimientos. Por eso creo que nunca me gustó ver adaptaciones cinematográficas, porque no era como yo lo imaginaba, a veces me decepcionaba y prefería el libro, su olor, su textura y lo que provocaba en mí antes que ver la película.

Como era domingo y el súper estaba cerrado, fui a una tienda de chuches y compré todo lo que me apeteció, sin medida, sin pensar en que iba a engordar. Me apetecía darme un capricho, una tarde tranquila en mi casa, sola, con mi sofá, mi manta, poner la tele bajita y abrir un libro y leer; quería aislarme del mundo. Al día siguiente volvería a la rutina y me daría de bruces con la realidad que estaba viviendo, pero eso sería al día siguiente, de momento pensaba disfrutar de mi *me time*.

Me puse mi pijama gordo de Oysho, que era mi preferido porque era muy calentito, unos calcetines gordos, cogí una Coca-Cola Zero y me senté en el sofá. Desplegué mis compras sanas, porque yo era una persona fofisana; me ponía hasta las cejas de chuches, pero luego intentaba cuidarme (más o menos). Así pasaron las horas del domingo: dormitando, leyendo y picando entre una frase y otra del libro, hasta que sonó el timbre de la puerta. Me pareció raro porque no esperaba a nadie y la gente normalmente suele avisarme cuando viene, más que nada porque no suelen saber qué turno hago.

Me estaba comiendo ávidamente un Donette, cuando el timbre me sobresaltó y me dio un ataque de tos. Casi me quedo en el sitio. Pensé que era propaganda o el cartero, hasta que me di cuenta de que era domingo («Gabriela, aterriza, reina, porque estás fatal de lo tuyo»). Fui hacia la puerta y miré por la mirilla. Mi mirilla tenía tanta mierda que apenas se podía distinguir nada, y es que ¿cómo se limpia una mirilla? Mi madre me contestaría: con amoníaco, hija, con amoníaco. Era la fan número uno del amoníaco, todo lo limpiaba con ese producto, le echaba un chorrito a la lavadora, otro al lavavajillas, a los suelos... Creo que iban a darle acciones en Volvone de tanto amoníaco que usaba. Vi que era Jon.



—Hola... ¿qué haces aquí?

—Hola, princesa, ¿qué te pasa? Tienes el móvil apagado y, por si no lo sabes, has salido en el periódico.

—¿Yo? ¿Por qué? —dije asustada.

—Por el accidente, bueno, no sales de frente, se te ve de espaldas con el chaleco, y también se ve tu coche, así que los que te conocemos sabemos que eres tú. Qué putada lo de esa chica. ¿Cómo estás?

—Pues estoy, Jon, estoy. Un poco sobrepasada por todo esto, pero pasa, te invito a tomar... eh... un vaso de agua o Coca-Cola, lo que quieras.

—Coca-Cola está bien.

Cuando entramos en la sala se sorprendió del despliegue de medios que tenía montado: las chuches, el libro, el iPad, el ordenador...

—Veo que te has montado aquí un fuerte de clausura.

—Tengo lo imprescindible, podría estar sin salir de aquí una semana.

—Te faltarían víveres. —Y se comió el último Donette.

—¡Eh! ¡Tráete tus propias chuches! —dije bromeando.

—¡Qué rata! ¡Si lo hago por ti, para que no te indigestes!

—Ja, me parto.

—Uy, estás de un humor de perros, ¿eh? O sea, de sexo ni hablamos, ¿no?

—Que te satisfaga Irene, que para eso es tu novia, yo soy la otra.

—¡Zasca! Nos hemos acostado un par de veces, ya sabías lo que hay, así que no me presiones.

—¿Que no te presione? ¿Qué te crees, que me siento bien haciendo esto? ¿Que me siento bien acostándome contigo mientras desayunas con otra?

—Generalmente desayuno aquí.

—Jon, no me jodas porque hoy no tengo el día.

—Ven aquí, gruñona, que voy a achucharte. ¿Sabes que te pones muy fea cuando estás tan seria? Con la sonrisa tan bonita que tienes...

Y, claro, yo me dejé. Estuvimos un par de horas abrazados, mientras él me besaba con ternura la cabeza. Luego nos tumbamos muy pegados, entonces me di la vuelta y nos quedamos mirándonos y después lo besé. Y lo que no quería que terminara en la cama allí terminó. No fue el polvo del siglo porque yo estaba demasiado metida en mi película, pero me fue bien. ¿A quién le amarga un dulce?

Tras haber hecho el amor, satisfechos los dos, nos sentamos en la sala a fumar un cigarrillo. Encima lo estaba engancho al tabaco... ¡Madre mía, qué bien lo estaba haciendo todo!

Él estaba en calzoncillos, y yo, en braguitas, como siempre. De repente se levantó y salió de la sala; pensé que iría a la cocina y yo seguí viendo la tele. No le di importancia hasta que vi que no volvía. Entonces me levanté y salí al pasillo porque una persona no se pierde en sesenta y cinco metros cuadrados de casa. Lo llamé, pero no me contestó. Miré en la cocina y no estaba, en el baño tampoco...

—¿Jon? ¿Qué estás haciendo?

No podía haberse ido porque estaba en ropa interior. Entonces, al volver de la cocina, miré hacia el vestíbulo y vi un bulto bajo la alfombra. ¡Se había escondido ahí! Me dio un ataque de risa.

—Pe... pero ¿qué haces ahí?

Él no podía contestarme porque se estaba riendo como un loco.

—Quieres jugar, ¿no? ¡Pues ahora me toca a mí! Cuenta hasta diez y no vale mirar —le dije.

—Uno, dos, tres...

Me escondí detrás de la puerta de la cocina, un lugar fácil de encontrar, ya que tenía un cristal, como en las casas antiguas, pero no me encontró. Yo no podía aguantarme la risa. Lo vi asomarse a mi habitación, que estaba enfrente de la cocina, murmurando en calzoncillos y rascándose la cabeza como diciendo: «No puede ser...», y entonces salí.

—¡Buh!

—¡La madre que te parió, Bela!

—¡Quien juega con fuego acaba quemándose!

—¡Te vas a enterar!

Me cogió como un saco de patatas y yo notaba que me faltaba la respiración, de la risa y de la presión de mis pulmones contra su espalda. Él, mientras tanto, me palmeaba el trasero como cuando se castiga a una niña pequeña.

—¡Jon, mi diafragma, mi diafragma! ¡Que me lo revientas!

—Yo soy el macho alfa y aquí mando yo.

—Sí, tú eres el macho, pero el macho «alfalfa».

Irene estaba colgando las camisas del trabajo que acababa de recoger de la tintorería. Tenía un vestidor donde ordenaba toda su ropa por colores y una montaña de zapatos, y el espacio de Jon se reducía a un pequeño rincón, donde abundaba la ropa informal y un solo traje de Hugo Boss que ella le obligó a comprarse para tenerlo como fondo de armario. Estaba pensativa mientras paseaba sus manos por las camisas de seda, muselina, algodón y miraba sus zapatos de marca, impecables, con unos tacones de vértigo. Se sentó en el pequeño sillón que tenía dentro; un sillón con el que siempre había soñado. Un sillón pequeño y cómodo, donde se aislaba cuando necesitaba pensar. Se sentía extraña, no sabía qué le pasaba a Jon, pero sus alarmas estaban disparadas. Hacía tiempo que la relación no funcionaba. Se decía que el exceso de trabajo que ella tenía y el hecho de que Jon tuviera que adaptarse a su nuevo trabajo estaban haciendo mella en la relación, pero estaba segura de que había algo más. No pensaba que Jon le fuese infiel; se sentiría muy decepcionada si eso ocurriese, porque los dos creían que una relación se basaba en la confianza, en el diálogo, en buscar soluciones. Pero se negaba a hablar, y ella no se sentía capaz de preguntar por miedo a la respuesta.

Estaba sumergida en sus pensamientos cuando oyó la llave en la cerradura y la puerta que se abría.

—¿Hola?

Pero Irene no contestó. Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—¿Irene?

—Sí, estoy en la habitación.

—Voy.

Jon entró y la vio sentada, cruzada de piernas y con los brazos sobre el regazo, abstraída. Parecía preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó Jon mientras se acercaba para besarla en la cabeza.

—Perfectamente... ¿A qué hueles?

—¿Oler? ¿A qué huelo?

—No sé, hueles diferente; es un olor dulzón, como a leche de almendras.

—Ah, debe de ser el ambientador que he comprado para el coche... no se me ocurre otra cosa. Me voy a duchar.

—¿Te acompaño? —preguntó Irene sin ninguna intención de ir.

—Como quieras, pero no tengo el cuerpo para muchas fiestas.

—Sí, ese es el problema, que tienes el cuerpo dispuesto para todo menos para mí.

—Irene, no tengo ganas de discutir.

—No pretendo hacerlo. Esta noche cenaré en casa de mis padres. Necesito despejarme un poco, y tú no estás siendo la mejor compañía últimamente. No sé dónde está el Jon del que yo me enamoré, el que entraba en casa corriendo, buscándome, me desnudaba con ansia y no quería separarse de mí.

—¿No crees que le estás dando demasiada importancia al sexo?

—¿No crees que tú le estás dando demasiado poca? No me trates como si fuese tonta. —Se levantó y adoptó una actitud agresiva, con una mano en la cadera y un dedo acusador—. Sé que pasa algo, no sé si has traspasado ciertos límites, pero sé que lo que estás haciendo no es bueno.

—¿Ahora eres adivina?

—Jon, te estoy hablando muy en serio. ¿Hay otra?

—Sí.

Irene se derrumbó y cayó sentada en el sofá. Lo sabía, no quería admitirlo, pero lo sabía. Había algo dentro de ella que se lo decía. Otra mujer besaba los labios del hombre que ella creía sería el padre de sus hijos. Vio pasar ante sus ojos toda su relación, cómo se conocieron, cómo se enamoraron, sus viajes, cuando ella le propuso ir a vivir juntos, y entonces... se dio cuenta: Jon nunca había tomado una decisión respecto a nada, siempre se había dejado llevar por la corriente. Sí, hubo un momento en el que ella se había sentido querida por él, pero de repente fue como si chocase contra un muro, como si se le

cayese una venda de los ojos.

—Me lo imaginaba.

—No sé qué decir.

—Como siempre, Jon. Tú tan pasivo como siempre. Por no llamarte cobarde, cabrón y algún que otro adjetivo que se me ocurre.

—No me jodas, Irene, no pretendas tirarme encima toda la mierda de nuestra relación, porque si esto ya no funciona ha sido culpa de los dos. ¿Crees que esto entraba dentro de mis planes?, ¿que yo quería que pasara? ¿No crees que los dos hemos descuidado nuestra relación por nuestras aspiraciones laborales? ¿O crees que es fácil estar a tu lado, siendo el maniquí perfecto, vestido de marca, en tus cenas con tus amigos pijos?

—Cómo... ¿cómo te atreves a hablarme así?

—También tú has cometido errores.

—Me voy a casa de mis padres.

—No, tranquila, me voy yo, esta es tu casa.

—Eres un soberbio.

—Me alzaste hasta el cielo y ni siquiera me preguntaste si tenía vértigo, Irene. Te dije muchas veces que tu mundo no era el mío.

—Ya, pero nos queríamos —contestó Irene, reprimiendo las lágrimas.

Jon cogió algo de ropa, la bolsa de aseo y el cargador del móvil, y, sin mediar palabra, cerró la puerta, dejando las llaves en el cuenco que Irene había comprado en Maisons du Monde.

Ella se quedó paralizada, en su vestidor, rodeada de cosas preciosas, pero aquello que tenía más valor para ella salió de su vida dando un portazo. En un acceso de ira, inusual en ella, cogió toda la ropa, tanto la suya como la de Jon, y la arrancó literalmente de las perchas del vestidor, mientras gritaba y lloraba, desconsolada. Tiró todo al suelo: camisas, chaquetas, zapatos, bolsos, pashminas de cachemir, cinturones de piel. Cogió sudaderas de Jon y las rompió, las hizo girones, y luego se dejó caer, de rodillas, rota por dentro, oliendo los pedazos de su relación, reviviendo cada risa, cada caricia, cada momento de complicidad... En ese vestidor se había desatado la Tercera Guerra Mundial, y los aviones lo habían bombardeado con todo tipo de artillería.

Jon abrió el maletero del coche y lanzó la bolsa donde había guardado sus cosas; se había dejado muchas más en la que había sido su casa, pero para él solo eran objetos sin valor, que podría adquirir de nuevo. Pero lo que había pasado no podía borrarse de un plumazo, no era propio de Irene mantener una discusión de ese calibre, pero sabía que lo había puesto al límite. Sabía que había jugado con fuego y que se había quemado. No sabía lo que iba a hacer, pero volver a aquella casa no, desde luego de momento, ni loco.

Hizo una llamada.

—¿Dígame? —respondieron.

—¿Mamá?

—Hola, hijo, ¿qué tal estás?

—Bien, mamá. Tengo unos días libres y he pensado ir a Zarauz. ¿Te parece bien?

—¡Claro que me parece bien! ¿Vienes con Irene?

—No, Irene tiene mucho trabajo, así que iré solo. Me apetece estar unos días allí y disfrutar de la playa.

—Me parece muy bien, hijo, tomarse un respiro de vez en cuando es bueno; pero, por favor, deja todo recogido cuando te vayas de allí.

—Sí, mamá... voy ahora a por las llaves, ¿te parece?

—Tu padre y yo estábamos a punto de irnos, hemos quedado con unos amigos. Te las dejo en el buzón de casa, ¿de acuerdo?

—Perfecto, mamá, eres la mejor.

—No me hagas la pelota, Jon, que sé que algo pasa, pero como tengo dos hijos muy cabezotas, también sé que, por mucho que te pregunte, no me dirás nada hasta que tú quieras, así que esperaré sentada, como siempre.

—Sentada no, mamá, porque ahora mismo te vas de paseo. —A Jon le hizo gracia lo resignada que se mostraba su madre ante unos hijos como los que tenía.

—Sí, tú encima bromea. Adiós, cariño, mándame un mensaje cuando estés en Zarauz, más que nada para saber que la casa sigue en pie. Ya me entiendes...

—Sí, mamá, no te preocupes, estaré bien. La metáfora de la casa no es muy ingeniosa. No te preocupes, cuando llegue a Zarauz te mando un mensaje, pero si se me olvida, recuerda que la ausencia de noticias son buenas noticias.

—No tenéis remedio, ni tu hermano ni tú. Me vais a matar a disgustos.

Los padres de Jon tenían un apartamento en primera línea de playa en el pueblo costero de Guipúzcoa, donde habían veraneado toda la vida. Lo recibieron en herencia de los abuelos paternos de Jon, que habían trabajado muy duro para poder comprarlo. En aquel entonces no suponía el mismo lujo que representaba hoy en día tener un apartamento tan cerca del mar. Era pequeño, acogedor y decorado de forma muy sencilla con muebles de mimbre. Contaba con una terraza redonda, donde en verano solían desayunar y al atardecer tomaban un aperitivo. El resto del día lo pasaban en la playa con una nevera llena de bocadillos de tortilla de patata para comer y de Nocilla para merendar. Todos aquellos recuerdos asaltaron a Jon y de pronto se vio corriendo por el malecón, luego patinando y, siendo más mayor, yendo en bici por el pueblo. Le gustaba mucho estar allí, le daba mucha paz. El mar le calmaba en épocas de tempestades. No era la primera vez que pasaba por una tempestad. En el pasado, había tenido una especie de crisis existencial, cuando decidió cambiar de vida. Fue un cambio brusco, dejar atrás una adolescencia conflictiva para convertirse en alguien responsable. Al principio se sintió perdido, así que se había ido a Zarauz. Tras mucho meditar, leer y pasear, había llegado a la conclusión de que era más feliz siendo una pieza que encajaba en el puzle social que un marginado yendo de discoteca en discoteca.

Cuando llegó a casa de sus padres, las llaves estaban donde su madre le había dicho, en el buzón, y junto a ellas, un billete de cincuenta euros. Eso le hizo sonreír. Daba igual la edad que tuviesen su hermano y él; a pesar de que los dos eran económicamente independientes, a sus padres les gustaba dejarles dinero para que se tomasen algo. Pensó en llamar a su hermano, pero no sabía dónde estaba en ese momento. Su hermano era un alma libre, viajaba mucho, trabajaba en lo que fuese y apenas daba explicaciones. En los momentos difíciles que había pasado la familia, siempre había estado allí, en los fallecimientos, en las enfermedades, pero no estaba dispuesto a seguir las normas que dictaba la sociedad; se negaba a acatar cualquier norma.

Jon cogió las llaves, se metió el billete en el bolsillo trasero del vaquero y oyó la voz de su madre resonando en su cabeza: «A ver si lo pierdes». Se montó en el coche y puso rumbo a su retiro. Cuando llegase, tendría que

pedir un millón de favores para cambiar algunos turnos, pero eso era lo que menos le preocupaba.

Yo seguía viviendo en mi nube de color rosa, dando saltitos de un sitio a otro, cambiando sábanas. Era increíble, pues solía darme mucha rabia tener que cambiar las sabanas yo sola después de una noche de sexo, pero esta vez no me importaba. Mi humor había cambiado radicalmente; aunque sabía que cuando se me bajase el subidón volvería a centrifugar millones de ideas, pero por de pronto pensaba disfrutar del momento. No era necesario ponerse la tiritita antes de hacerse la herida.

Pasé el resto de mi día de castigo como lo había planeado, exceptuando la visita sorpresa de Jon, así que cuando él se fue, me duché, cambié las sábanas y recuperé mi sitio en el sofá.

Me daba una pereza horrible volver a la rutina diaria, pero, por otro lado, era una mujer de costumbres, me gustaba llevar una vida organizada, conocer mis turnos, vivir sin sobresaltos, aunque la vida me los ofrecía en bandeja más de lo que a mí me hubiese gustado.

Encendí el móvil mientras preparaba mi cena gourmet, que consistía en un sándwich de jamón y queso. Me vine arriba e incluso lo pasé por la plancha con un poquito de mantequilla. Como siempre, ahí estaban los mensajes que habían llegado a lo largo del día: mis amigas parlotando a través del grupo, mi madre preguntando qué tal el día y también mensajes de Alberto, de Víctor y de Candela, lo cual me sorprendió. Cada vez que desconectaba del mundo, luego se me acumulaba el trabajo para responder a todos. Los leí y respondí mientras le daba un buen bocado a la cena.

Alberto, sorprendentemente amable, me preguntaba qué tal estaba y si me apetecía quedar para tomar un café. Intuí que esta vez se refería a tomar café de verdad, y no para hablarme únicamente del trabajo, porque, a diferencia de Jon, a Alberto le encantaba hablar de enfermería. Vivía intensamente la profesión, le encantaba y, cuando tenía la oportunidad, me lo contaba todo con tanto detalle que, a veces, yo acababa desconectando. A mí me gustaba ser enfermera, pero, salvo casos curiosos en los que podíamos aprender algo, lo del postureo no iba conmigo. Además, lo de Alberto era increíble porque



tenía la extraña capacidad de hacer que me sintiese poca cosa, con sus anécdotas de ambulancia, sus emergencias, sus casos extravagantes, y muchas veces dudaba de si había acertado con mi trabajo, estar en una clínica, en un puesto cómodo, haciendo siempre lo mismo y solventando las cosas según venían, porque también teníamos algún que otro sobresalto. Pero no era un trabajo de acción, y a veces envidiaba esa acción, pero a la vez me gustaba la estabilidad que me daba la clínica.

Le contesté que cuando a él le fuese bien podíamos quedar en una nueva cafetería que habían abierto cerca de mi casa y que hacía un café exquisito. Su contestación fue radical: «Yo soy más de Cola Cao», haciendo referencia a esa broma que hicimos en una ocasión por WhatsApp, porque a los dos nos daba pudor lo de «quedar para follarse», y como mi nevera estaba siempre vacía y solo tenía leche y Cola Cao, pues cambiamos el follarse por Cola Cao, que quedaba más fino. Y yo pensé: «Pues esta vez tendrás que tomarte el café, porque ya no tengo huecos para más Cola Caos». Alberto pareció olerse el percal y que no habría sexo, así que dio por finalizada la conversación, y a mí, a diferencia de otras ocasiones, no me importó. Yo había caído irremediablemente en las redes de Jon, aunque jamás lo reconocería en público, porque yo iba de dura e, igual que los toxicómanos dicen «yo controlo», en el amor yo también afirmaba lo mismo, pese a que no controlaba nada.

Víctor y Candela me invitaron a tomar un vinito para charlar; parecía que el ambiente estaba distendido. Qué bien, por fin salía el sol entre tanto nubarrón. Aquella noche iba a dormir a pierna suelta. Qué ilusa era.

Me levanté con la sonrisa puesta, contenta de verdad, como decía la canción. Lo hice con tiempo, desayuné tranquilamente, me duché, me arreglé y me fui a trabajar. No pillé nada de tráfico, lo que me puso todavía de mejor humor, porque para ser un lunes cualquiera de finales de marzo no había casi ningún coche. Llegué la primera a dar el relevo a las que estaban de turno de noche. Presentía que aquel día iba a ser un día estupendo. No había sabido nada de Jon desde que se había ido de mi casa, pero no me importó porque aquel día me sentía bien, alegre, contenta con la vida.

—Señoritas y señoritos, buenos días nos dé Dios.

—¿Has rezado tus oraciones antes de venir a trabajar? —me preguntó Raquel, mirándome por encima de sus gafas de ver de cerca.

—Por supuesto, amiga mía, diez padrenuestros y tres avemarías.

—¿Y has mantenido las piernas cerradas?

—Hombre, tan buena cristiana no soy...

—Muy mal, hija mía, creo que deberías recapacitar y reflexionar sobre tu holgura de piernas porque esto no te va a llevar a ningún sitio, salvo que quieras ir al infierno.

—Hombre, Raquel, en el infierno hace calorcito y seguro que hay chocolate por doquier.

—Yo, mientras me dejen llevar el iPad para jugar al Candy Crush, como si me tengo que quedar en el limbo.

El revuelo mañanero se escuchaba en el control de enfermería de la clínica Virgen de la Vega, olía a café, y enfermeras y auxiliares hablaban entre ellas como si unas no hubiesen estado toda la noche sin dormir y otras acabasen de levantarse. Sonreí con mi taza de Hello Kitty y le di un sorbo al segundo café de la mañana.

—¿Puede decirme alguien quién es mi relevo, por favor?

—Tú a callar, que me chivo a la jefa y te vas otro par de días a casa —me contestó Iván.

—Has venido con la lengua afilada, ¿verdad? Pues prepárate porque yo hoy tengo el guapo subido y puede haber aquí una pelea de pitbulls.

—Ay... yo no quiero ser un pitbull —dijo Iván—, prefiero ser un caniche, son más monos.

—¡Bueno, pues sé el perro que quieras, pesado! —le dije riendo.

Estaba de turno con Pilar y Susana. Esta última era una enfermera discreta, buena compañera y muy tranquila. De auxiliares, estaban Puri e Iván. Un buen equilibrio, la mañana pintaba bien.

Estábamos tomando el café cuando empezó el interrogatorio.

—Oye, ¿qué te ha pasado con Carmen? —quiso saber Puri.

—Pues nada, que me meten en ciertos asuntos y luego se enfadan porque me implico, bronca, castigada y a casa.

—Mira, me tienes loca con tanto misterio, ¿puedes explicarte mejor? —dijo Iván.

—Iván, no sabes que cuanto más se remueve la mierda más huele.

—Pues yo estoy deseando saber a qué huele esa mierda.

—Eres un pedazo de cotilla.

—Pues sí, y me encanta, es la salsa de la vida.

—Chico, tienes que ser un poco más prudente, hay cosas serias que no pueden tratarse así, alegremente —apuntó Pilar, tan sensata como siempre.

Menos mal que estaba ella para poner orden.

—¿Pues sabéis lo que os digo? —comentó Puri—. Que le den tila.

—¿A quién? ¿A mí? —se extrañó Iván.

—No, a Carmen, hay veces que necesitaría una, pero doble.

—Yo diría que más bien unos chupitos de tequila la tranquilizarían. Estas contracciones uterinas que le dan ya me están tocando un poco la peineta. Hay veces que hasta me planteo cambiar de trabajo —dije sin pensarlo muy bien.

—¿En serio, Gabe? —preguntó Pilar—. ¿Te marcharías?

—Pues no lo sé, pero ¿voy a tener que pasarme toda la vida sufriendo esta hemorroide en silencio?

—Hombre, tú silenciosa precisamente no eres —señaló Puri.

—No, ¿y qué quieres? ¿Que me pisen el cuello y me quede tan pancha?

—Como se nota que eres fija —dijo Iván.

—Lo sé, Iván, y, aun así, me callo muchas cosas, porque, cuando llegué aquí y era suplente, cada vez que me decían algo me limitaba a oír, ver y callar. Juegan con la inestabilidad laboral que tenemos los sanitarios para hacer lo que quieren con nosotros. Carmen me ha sacado un montón de veces de la cama para venir a trabajar, sin darme ninguna opción. Pero es lo que hay, o lo tomas o lo dejas. Pero os digo que en mi próxima vida voy a poner una mercería.

Apuramos el café y empezamos a trabajar. Los turnos de mañana no daban para mucha vida social, íbamos corriendo de un lado para otro, administrando la medicación, pasando visita médica, haciendo curas, ajustando dietas... Era el turno más pesado. Salía de una habitación tras cambiar un suero cuando me encontré con Daniel.

—Hombre, doctor Cañas, dichosos los ojos, llevo intentando hablar contigo hace días.

—Hola, Gabe, ¿qué tal? Ya, ya sé, pero es que llevo unos días muy liado... Necesito tomarme unas vacaciones... que llegue ya la Semana Santa.

—Estarás contento con lo de Julen, ¿no?

—Desde luego, la verdad es que ha ido muy bien, mejor de lo que esperaba. Hoy empieza con el fisio, y, en cuanto lo examinen los oncólogos, empezará con la quimio y la radio.

—¿Quién lo llevará en oncología?

—Gisela Abad.

—Ah, genial, es buena. Un poco rara, pero buena.

—¿Un poco? Es más rara que un perro verde —dijo Daniel.

—Se me hace raro en ti oír comentarios sobre los demás.

—¿Por qué? ¿Acaso no opino sobre los compañeros?

—No, eres bastante pasota.

—Bueno, suelo ir a mi bola. De todas formas, Carlos seguirá coordinándolo todo, así que supongo que podremos seguir interviniendo.

—Hombre, no es para menos, no solemos tener casos así en la clínica, y los de arriba lo están cuidando como oro en paño, ya saben lo que hacen... —dije

yo.

—Ya te digo. Tal vez escriba un artículo sobre el caso, ¿te apuntas?

—¿Que si me apunto? Pero ¿qué puedo escribir yo?

—Bueno, eres enfermera, algo tendrás que decir.

—Ay, Cañas... ¡es que no me queda otra que quererte! Cuenta conmigo para lo que quieras. Pero no lo digas por ahí, que luego me pasan cosas muy raras.

—¿Qué te ha pasado?

—Bah, chorradas, ya te contaré. ¿Un café?

—Ahora no puedo, pero te envío un whatsapp y quedamos.

—Cuando pilles Wi-Fi, ¿no?

Me guiñó un ojo y se marchó por el pasillo mientras yo sonreía. Daniel era un bohemio, no le pegaba ser médico, tal vez pintor, escultor... Con ese pelo rizado y esas patillas largas, me recordaba mucho a Leiva, el que fue cantante del grupo Pereza. Por no tener no tenía ni tarifa de datos, el móvil se le conectaba cuando había Wi-Fi público. No le gustaba depender de las tecnologías. Era tímido por naturaleza, y, cuando nadie nos veía, me encantaba colgarme de su cuello y darle un montón de besos, de esos sonoros, como los que te daban las abuelas, y él se ponía rojo como un tomate. Tenía dos hijos preciosos y una mujer informática a la que yo no conocía, pero siempre hablábamos de ella como si realmente la conociese. Era otro de los rasgos de mi personalidad: me gustaba conocer a la gente, implicarme, saber si tenían familia o no, cuáles eran sus gustos personales. Creo que tenía cierto ramalazo de antropóloga, aunque la gente se lo tomase más bien como un ramalazo cotilla, pero es que me llamaba la atención la diversidad de caracteres y con qué facilidad la gente ponía etiquetas, estigmatizaba y juzgaba a personas que no respondían a lo que ellos consideraban «normal». Y como yo entraba en esta última categoría, me gustaba relacionarme con gente que me entendiese, que no le importase subirse en mi montaña rusa. Aunque muchas veces era yo la que activaba el botón para iniciar el viaje, muchas otras la vida tomaba los mandos de la atracción y a mí me pillaba en bragas y sin peinar, dándome un doble *loop* que me dejaba noqueada.

Mi hobby preferido era juzgarme a mí misma. Y era la peor jueza del

mundo. Si ese hubiese sido mi trabajo, habría sido una jueza de esas que son unas viejas amargadas y que miran a los acusados por encima de unas gafas de pasta posadas sobre la punta de la nariz, de las que tienen la mirada cargada de acusación, que te acorralan. Así me sentía yo muchas veces, entre la espada y la pared, pero lo peor de todo es que a menudo era yo quien sujetaba esa espada. Y qué triste era saber que te estabas fustigando, juzgando y apretándote el gaznate contra algo sin ninguna necesidad, con lo fácil que era sentirse libre, respirar, disfrutar, dejar que la vida fluyese. Se supone que es fácil, sí, pero cuando estás acostumbrada a vivir en una montaña rusa, llena de tirabuzones, y a actuar en números imposibles, tu cerebro se acostumbra. Vivir bajo presión, ante la mirada crítica del subconsciente que, en mi imaginación, se encontraba en el estómago, y que tocaba a la puerta del corazón anunciando su llegada y envenenándome el pensamiento. Reeducar, reconducir y sacar siempre algo positivo de las cosas, lo de «querer es poder», todas esas frases motivadoras que se hacían virales en internet que mi cerebro no asumía, no interiorizaba, y lo de «todo irá bien», bueno, «ya veremos». Siempre viviendo con dudas, con incertidumbre e inseguridad; eso me provocaba un gasto tremendo de energía. Por eso soñaba con viajar, con ser libre, con caminar por playas desiertas y dejar que la brisa me despeinase un poco más. Pero era consciente de que huir no era la solución, que los pensamientos siempre estarían ahí, no importaba en qué lugar de la Tierra estuviese. Aunque muchas veces hacía chistes de mi propio drama, la jueza se quitaba la toga y, debajo, llevaba un disfraz de payaso, y este le decía: «Pero qué película te estás montando, pedazo de tonta. ¿No te das cuenta de que estás exagerando?». Entonces entraba en conflicto. Establecía un diálogo conmigo misma, algo muy necesario para saber si estaba exagerando o no. Mi mayor problema era el pene, bueno, más bien el cerebro que acompañaba ese pene. Porque los hombres que me gustaban tenían un cerebro tan complicado o tan simple que no conseguía entenderlo. Entonces me esforzaba por comprender algo, pero no entendía nada, y me hacía un garabato mental. Resultado: amor idiota. Tanta energía gastada para nada. Pero esta vez era diferente, lo de Jon saldría bien, me lo decía algo dentro, justo en medio de mis pequeños pechos, justo ahí. Iba a ser positiva.

Después de tantos garrulos encontrados en el camino, de tantas lágrimas derramadas y de ser una plañidera enganchada a relaciones y a personas tóxicas, con Jon lo haría bien y jugaría al mus y sería la mejor. Me vine arriba con mis pensamientos y asentí con decisión, como diciéndome: «Así se habla».

Cuando salía del turno, me encontré con Víctor, que parecía estar esperando a alguien.

—Hola... —dije tímidamente, tanteando el terreno.

—Ven aquí, puta jefaza. —Y me abrazó con fuerza.

—Víctor García, no me vuelvas a hablar así en lo que nos queda de existencia, porque casi haces que me salga una úlcera corneal de tanto llorar.

—Joder, es que te pones en plan defensora... y deberías estar tranquila, ya sé lo que me hago. Y tú ¿cómo estás?

—Bien, la verdad es que bien.

—Estás follando como una loca.

—Yo no follo, Víctor, hago el amor.

—Y yo hago de vientre, no cago, no te jode. A ver, ¿quién está metiendo su pene en tu vagina?

—Cotilla. De esas cosas no se habla en el trabajo. ¿A quién esperas?

—A Candy-Candy.

—Ah, pues espero contigo y así la veo, que estáis los dos muy *in love* y os habéis olvidado de mi existencia.

—Pobre Gabriela —dijo Víctor irónicamente—. Mira, ahí viene.

Sí, ahí venía ella, con su pelo rubio, sus tacones y sus labios pintados de rojo.

—¿Qué tal, Candela? —dije, tanteándola a ella también.

—Nena, me he enterado de lo tuyo con la bruja, siento no haberte llamado.

—Bueno, no pasa nada, ya estoy trabajando otra vez, así que se acabó la historia. Y tú ¿dónde te metes?

—Me han mandado a consultas externas de oftalmología; apasionante, vamos. Estoy de echar gotas hasta los brillis.

Al oírla hablar así, me di cuenta de que aquella nube negra que había surgido entre los tres se estaba disipando. Quizá ahora Víctor se centraría más en Candela, pero no me importaba. Lo que yo quería era verlo feliz, y si él lo

era, yo también.

—Es que, nena, vienen aquí las señoras con las cataratas del Niágara a cuestras y, no veas, todo el rato lo mismo. Echo de menos el salseo de la planta o de urgencias...

—Bueno, esto es así, piensa que mejor estar en un sitio más o menos fija que no ir de oca en oca y tiro porque me toca, como estoy yo. Que aquí la señora jefa, si ve que le falta alguien en algún sitio, no le tiembla la voz ni las ganas de mandar para moverme de sitio a mí, y casi siempre es a mí. Y un día monto un Melendi.

—¿Un Melendi? —dijo Víctor, riendo—. Metevías, tiene cada ocurrencia...

—¿No has visto en las noticias la que montó Melendi en un avión por no sé qué historias? Pues ahora ya no es montar pollos, ahora es «montar un Melendi».

—Tócate los brillis.

—Los brillis y lo que surja, Cande, porque está el ambiente caldeado.

—¿El ambiente, el medio ambiente o tu ambiente interior?

—La capa de ozono está fatal —dije, esquiva.

—Escupe, zorra.

—La zorra se va a su casa a echarse una siesta, os dejo follar tranquilos, con precaución, que soy muy joven para ser tía. Ahí os dejo. Hasta luego. — E hice un gesto con la cabeza como si diese un golpe de melena y me marché.

Llegué a casa, engullí más que comí de lo hambrienta que estaba y me puse al día con los mensajes del móvil. Había tenido tanto trabajo aquella mañana que no había podido ir ni al baño, como para entretenerme en mirar el WhatsApp. Me extrañó mucho no tener noticias de Jon, era de los que siempre escribía, pero la verdad es que tampoco le di mucha importancia, preferí esperar un poco. No quería ponerme pesada, seguramente no había tenido tiempo o estaba ocupado, o se lo había tragado la tierra y entonces... Así que le escribí: «¿Estás vivo?». El mensaje fue enviado, pero el doble *check* no aparecía al lado del mensaje. Cómo odiaba esos malditos doble *check*. Cuando te urgía algo o estabas en medio de una conversación interesante pasaban dos cosas: la persona ya no estaba en línea o lo estaba de forma intermitente, o no marcaba el doble *check*, y aquello me ponía de los nervios. Vamos a ver: si estamos hablando es que los dos estamos interesados en



mantener una conversación, así que no me tengas tres minutos como a una tonta mirando la pantalla a ver si te pones en línea o no. Cuánto daño ha hecho el WhatsApp...

Me tiré en el sofá, en pijama, con intención de echarme una siesta, pero la cabeza me empezó a ir a mil por hora: «Y si... tal», «y si... cual». «¡Déjalo estar!», me decía, pero la valentía me duraba poco. Pensaba: «Pero, si Dios no me ha dado dos tetas en condiciones, por qué me ha dotado de estas curvas mentales, ¿por qué, Señor? Yo quiero ser plana», pero de plana nada, yo era de subir montañas, de las de pico y pala, más pesada que una vaca en brazos, pero cuando me sentía insegura me volvía completamente loca, perdía el control. De ahí provenían muchos de mis problemas, en la falta de autoestima y en la inseguridad. Me gustaban las cosas rápidas, porque más valía pájaro en mano que ciento volando, y yo era de las que quería tener el pájaro incluso antes de que saliese del cascarón. Creo que esa fue la razón por la que dejé de hacer punto de cruz, por eso tengo ese punto chapucero que no me permite hacer las cosas todo lo bien que quisiera, por la maldita impaciencia y esa costumbre de quererlo todo para ayer.

Yo sabía que era una auténtica neurótica, conocía muy bien cuáles eran mis neuras, pero cuando estaba en el bucle no existían palabras de consuelo para mí. Decidí que la mejor opción era quedar con mis amigas, recurso manido, sí, pero era lo que siempre hacía. Además, en nuestro grupo de enfermeras no existía la condescendencia ni el miramiento, te lo plantaban en toda su crudeza, sin contemplaciones, y luego ya te las apañabas tú para gestionarlo como buenamente podías. Incluso Pilar, que era ella muy prudente y comedida, me solía echar unos chorreos bastante serios. A veces le decía: «¿Vas a seguir regañándome mucho más?», cuando en realidad me merecía una reprimenda mucho mayor de la que estaba recibiendo.

Pero a mí me daba igual, ahí estaba yo, la rebelde sin causa, la justiciera, la caótica, la que un día a las seis de la tarde se le ocurre irse a comprar un MacBook y se lo compra, pues sí, que para eso trabajaba. Siempre me escudaba tras la frase «Estoy emocionalmente estropeada» por todo lo que había vivido; sin embargo, en realidad mi vida había sido fácil. Mi problema era que tenía una extremadamente baja tolerancia a la frustración y era muy exigente conmigo misma. Pensaba que la vida, por muchos palos que me

diese o por mucho daño que me hiciese a mí misma, nunca aprendería, pero qué equivocada estaba. La vida te enseña, a veces de mejor manera que otra, pero aprendes de las experiencias. Y entonces tienes que estar alerta, atenta, preparada para tomar apuntes y decir «ah, pues mira, hace unos años yo no habría actuado así», y te dabas cuenta de que, efectivamente, la vida te había enseñado, y mucho.

Escribí en el grupo de WhatsApp de las chicas:

Bando municipal: se convoca a las enfermeras  
Virgen de la Vega a una reunión urgente  
para debatir sexo sin compromiso con persona  
emparejada y desaparecida en combate.  
Voluntarias, levanten la mano. Convocatoria  
en mi casa, cuanto antes mejor, antes de  
que me dé por escribir una carta de amor  
y mojarla en la bañera creyéndome Sandy  
en la escena de *Grease*.

Yo no tenía piscina como ella, pero prefería mi bañera a aquella piscina tan cutre. Dónde íbamos a parar...

Inmediatamente tres personas diferentes enviaron un icono, con manos alzadas. La reunión quedada organizada y confirmada. Así sí, sin darle más vueltas, rapidito.

Irene fue a trabajar. Mantuvo la compostura, no dejó que su perfectísima raya del ojo se moviese de su sitio ni que su pintalabios rojo Dior disminuyera en intensidad, no delante de la gente. Mostrar sentimientos en público era de débiles; ni podía, ni quería. Cuando volviese a su apartamento terminaría de romper la vajilla de porcelana que había comprado en Belle House cuando estrenó su casa. Ahora tenía que centrarse en el trabajo, papeleo, visitas a médicos insufribles y vender pastillas como si fuesen la panacea universal. Si Platón levantara la cabeza... pero ella se dedicaba a eso: a vender, a hacer números, a ser la mejor. Ese era su objetivo. Nada ni nadie iba a poder con ella, y menos un hombre. Quería a Jon, pero se quería más a sí misma, y, si tenía que elegir entre uno de los dos, claramente optaba por ella. Lo de Jon le dolería unos días, sí, puede que un mes, pero ella tenía claro que en su vida lo primero era ella. Frenó en seco. Pensó: «¿De verdad estoy pensando esto o es el cabreo el que habla por mí? Creía que Jon era el hombre de mi vida hasta hace cinco minutos y ¿ahora voy a tirar la toalla? Vale, él se ha ido con otra, pero tal vez yo he tenido algo que ver con eso. Igual se ha sentido abandonado. No lo sé... Si sigo dándole vueltas, acabaré con dolor de cabeza y tengo mucho que hacer. Ya lo pensaré más tarde, cuando acabe el trabajo».

Jon estaba desayunando un café con leche en una taza que tenía casi los mismos años que él, mirando al mar. Había quitado los datos del móvil y lo tenía en silencio; sus padres ya sabían dónde estaba y a su hermano probablemente no le importaba demasiado. Había cambiado todos los turnos para aquella semana que pensaba tomarse para sí mismo y a la vuelta esperaba llegar a Bilbao con una decisión tomada. Miró hacia su izquierda y

vio Guetaria, con esa forma curiosa de ratón y con tanto encanto... Recordó los veranos yendo en bici desde Zarauz hasta allí, la primera vez que se emborrachó con *txakoli* en la bodega de Txomin Etxaniz... Cuántos recuerdos y qué buen sabor de boca le traían, hasta el café le sabía especialmente bueno.

No tenía nada planeado. Por de pronto bajaría a comprar el pan, alguna cosa más y el periódico y luego pasearía por el malecón. Al día siguiente quizá se acercase a Guetaria, pero caminando, como en el pasado.

Sentía un dolor interior, no sabría decir dónde exactamente, pero experimentaba un malestar desconocido, tal vez porque se había comportado de forma cruel con Irene o porque se había ido sin decirle nada a Gabriela, o quizá ambas cosas. Se tenía por una persona honesta, intentaba ser consecuente con sus actos, con sus acciones, no herir a nadie; pero otras veces pensaba con la polla, como cualquier otro hombre. No era perfecto. Se guiaba por impulsos; por eso le atraía tanto Gabriela, porque no era tan encorsetada como Irene. Gabriela aportaba aire fresco a su vida, era como el *txakoli* recién salido de la nevera, e Irene era el vino tinto, un reserva, un buen vino, pero a temperatura ambiente, y él ahora tenía calor y sed. Apuró lo último que quedaba del café y se puso sus viejas Converse, las que estaban guardadas en el fondo del vestidor porque Irene las odiaba y él no se las ponía por no escuchar sus quejas. Fue a la parte antigua de Zarauz para tomarse otro café y un pincho. No había pinchos tan buenos como los de Zarauz de la plaza del Pilar. Pensó en pedir uno de *foie* a la plancha, pero tal vez a esa hora de la mañana no era la mejor elección. Pero, al llegar al bar, se decidió finalmente por un *txakoli* y un pincho de *foie* a la plancha. El camarero, al que conocía de toda la vida, lo saludó, y le puso al día sobre los últimos acontecimientos del pueblo, sobre la remodelación del malecón después del temporal del pasado invierno. Jon le preguntó si había visto a alguno de sus amigos que solían pasar allí algunos fines de semana o hacían algunas escapadas como él. Vivían en la misma urbanización desde que eran pequeños, y estaban muy unidos, a pesar de que cada uno provenía de una ciudad distinta, pero el mes de agosto lo pasaban juntos.

Cuando terminó de hablar con Patxo, el camarero que llevaba allí probablemente más tiempo que la plaza del Pilar sirviendo *txakolis* y dando conversación a los clientes a unos decibelios más altos de lo normal, Jon se

sentó en la terraza, que a esas horas estaba a la sombra, para leer la prensa con calma y desconectar un rato.

Intentó centrarse en lo que estaba leyendo, pero nada le interesaba, solo podía pensar en Gabriela, en su moño, en sus gafas y sus locuras. ¿Qué estaría haciendo? Seguramente estaría fumando, comiendo o durmiendo, y una vez más se rio de sí mismo por haberse enamorado de alguien a quien había descrito mentalmente en tres acciones tan sencillas. De pronto se dio cuenta de que había utilizado la palabra «enamorado». Y pensó: «Jon, estás muy mal, tío, háztelo mirar porque...».

Levantó la vista y dejó vagar la mirada, escuchando el mar, el sonido de las olas, que se oían desde el centro del pueblo, y entonces vio a una chica cruzar la plaza. Una chica delgada, con una media melena morena y estilo hippy pero muy elegante. Era Inés, una antigua novia de la que había estado muy enamorado, pero eran muy jóvenes y la relación terminó. Ella ahora tenía otra pareja, estaba opositando a judicatura y era muy buena en todo aquello que se proponía. Era una mujer con una sensibilidad especial para el arte, la fotografía y las manualidades. Dibujaba muy bien y en su casa nunca faltaban flores y rotuladores de colores, porque cualquier momento era bueno para coger un rotulador, un bloc y ponerse a dibujar. Era de esas personas duales, que tenían un carácter fuerte para afrontar una oposición tan dura y, al mismo tiempo, una sensibilidad especial para el arte. Le encantaban los pájaros, las flores, la naturaleza e irradiaba bondad. Pensó que, si el destino no los hubiese separado, seguramente él habría buscado un trabajo cerca de Zarauz y ya tendrían hijos. «La vida», pensó.

—¿Adónde vas, morena?

Inés se volvió bruscamente dispuesta a responder una bordería, pero sonrió al darse cuenta de que era Jon. Corrió hacia él y lo abrazó.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Pues ya ves, he venido a... pensar —dijo Jon, frotándose la cabeza, síntoma de que estaba nervioso, e Inés conocía ese gesto.

—¿A pensar, tú? Bueno, cuéntame... A ti te pasa algo raro.

—Lo he dejado con Irene.

—¡Venga ya! Si yo te hacía ya buscando iglesia para casarte en el sitio más chic de todo Bilbao.

—Bueno, esos eran los planes, pero...

—Pero se ha cruzado otra en el camino, ¿verdad?

—Joder, Inés, ¿tan transparente soy?

—Te conozco demasiado bien. Bueno, ¿y qué tienes que pensar?

—Pues si lo intento con Irene o me quedo con la loca de la que me he enamorado.

—Eh, Jon, has dicho... ¿enamorado?

Inés le tocó la frente palpándolo para comprobar si tenía fiebre, y él reaccionó con un chasquido de lengua y apartándole la mano.

—No me fastidies, que bastante jodido estoy ya.

—¿Jodido por qué? ¡Si las tienes a pares! —dijo Inés, riendo.

—Pero ¿quién me manda a mí hacer estos nudos marineros?

—Hombre, teniendo en cuenta que nos hemos criado cerca del mar, hacer nudos marineros con tu vida es lo que toca.

—¿Tú, todo bien?

—Sí. Me casé con Jorge el año pasado, fue una boda muy bonita, en la playa, rodeada de flores y esas cosas.

—No me invitaste, ya te vale.

—Es que lo hicimos casi sin pensar, él me lo pidió, yo le dije que sí, lo organizamos en tres meses y ya está. Solo vinieron los amigos del pueblo; de los veraneantes me olvidé un poco, la verdad.

—Lo entiendo. Por cierto, estás muy guapa.

—Tú también, tienes algo de ojeras, pero bueno, son propias del proceso.

—¿Qué opinas?

—Que tú eres más de pinchos que de alta cocina vanguardista.

—Mensaje captado.

Jon se sonrojó por lo bien que Inés lo había descrito.

Inés retomó el camino hacia sus quehaceres o quizá se acercaría al malecón, se sentaría, mirando al mar, y dibujaría un rato. Había nacido y crecido allí, había echado raíces en ese lugar. La artista que se inspiraba en cualquier rincón se desquitaba de su vida de opositora dibujando a la orilla del mar.

El timbre de la puerta sonó a la hora y media. Allí estaban Clara con

Daniela alojada en su vientre, Raquel y Pilar. Me acerqué a saludar a Clara, que era la que más cerca tenía.

—Primero tengo que saludar a Daniela. —Y me agaché para darle un beso en la incipiente tripita.

—Cuqui, tú estás muy mal de la cabeza..

—Déjala, es patética, vive en su mundo lleno de mariposas —comentó Raquel.

—Raquel, un día te muerdes la lengua y te envenenas. ¿Has traído algo de beber?

—*Of course.*

—No esperaba menos de ti. Y ahora te diré algo, no solo es niña, sino que se llamará Daniela, será rubia y alta como su madre, y vasca y rociera como su tía.

—¿Cuál de sus tías es la rociera? —dijo Pilar con una bandeja de pastas ecológicas en la mano.

—¡Hombre, no va a ser el gato! ¡Pues yo! —dije, haciéndole una mueca de burla.

—Pero ¿tú eres devota de la Virgen del Rocío? —me respondió, seria.

—Yo soy devota de todo lo que huela a sur y a tapas y, si tiene lunares, mejor que mejor.

—Lo que os digo, a esta follar se le ha subido al moño —comentó Raquel, empujándome cariñosamente—. Espero que te hayas dignado a tener la casa medianamente recogida, porque, conociéndote, cuando estás en pleno caos emocional estás en caos total. Incluyendo la casa.

—Pues lo tengo todo como los chorros del oro, trae ese vino y relaja un poco el útero, que te veo un poco contraída. ¿Falta de sexo, quizá?

—Chica, con dos niños pequeños ¿qué quieres? Ni me acuerdo de la última vez.

—Juanlu tiene que estar la mar de contento.

—Sí. Creo que está buscando abogado matrimonial.

Puse la mesa en la sala, saqué unas copas de vino para Raquel y para mí y preparé dos descafeinados para Pilar y Clara. Una vez todas asentadas, Raquel tomó la iniciativa.

—Bueno, nos lo cuentas o me van a salir canas esperando.

—Bueno... pues... resulta que... espera, deja que beba un poco.

Me llené una copa generosa de vino, más que generosa: llené la copa casi hasta arriba y me la bebí de un trago. Noté cómo el calor me invadía el esófago, el estómago y me subía a las mejillas.

—Pues el caso es...

—Joder, Gabe, versión abreviada, por favor —pidió Raquel.

—Pues que me he tirado a Jon unas cuantas veces y hoy lleva todo el día sin dar señales de vida y no le llegan los whatsapps.

—¿Con Jon, Gabriela? ¡Pero si tiene pareja! —exclamó Pilar.

—Pues sí, pero la carne es débil —repuso Raquel.

Clara estaba tocándose la tripa, y yo pensaba que era un gesto reflejo, pero su cara se contrajo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, pero creo que tu sobrina acaba de marcarse un zapateado.

—Es porque su tía ha follado y está contenta por mí.

Todas rieron a la vez.

—No, en serio, chicas, estoy bastante preocupada... Porque, después de acostarnos juntos, suele mandarme un mensaje, o llamarme, pero hoy no he sabido nada de él, y es un poco extraño.

—Pon una denuncia por desaparición.

—Vete a la mierda, Raquel, afloja un poco que estoy rayada.

—Pero no puedes hacer un drama porque alguien no haya contestado a un whatsapp

—¡Que no estoy haciendo ningún drama, joder! Solo os estoy contando lo que me está pasando. Bueno, vale, un poco de drama sí que estoy haciendo.

—Y bebí otro trago largo de vino.

Me bebí la botella de vino prácticamente yo sola, y obviamente acabé borracha. Así que tuve la brillante idea de llamar a Jon con mis amigas presentes y sin su aprobación, pero me atrincheré detrás de la puerta de la sala intimidándolas con una cucharilla, como si fuese una espada, que amenacé con utilizar como arma peligrosa. Yo sí que sabía cómo infundir el pánico en las personas.

Dio igual, porque el móvil estaba apagado.



Los siguientes tres días fueron un infierno, entré en un bucle psicótico de esos que crees que vas a perder el control. Estaba como loca intentando averiguar qué había pasado con Jon, seguía con el móvil apagado. El día que me trinqué la botella de vino sin pestañear lo llamé como unas diez veces, solo para escuchar «El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura». Qué cruel era aquella señora que estaba al otro lado informándome de que el móvil de Jon estaba apagado... Las compañías telefónicas deberían poner otro mensaje más agradable como: «Si estás borracha, apaga tú el móvil», o «Si estás desesperada, tómate un Lexatin», o «Como vuelvas a llamar a este número, tu móvil te explotará en toda la cara»; era más directo y menos dañino que un rancio «... está apagado o fuera de cobertura».

Intenté preguntar en la clínica, pero, como hacía relativamente poco que Jon trabajaba allí, todavía no había hecho amigos de esos que saben dónde estás en todo momento. De repente se me encendió la bombilla: «Ojos que no ven... Facebook te lo cuenta». Mierda, privacidad al máximo, no podía ver nada, probé con Twitter, con Instagram y a punto estuve de ir al registro a mirar si había algún parte de defunción. No sabía a quién preguntar. Allí estaba yo en medio del pasillo metida en un bucle infinito cuando vi que se abrían las puertas del ascensor y que de él salían Julen en su silla de ruedas de colores infantiles y Kerman.

—Pero ¿qué hacen aquí mis dos chicos guapos?

—Estamos en una misión secreta —dijo Julen.

—¿Y eso? —pregunté yo riendo mientras me agachaba a darle una ráfaga de besos.

—Porque me ha dicho Kerman que en este castillo hay una bruja mala que no quiere que te veamos.

—Kerman es un chico muy listo, y tú, un príncipe muy valiente.

—Y tú, una princesa muy guapa —dijo él con su voz infantil.

—¿Qué tal, Gabe? —me preguntó Kerman.

—En un bucle sin fin, en un bucle infernal. Julen, tápate los oídos que no puedes escuchar estas cosas. —El niño me miró sin entender.

—A ver, ¿qué te ha pasado?

—Espera un segundo.

Me volví y vi a Pilar, la llamé para que se acercase.

—Piluca, este es Julen, ha venido en misión secreta porque la bruja no me deja que lo vea.

—Hola, Julen, yo soy Pilar, ya te conocía, ¡todas te conocemos!

—Julen, ¿quieres tomarte un Cola Cao con las chicas?

Mis amigas me conocían muy bien, no era necesario darles demasiadas explicaciones, que con solo una mirada me entendían y Pilar sabía que necesitaba estar un minuto a solas con Kerman.

—¿Cola Cao? Tengo algo mejor, ¡¡chocolatinas!! ¿Quieres? —dijo Pilar, más risueña de lo habitual.

Lo normal es que le hubiese ofrecido chocolate ecológico porque ella comía todo sano, pero sano de verdad.

—¡¡Sí, sí!!

—Pues venga, marchando.

Pilar cogió la silla de ruedas y Kerman se quedó de pie a mi lado. Estaba esperando a que empezase mi vomitona, en la cual sabía que él no iba a poder meter baza.

—Te lo voy a resumir, muy resumido porque no podemos estar mucho tiempo aquí. Me estoy acostando con un compañero de trabajo y llevo tres días, ocho horas —miré el reloj— y cuarenta minutos sin saber nada de él. Lo he buscado por redes sociales, en la clínica nadie sabe nada de él, aunque no he preguntado directamente por él para que la gente no sospeche, ya que tiene pareja, pero me estoy empezando a desesperar y me veo escribiendo poesía y cartas de amor como las mujeres de los marineros que esperaban a sus maridos en tierra.

—¡Estás fatal! —A Kerman le dio un ataque de risa, y con razón—. ¿Has pensado que igual él no quiere contactar con nadie?

—¿Y a mí qué me importa? ¿Qué me importa lo que él quiera? ¡Yo quiero encontrarlo y punto pelota!

—Eres una maruja, y lo sabes. Déjalo tranquilo. De todas formas, si tanta curiosidad tienes, ¿por qué no le preguntas a tu jefa con la excusa de que quieres un cambio de turno?

—¡Kerman, eres el más mejor del mundo mundial! —Y lo abracé—. Y ahora es mejor que os vayáis arriba antes de que la gente sospeche algo. ¿Qué tal va la rehabilitación de Julen?

—Pues la verdad es que mejor de lo que esperaba, se está recuperando muy bien y sus padres son realmente majos y colaboran mucho. Le dan en alta en dos días, y hemos quedado que iré a su casa para seguir con la fisioterapia. Insisten en pagarme, pero yo no quiero, si no me cuesta nada; además, el chaval me cae genial, ¿qué más puedo pedir?

—Si existe un sitio en el cielo donde los fisios tengan su espacio particular, no te preocupes que tú irás directamente allí.

Kerman fue al control de enfermería a recoger a Julen y cogieron otro ascensor para no cruzarse conmigo. Me había dado una idea genial. Cuando acabase el turno, iría a preguntarle a Carmen si sabía algo de Jon, que me diese algo de información, un hilo del que tirar, necesitaba saber de él, si estaba bien, si se había arrepentido de lo nuestro, si me odiaba o si me quería, pero algo.

Me temblaban hasta las pestañas y me sudaban las palmas de las manos con solo pensar en estar delante de esa señora que era más rígida que el yeso fraguado, me ponía enferma, pero, si quería saber algo, era uno de mis últimos cartuchos. Me estaba acercando al despacho cuando me crucé con Víctor.

—Rubia, ¿qué haces por aquí abajo?

—Estoy en una misión de investigación.

—¿En qué andas metida?

—No sé nada de Jon desde hace tres días. ¿Sabes algo de él? Tú que vas de un lado a otro igual has oído algo.

—No, aunque es verdad que hace días que no lo veo, pero, bueno, tampoco me fijo mucho.

—Claro, desde que estás en el universo Candy-Candy no ves más allá de

tus narices, ¿no?

—Qué cabrona eres. ¿Cenamos esta noche?

—¿Para sujetaros la vela?

—Podemos hacer un trío.

—Víctor, yo te quiero mucho, pero no pienso tocarte ni con un puntero láser, no eres mi tipo.

—Claro, tú eres más de garrulos que desaparecen sin decirte nada, ¿verdad?

—Ahí le has dado, donde haya un drama, ahí estaré yo.

—Venga, a ver si la bruja escupe algo a parte de veneno, y si no luego pensamos un plan.

—Que será una locura, seguro.

—Loco, pero efectivo, verás. A las diez en mi casa. No traigas nada, yo me encargo. No sea que con ese temblor de manos que me traes compres algo y luego se te caiga.

—Que te den, Víctor.

—Luego te veo, jefaza.

Después de terminar el informe que estaba redactando, Irene miró el móvil, pero seguía sin tener noticias de Jon. Ya habían pasado tres días —ella había tomado decisiones empresariales mucho más importantes en menos tiempo—, la desquiciaba que Jon fuese un tipo tan blando, que no cogiese el toro por los cuernos (y nunca mejor dicho) y tomase una decisión. No sabía si sería capaz de perdonarle una infidelidad, pero sí quería hablar con él y espetarle en la cara que era el mayor cabronazo del mundo, quería pagarle con la misma moneda, no acostándose con otro, pero hacerle pasar un mal rato, por listillo y picha brava. ¿Acaso creía que podía ponerle los cuernos así como así? Cogió el móvil de la agenda y llamó hasta la que entonces era su suegra para preguntarle, porque ya empezaba a impacientarse.

—Hola, Marisol, ¿cómo estás?

—Hola, hija, bien. Aquí, preparando la comida. ¿Qué tal el trabajo?

—Liada, como siempre.

—Sí, ya me dijo Jon que estabas muy liada y que por eso no ibas a Zarauz con él.

—¿Eso te ha dicho? No, Marisol, tu hijo se ha ido a Zarauz huyendo de sus responsabilidades, porque resulta que me ha sido infiel y, en lugar de afrontar el problema, se ha ido a esconderse a la playa.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—Bueno, eso es algo que tendréis que solucionar entre vosotros, yo no puedo opinar, pero espero que lo arregléis.

—No lo sé, Marisol, puede que sí, o puede que no. Estoy muy dolida.

—Hija, toméis la decisión que toméis, estará bien, pero no os hagáis daño el uno al otro, porque eso no lleva a ningún lado, y reconozco que lo que ha hecho mi hijo está mal, muy mal, pero supongo que algo le habrá llevado a actuar así.

—Sí, pensar con... —Y calló por no ser soez con su suegra—. En fin, gracias por decirme dónde está, ahora sé que está bien, te lo agradezco.

El muy cabrón estaba dando paseos por la playa y comiendo pinchos mientras ella trabajaba como una mula y rompía tazas de porcelana. Pues no pensaba romper ninguna más. No quería a un cobarde en su vida; que le jodiesen y se quedase con la zorra que quisiese, ella no lo necesitaba a su lado. Era una mujer atractiva y no le faltarían propuestas de muchos hombres. Ahora saldría a la luz la Irene enfadada; ya no iba a luchar por él, ni ser conciliadora, ni intentar salvar un barco que ni el propio capitán deseaba salvar y lo mandaría todo a la mierda. Movi6 el rat6n del ordenador, porque ya haba saltado el salvapantallas, y sigui6 trabajando, quiz6 golpeando las teclas con demasiado ah6nco, pero sigui6 en lo suyo.

Jon llevaba tres d6as aislado del mundo y todav6a no ten6a las cosas del todo claras, aunque cada vez ve6a la luz m6s n6tida al final del t6nel. A la postre, todo se reg6a por recuerdos, impulsos, por el subconsciente que le susurraba por las noches el nombre de Gabriela, Bela, Belita, gafas, y no el de Irene. Gabriela ven6a en sue6os a visitarlo para soltarle cualquier burrada de las suyas o la ve6a desliz6ndose por el pasillo de la cl6nica montada sobre el carro de las curas. Pero le daba miedo empezar de nuevo, ¿y si no era m6s que un impulso? Con Irene ten6a una vida ya planificada, que se proyectaba en el

futuro... pero a él no le gustaba planificar, simplemente se había adaptado a las manías de Irene, a esa obsesión por tenerlo todo controlado, por planchar las sábanas y colocar correctamente las toallas en el cuarto de baño. Gabriela, sin embargo, dejaba la cama sin hacer, comía lo que pillaba por el camino y se reía de sí misma de lo desastrosa que era. Y le gustaba lo responsable y profesional que era en el trabajo, cómo trataba a los pacientes: era empática, cariñosa, cercana... Lo tenía todo. Poseía esa dualidad de carácter que tanto le atraía, pero sentía miedo. «Maldito cobarde —se dijo—. Ve a buscarla.» «No puedo.» «Sí puedes.» «Joder, que no puedo.» Y así se pasaba el día.

La tarde era primaveral, con ese sol brillante que calienta pero no quema, que invita a tomar café en las terrazas y a pasear por el malecón, incluso a tomarse los primeros helados de la temporada. Sin embargo no hizo nada de eso, fue a comprarse una botella de *txakoli* y una bolsa de patatas fritas. Encendió la tele y se sirvió una copa de vino, acompañado de las patatas. Tomó una primera copa, una segunda, y cuando llevaba ya media botella decidió que era el momento de volver al mundo real, al menos dar señales de vida. Pero cuando estaba a punto de encender el móvil, le entró el pánico y lo lanzó al sofá, que estaba en la otra punta del salón, para no sentirse tentado, aunque se imaginó una flecha con lucecitas que apuntaba al teléfono y que le decía «llámala», pero ignoró aquella alucinación provocada por el alcohol y salió a la terraza con intención de escuchar el ruido de las olas, disfrutar de la brisa del mar y despejarse un poco.

Hacía una noche preciosa; había salido la luna y el cielo estaba repleto de estrellas. Jon no conseguía alejar esos pensamientos, así que se puso a contar estrellas. «Estoy contando estrellas como un auténtico gilipollas por no afrontar lo que está pasando, pero tengo miedo. ¿Cómo se lo explico a mis padres? ¿Y a mis suegros? Bueno, ya no tengo suegros, no tendré que llevar corbata en Nochevieja, ni ir perfectamente afeitado a toda esa mierda de actos sociales que me aburren como una ostra», pensó. Pero no acababa de decidirse, se sentía ridículo, pero ya no soportaba aquella situación. Debía tomar una decisión, tarde o temprano tendría que salir de su refugio, donde lo mantenía su cobardía, y hacer frente a toda la situación.

—Hola, Carmen.

—Gabriela.

—Esto... Carmen, es que... necesitaba hacer unos cambios y he mirado la cartelera y el único que me los puede hacer es Jon, pero hace días que no sé nada de él.

—¿Y?

—Bueno... pensé que tú sabrías algo, me sorprende no haberlo visto en tantos días.

—Gabriela, esto no es un instituto. Si no lo localizas, tienes dos opciones: o te buscas a otra persona que te haga los cambios o, si es tan importante, tienes días de asuntos personales. ¿Algo más?

—No, gracias, Carmen. Has sido muy amable.

—Menos ironías, Gabriela, que nos conocemos, y si no te importa estoy muy ocupada.

¡La muy cerda! ¿Cómo se podía estar tan amargada? ¿Era posible estarlo hasta ese punto? Sí que lo era, porque, si buscabas en el diccionario la palabra «amargada», te salía una foto de Carmen tamaño póster y desplegable, para que quedase claro lo que significaba esa palabra.

De camino a casa pasé por el súper y compré la tableta de chocolate más grande que encontré; además, no escatimé en calorías: compré una de esas que llevan frutos secos y dulce de leche. Yo también estaba amargada, pero al menos yo me comía la tableta de chocolate y se me dulcificaba un poco el carácter.

Me senté en el sofá con la tableta de chocolate, un paquete de tabaco y puse la tele. Lo primero que salió fue uno de esos *realities* americanos sobre novias que se emocionan cuando se prueban su vestido; cambié de canal.

Apareció *Friends*, Ross y Rachel, una historia de amor con final feliz, genial... Apagué la tele. Empecé a comerme el chocolate mientras lágrimas como puños rodaban por mis mejillas. No podía creerme lo que me estaba pasando; tal vez estaba como las maracas de Machín, porque era incapaz de calmarme. Fumé, comí, fumé, comí, y me terminé la tableta entera, que me produjo un ardor de estómago insoportable. Normal, solo a mí se me podía ocurrir comerme una tableta de chocolate de trescientos gramos de una sentada. Al ver que no conseguía calmarme, decidí optar por una droga más dura: probé con las respiraciones abdominales, pero tenía la tripa tan llena que solo conseguí que se me subiese más el chocolate, así que me tomé un Lexatin. Cuando por fin hizo efecto, conseguí relajarme y me eché una siesta.

Me levanté con mal cuerpo, como si tuviese resaca, y no era debido a la pastilla, porque con mi nivel de ansiedad aquello era como un vasito de agua del Carmen. Me dolía todo el cuerpo y sentía la cabeza abotargada. Me encendí un cigarrillo mientras me decía que tenía que dejar aquella mierda. Yo, la enfermera que había hecho un curso de deshabituación tabáquica, me ponía hasta las cejas de nicotina y, en momentos de estrés, aún más. ¡Qué mierda!, y encima era mi último cigarrillo. Decidí dignificar un poco mi persona, ducharme y bajar a comprar tabaco, y luego seguí comiéndome la cabeza con la esperanza de que a Víctor o a Candela se les ocurriese una idea magistral de cómo contactar con Jon. Me daban ganas de llamar a todos los hospitales del territorio español: «Hola, buenos días, quería saber si tienen ingresado a un paciente llamado Jon Serrano. Es que, mire usted, que me lo he estado tirando estos últimos días, no sé dónde está, no ha ido a trabajar y mi inseguridad me está machacando de tal manera que ya siento que me ha dejado, y no sé por qué. Y le diré más, no me ha prometido la luna, ¿sabe? Que ni me debe ni le debo, como dice mi tía Mari. ¿Sabía usted que mi tía Mari es capaz de comerse una tarta entera de una sentada? A lo que iba, que me despisto, ¿tienen o no ingresado a Jon?».

Con semejante chorro de paridas cerebrales, llegó la hora de ir a cenar. Me puse mis leggins, mis Panama Jack y me metí debajo del brazo un trocito de esperanza para que Víctor y Candela me ayudasen a salir de aquel garabato que tan alegremente me estaba tejiendo.

Cuando salí por la puerta, me encontré con mi vecina, que salía con su



perro. Este se llamaba Trufi y era un yorkshire. Eché de menos a Han, acariciar sus tupidos rizos y tocarle las orejas, cosa que él odiaba y que a mí me encantaba hacer; eran tan suaves... Trufi salió disparado en cuanto me vio. Siempre intentaba colarse en mi casa y Bárbara, mi vecina, le gritaba cual gitana en un mercadillo para que saliese, pero a mí me daba igual. Trufi pertenecía a la familia comunitaria. Cuando vine a vivir a este piso, Bárbara me acogió con los brazos abiertos; no éramos amigas íntimas, pero teníamos una buena conexión. Las dos éramos solteras y teníamos perro, aunque el mío vivía más tiempo en casa de mis padres que conmigo, y lo más importante es que las dos teníamos una pedrada en la cabeza bastante seria. Nuestras conversaciones no giraban en torno a Vargas Llosa, sino más bien a ver quién de las dos había encontrado los leggins que más reducían o el sujetador que mejor pecho hacía. Pero era parte de nuestro rollo, saludarnos, decir cuatro paridas y cada una seguir a lo suyo.

—¿Qué pasa, vecina? —me saludó.

—Voy a comprar tabaco. ¿No sales con Trufi?

—No, voy a Bilbao a emborracharme.

—Un buen plan.

—¿Quieres venir?

—Voy a emborracharme en casa de unos amigos.

—¿Hacemos luego un FaceTime cuando estemos en plan deplorable? —me preguntó.

—Tía, es que tengo un poco de bigote, y que me lo veas tú no me importa, pero un FaceTime colectivo...

—Prometo censurarte el bigote poniendo un dedo sobre la pantalla.

—Tengo tanto que seguramente asome por encima de tu dedo.

—Calla, zorrupia. Si no te llamo, es que estoy vomitando en el baño.

—Genial, porque yo estaré llamando a quien no debo. Envidio tu vomitona.

Cada una siguió su camino: Bárbara hacia la estación del metro para irse a Bilbao de marcha, y yo a comprar tabaco al bar de debajo de casa. Las dos en leggins, éramos la nueva generación de las protectoras de ombligos, o sea, que no utilizábamos nada que pudiese quedarse incrustado en nuestras lorzás.

Llegué a casa de Víctor a las nueve. Habíamos quedado a las diez, pero yo, como siempre, hice lo que me salió de la peineta, que para eso había confianza. Y debido a esa confianza, ni me molesté en arreglarme un poco ni en llevar nada de comer ni de beber, solo mi presencia y un paquete de tabaco. Candela me abrió la puerta.

—Nena, vaya careto, ¿te ha atropellado el camión de la basura?

—Sí, creo que varias veces. Estoy metida de lleno en una tragedia, así que me he montado un dramón y no sabes lo que me fastidia.

—¿Un vinito?

—Mejor dos.

Fui hacia la cocina y vi que Víctor estaba con un delantal del tamaño de una sábana para abarcar todo su grandioso cuerpo moviendo algo en la sartén. Olía bien.

—¿Qué hay para cenar?

—Fajitas, vino y soluciones para ti —respondió Víctor.

—Me encanta el menú.

—¿Has conseguido algo con la bruja?

—Sí, que me clave un puñal de los suyos... Al menos me quedaba alguna tirita del Tiger de corazones en casa y me he hecho un apaño.

—Nena, qué bonitas son esas tiritas, pero qué poco prácticas —señaló Candela.

—Ya te digo, pero son tan monas...

—Bueno, vamos a pensar, qué podemos hacer, jefaza —dijo Víctor.

—Yo, con el hambre que tengo, no puedo pensar.

—Pero ¿tú no eres enfermera? Una enfermera piensa hasta con hambre.

—Yo soy tonta a tiempo completo.

—Joder, nena, estás insoportable, deja el drama ya, pon brilli en tu vida —comentó Candela.

—Si llego a saberlo, compro en el chino un botecito para hacer un ritual, a ver si me inspiro.

—Dramática y mística, hoy estás que te sales, rubia —dijo Víctor.

Nos sentamos a cenar en el comedor, porque Víctor no vivía en una caja de zapatos como una servidora, sino que tenía un pisazo en el centro de Bilbao, a medio amueblar, porque pasaba más tiempo en la clínica que en su propia

casa, pero al fin y al cabo un pisazo. Yo miraba, maravillada, los ventanales que de día inundaban la casa de luz y pensé en mi triste zulo, un piso interior que me compré cuando tenía veinticinco años, cerca de mis padres para tener los tápers a mano y con un presupuesto más que ajustado. Cuando fui a pedir la hipoteca, el director del banco tuvo que aguantarse la risa. Recuerdo aquel momento.

—Hola, buenos días, venía a pedir una hipoteca —dije enfundada en mis Levi's que me cortaban la respiración y una americana de Stradivarius para dar una imagen de persona seria.

—Muy bien, vamos a mirar sus cuentas. ¿Cuánto tiene ahorrado?

—Eh... en mi cuenta corriente tengo mil euros.

—¿Y cuánto necesita?

—Pues unos veinticinco mil.

—Con mil euros de aval... es un poco complicado, ¿no le parece?

—Bueno, como tengo trabajo fijo, pensé que eso facilitaría las cosas.

Después de demostrar que era una persona que pagaba mis facturas cada mes, presentar mi declaración de la renta, mi historial financiero, mi vida laboral e incluso mi último reconocimiento médico, me dieron el dinero y pude comprar mi casa. Era pequeña, sesenta y cinco metros cuadrados, pero allí había hecho mi nido, un nido de paz, donde hacía lo que quería: la mitad de las veces dejaba la cama sin hacer y no tenía que dar explicaciones a nadie. Eso era lo mejor de vivir sola: no dar explicaciones a nadie y poder repartir tu ropa en dos armarios. Porque yo era una compradora impulsiva, que no compulsiva. Si estaba de bajón, me daba por comprar ropa; otras veces, por comprar hilos de punto de cruz, y últimamente, bolis. En realidad, no sabía para qué quería tantos bolis porque usaba únicamente el ordenador, pero me gustaba mirarlos, tocarlos y ver qué cosas tan bonitas hacían.

Después de una conversación trivial, ponernos al día sobre pacientes, sobre casos raros y hablar de operaciones, mierda y sangre mientras cenábamos, algo típico de los sanitarios, intentamos deshacer el lío en el que yo estaba metida.

—Analicemos tu drama, ¿cuál es el problema? —preguntó Víctor.

—Pues que no lo entiendo, porque Jon no es así, no es de los que desaparece, lo tengo comprobadísimo.

—¿Has probado con las redes sociales, nena? —quiso saber Candela.

—Pues sí, lo he probado todo. Pensé que Facebook o Twitter me lo aclararían.

—¿Has probado con Instagram? —añadió Candela.

—Ah, pues no. Pero ¿cómo lo busco? No creo que sea tan sencillo como poner «Jon Serrano» en el buscador y que enseguida salga su cara.

—Bueno, no perdemos nada con probar —señaló Víctor.

Saqué el móvil y puse, con la poca esperanza que me había traído bajo el brazo, el nombre de Jon y, ¡sorpresa!, ¡era más sencillo que el mecanismo de un chupete! Allí estaba.

—Joder, que acabo de encontrarlo.

Dos cabezas se pusieron a mi lado mientras mirábamos los tres el Instagram de Jon: tenía fotos de todo, el típico perfil personal, con fotos de sus amigos, de paisajes, vi alguna con Irene, lo cual me produjo una punzada en el corazón que se me notó en la cara.

—Nena, cambia esa cara, porque, sí, esa es Irene, pero ahora lo que nos interesa es averiguar dónde está Jon. Mira esa foto, ahí sale con un chico, que se parece a él, pincha en la foto, a ver si hay una etiqueta.

—Pone Álvaro Serrano. ¡Ese tiene que ser el hermano! ¡Eureka!

—Pero ¿tú sabes quién es Arquímedes? Pensaba que eras más de Belén Esteban —ironizó Víctor.

—Vete a la mierda, que me va a dar un ataque de nervios, y si quieres hacer algo productivo sírveme vino, tráeme el tabaco y busca a ver si tienes un Lexatin.

—Solo lo primero, en esta casa no se fuma, y lo sabes.

—So cabrón despiadado.

—Vale, nena, sí que tiene pinta de ser el hermano, y ¿ahora qué hacemos?

—preguntó Candela.

Víctor me estaba sirviendo vino, una generosa copa de vino tinto, del bueno, de los de que le regalaban los pacientes agradecidos, porque a los médicos les regalaban vino bueno, y a las enfermeras, bombones y pasteles para que nos engordase el culo. Dejó la botella sobre la mesa y frunció el ceño.

—Tengo una idea.

—Candy-Candy, mira la foto a ver si tiene una ubicación.

—Sí, pone Zarauz.

—Ahora mira si hay más fotos de Zarauz, para que nos hagamos una idea de dónde está, si pasea por el malecón, por la plaza del Pilar... no sé, algo que nos dé una pista —dijo Víctor con cara de interesante.

Nunca lo había visto tan serio. Yo lo miraba con la boca abierta.

—Gabriela, cierra la boca, que pareces más tonta de lo que eres. ¿Y bien, Candy-Candy? —preguntó Víctor.

—Hummm... pues hay fotos de muchos sitios de Zarauz... pero aquí hay una de «buenos días» que parece que está sacada desde una terraza. Se ve toda la playa de Zarauz, y Guetaria a la izquierda.

—Vale, pues ya está, mañana por la mañana nos vamos a Zarauz de incursión.

—Querrás decir de excursión —señalé.

—No. Vamos de incursión en una misión secreta.

No tuve opción a decir nada más, sencillamente me callé y bebí. Bebí y fumé mucho. Estaba histérica, porque ¿qué leches íbamos a hacer tres locos en medio de Zarauz buscando a alguien que ni siquiera sabíamos si estaba allí? Aquello no tenía ningún sentido, ¿por qué iría Jon a Zarauz? ¡Tal vez estaba en su casa! Iba a coger el móvil, iba a hacerlo... volvería a llamarlo. Candela vio mis intenciones y, como una leona a la que amenazan con quitarle a sus cachorros, me lo arrancó de las manos.

—Hasta mañana nada de móvil. A la cama.

—Estoy borracha. Voy a tener efecto barco.

—Pues disfruta del viaje porque mañana nos espera un largo día sin saber adónde vamos, pero piensa que es una buena oportunidad para arreglarnos y

ponernos monas.

—Yo no me voy poner más de lo que llevo puesto. Los tacones los dejo para ti. Si me dejas algo de maquillaje para disimular mi cara de resaca, me conformo.

—Claro que sí, nena, tengo maquillaje para montar una perfumería.

Me fui al cuarto de invitados arrastrando los pies y me metí en la cama vestida. Enseguida empezó el efecto barco, tenía cada vez más ansiedad y me senté. Creía que iba a vomitar y entonces, sin saber por qué, me puse a rezar y a pedirle a Dios, a mis antepasados y a todos los que me quisiesen oír, que necesitaba que me echasen un capote, de los grandes, tamaño carpa de circo.

El mar estaba picado, enfurecido. También Jon se sentía enfurecido por su cobardía y por aquella locura. Cogió el móvil. Las manos le temblaban. Pero volvió a dejarlo sobre la mesa de mimbre del salón y fue a la nevera a rescatar media botella de *txakoli* que le quedaba. No se sirvió una copa, ni siquiera cogió un vaso de los que se utilizan para el agua, se la bebió directamente a morro. El vino tardó unos diez minutos en hacerle efecto y desinhibirlo un poco; se sentía algo más fuerte, aunque todavía tenía un ligero temblor de manos.

Encendió el móvil.

En los siguientes dos minutos empezaron a llegar notificaciones de e-mails, llamadas perdidas, whatsapps y todo lo que pudiese ser notificable. Lo primero que hizo fue ir a las llamadas perdidas. Tenía dos llamadas de Irene, y veinte de Gabriela. Entonces fue como si el cielo se abriese, el sol brillase y se diese cuenta de que hacía un día estupendo. La adrenalina se le disparó con la consiguiente taquicardia e intentó coger aire. No podía, no sabía qué le pasaba, pero un cúmulo de emociones se mezcló en su interior. Tenía que vomitar aquello de alguna forma, pero no eran náuseas, no era malestar estomacal lo que tenía, y de pronto notó que sus ojos se humedecían. Se sorprendió por aquella reacción; tenía el corazón desbocado. En su interior algo se estaba desatando, y aquella humedad en los ojos se convirtió en lágrimas, y esas lágrimas, en sollozos. Jon no podía dejar de llorar, allí solo, con una botella de vino vacía y un móvil en la mano que amenazaba con

caérsele.

Irene estaba maquillándose para salir a tomar una copa con los compañeros de trabajo cuando oyó que le entraba un whatsapp. Era Ramón quien le decía que la recogería en diez minutos. Ella no se molestó en contestar porque era una persona puntual y a esa hora estaría ya preparada y esperándolo en el portal. Ramón era un compañero de trabajo; se conocían desde que eran muy jóvenes y él siempre había estado enamorado de ella. Era de buena familia y había estudiado farmacia en la Universidad de Navarra. Había empezado a trabajar tan pronto terminó la carrera, pues había sido el mejor de su promoción. Irene nunca había sentido nada especial por él, aunque alguna vez, en las fiestas de la universidad, se habían besado. No sabía por qué, pero siempre había habido algo entre los dos, una historia sin resolver, pero nada importante, o eso pensaba ella. Cuando fue a dejar el móvil encima del lavabo para terminar de maquillarse, vio que el mensaje que le había mandado a Jon hacía cinco días tenía marcado el doble *check*.

—¡Maldito cabrón! ¡Lees el whatsapp, llevas cinco días desaparecido y no te molestas en llamar! ¡Que te jodan, a mí no vuelves a verme el pelo! —le espetó al móvil como si el aparato fuese a transmitir su mensaje a alguien.

Estaba esperando en el portal cuando el Porche Cayenne de Ramón asomó por la esquina. Ella estaba como un pincel, con un vestido negro y cuello barco, el pelo perfectamente peinado y subida a unos Jimmy Choo también negros que le había regalado su madre por su cumpleaños. Ramón paró el coche y su cara fue todo un poema. La miró de arriba abajo; aunque sabía que aquello podía resultar descortés, no pudo evitarlo y su pene le dio una sacudida bajo su pantalón de Hugo Boss, perfectamente planchado. Irene se acercó y se montó en el coche.

—Estás preciosa, Irene.

—Gracias.

—¿Te pasa algo?

—Nada, todo bien. ¿Qué tal tu día?

Ramón empezó a explicarle cómo había ido su día: las negociaciones en el laboratorio para la nueva patente, la cena a la que tenía que asistir la siguiente

semana con gente de las altas esferas y que tenía un montón de papeleo pendiente. Irene se dio cuenta de que Ramón y ella pertenecían al mismo mundo, al mundo de las pirañas, donde se negociaba todo hasta el último detalle, donde la apariencia sí importaba y donde uno solo iba en chándal a por el pan y muy de vez en cuando los domingos. Ramón y su familia tenían una casa en Baqueira en la que pasaban las Navidades, y otra en Marbella para el verano. La familia de Irene también tenía casa en Baqueira, pero ella pasaba el verano en Cádiz. Los dos tenían muchas cosas en común y ella se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué te pasa, Irene? Estás muy rara.

—Nada... estás muy guapo hoy.

—Gracias, pero estoy igual que siempre.

—No sé, tal vez te mire con otros ojos.

—¿A qué te refieres?

—Pues que nunca me había planteado mirarte como algo más que un amigo de toda la vida.

—Vaya... me halaga oír eso. Bueno, ya sabes que siempre me he sentido atraído por ti, pero estás con Jon...

—Eso se acabó.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—Me ha sido infiel.

—Qué sinvergüenza, yo jamás te haría eso.

—Lo sé. Oye, qué te parece si nos tomamos un gin-tonic rápido con los compañeros del trabajo y luego nos vamos tú y yo a dar un paseo. Hace una bonita noche.

—Me parece una idea estupenda.

Irene y Ramón cumplieron, como no podía ser de otra forma, con sus compromisos profesionales y personales, porque en empresas como la suya esa línea estaba un poco difuminada y los dos se disculparon con exquisita educación a la hora de retirarse. Se fueron hacia la zona del Guggenheim, donde en el mercado de la Ribera habían abierto recientemente un bar muy acogedor con jazz en directo.

Ambos disfrutaron de una velada maravillosa acompañada de unos cuantos gin-tonics y se dieron cuenta de que quizá aquello podría significar algo.



Irene dejó a un lado, por un momento, su faceta controladora y analítica y a veces suplicante, y decidió que no iba a dedicarle a Jon ni un minuto más de sus pensamientos. Le había sido infiel, y ella pensaba rehacer su vida, no se convertiría en una plañidera, llorando por todas las esquinas. Además, ya no le quedaban más tazas que romper.

Eran las cuatro de la mañana y yo tenía unas ganas enormes de vomitar. No encontraba la luz de la lamparita, así que cogí el móvil como linterna. Al pulsar el botón, vi en la pantalla de mi iPhone: «Hola». Era un mensaje de Jon.

Casi vomito en ese mismo momento.

Me senté de golpe en la cama con los ojos muy abiertos y con el corazón que se me salía por la boca. Me había escrito el mensaje a las dos de la madrugada. Estaría dormido. Le contesté.

Hola, Jon, ¿dónde estás? ¿Te ha pasado algo? Nadie sabe nada de ti y ¡yo estoy a punto de fibrilar! Te he buscado como una loca, hasta en las redes sociales.

Evidentemente obvié que teníamos planificada una incursión a Zarauz al día siguiente, para que no pensara que yo necesitaba un ingreso urgente en un psiquiátrico.

Me quedé mirando la pantalla rezando y rogando que se pusiese en línea. Y milagrosamente... lo hizo.

Estoy en Zarauz.

¿Qué haces ahí?

Lo he dejado con Irene.

¿Quéee? Jon, como no te expliques un poco más te juro que atravieso la pantalla del móvil y te doy dos hostias.

Tú, tan dulce como siempre, Bela.  
Le dije que estaba con otra, bueno,  
no se lo dije, lo intuyó. He venido aquí  
para pensar, para tomar una decisión.

¿Y qué has pensado?

No sabía si quería conocer la respuesta; unas gotas de sudor frío empezaron  
a resbalarme por la frente.

Pues... que te necesito a ti.  
Te quiero a ti.

Oh, Jon...  
Es que no me lo creo.

No esperaba esa respuesta.

¿Tú me quieres?

¿Por qué preguntas cosas  
que ya sabes? ¡Pues claro  
que sí, imbécil!

¿Tienes que añadir  
siempre un insulto?

Sí, si no, no sería yo.

Y por eso me encantas.

Tú también a mí.  
Parecemos dos adolescentes.  
¿Cuándo vuelves?

¿Cuándo vienes?

¿Quieres que vaya?

Sí.

Pues mañana voy. Estoy borracha,  
tengo que esperar unas horas

a que se me pase porque, como  
me paren, rompo el alcoholímetro.

Yo también estoy borracho.

Somos la pareja perfecta,  
si nos va mal como enfermeros,  
siempre podemos poner una  
licorería y bebernos los beneficios.

No es una mala opción.

¿Dónde te encuentro?

«ubicación»

Cuando se me pase la castaña  
que tengo, voy. No huyas, ¿eh?

Por nada del mundo,  
me muero por verte.

No dormí nada, pero no estaba en condiciones de coger el coche, así que no me quedaba otra que esperar. Intenté contar ovejas, onzas de chocolate, flores y todas las cosas bonitas que se me ocurrieron, pero al final me levanté y fui a la cocina para hacerme un café y fumarme un cigarillo.

Encendí la Nespresso de Víctor e intenté no hacer ruido, pero era inevitable. Me senté con la taza humeante y encendí un cigarrillo. Le di una calada tan profunda que casi me lo fundo entero.

—Joder, Gabe, que en esta casa no se fuma.

—¡Mierda, Víctor! ¡Casi me da un infarto!

—¿Qué haces despierta?

—Podrías ganarte la vida como Sherlock Holmes... Jon ha encendido el móvil. Está en Zarauz.

—Elemental, querida jefaza.

—Me ha dicho que me quiere y que me necesita —dije al borde de las lágrimas.

—Y estás deseando ir allí, claro.

—Claro.

—Espera un poco a que tu nivel de alcoholemia baje. Come algo con ese café y te dejo fumar en la cocina hasta que te vayas. Mucha suerte, Gabriela, te mereces lo mejor, puta jefaza de mis amores.

Se acercó a mí, me dio un beso tierno en la cabeza, de esos que tanto me reconfortaban, y desapareció por el pasillo camino a su cama y a enredarse entre los brazos de Candela.

A las ocho de la mañana decidí que ya había esperado bastante, que ya me había fumado medio paquete de tabaco y me había comido media bolsa de magdalenas. En caso de dar positivo en algo sería en azúcar, pero en alcohol lo dudaba.

Un viernes por la mañana con todo el mundo yendo a trabajar, el centro de Bilbao era un auténtico caos. Me costó salir de la ciudad casi una hora hasta que pude coger la autopista de San Sebastián. Muchos bilbaínos trabajaban allí, así que el tráfico no era demasiado fluido. No quise hacer el cabra con el coche, primero porque no quería matarme por el camino, ya que, puesto que había llegado hasta aquel punto, pensé que no merecía la pena morir, y segundo para no levantar sospechas en la Policía Local por si me daba por vomitar magdalenas con vino tinto y romper el alcoholímetro.

El trayecto se me hizo interminable. Pensé que no llegaría nunca; un recorrido que se hacía normalmente en tres cuartos de hora, una hora a lo sumo, lo hice en hora y media porque iba a velocidad de caracola trotadora, pero no me importaba, porque tenía ganas de ver a Jon y, después de darle una buena hostia, le daría un beso de película, de esos que hacen que se te levante hasta el pie. Me imaginaba todo aquello, como en tantas películas románticas que había visto, en las que muchas veces había creído y otras muchas no. Pero sabía que todo saldría bien. Unos días atrás, había pensado que ya estaba bien de tanta montaña rusa, y que, si decidía seguir montada en esa atracción, era mucho más divertido hacerlo acompañada, no del todo necesario, pero sí más divertido.

Cogí la salida de Zarauz y aparqué a un lado del arcén para buscar en los whatsapps de Jon su ubicación y localizarla en Google Maps. Estaba a cinco minutos de su casa. Dios, a cinco minutos, estaba ya tan cerca que casi olía su

colonia desde allí.

El GPS me condujo sin problemas, pero cuando me planté delante del portal pensé: «¿Cuál es el piso?». Bien, Gabriela, no avisas que estás de camino, no preguntas el piso que es... tú, como siempre, haciendo las cosas con orden y sentido. Abrí el WhatsApp y escribí a Jon, pero no le entró el mensaje. Pensé que tenía el móvil apagado. Estaba en Zarauz, un sitio que conocía, pero no tan bien como quisiera y no sabía qué hacer; casi entré en pánico. Me costaba pensar con claridad entre la resaca y los nervios, así que decidí llamarlo, me la tenía que jugar, ya no había vuelta atrás. Cogió al quinto tono, cuando yo estaba al borde del desmayo.

—Buenos días, princesa.

—Estoy delante de tu portal.

—¿En serio?

—Pues sí... ¿Mal momento?

—¡Claro que no! Te abro. Segundo piso, letra C.

—¿De cabrón?

—De cariñoso, tonta. Anda, sube.

Subí andando. No podía creerme que estuviese subiendo por la escalera con el corazón a mil. Debería haber cogido el ascensor, pero ni siquiera se me pasó por la cabeza.

Allí estaba él, apoyado en el marco de la puerta esperándome, como yo solía hacer cuando él iba a mi casa. Lo miré fijamente y él me mantuvo la mirada. Yo estaba paralizada, no podía moverme, los ojos se me anegaron en lágrimas. Al verme así, Jon se acercó y tiró de mí para abrazarme.

—Te quiero, princesa. No sabes cuánto...

—Y tú no sabes qué susto me has dado, Jon, no vuelvas a hacerme esto en lo que te queda de vida.

—No pienso hacerlo porque siempre estaré a tu lado.

—Vaya, estás de lo más dulce; seguro que te has puesto un suero glucosado al cincuenta por ciento o algo parecido.

Cerró la puerta y permanecimos de pie, con los cuerpos muy pegados. Él me cogió la cara, dejando mis orejas entre sus dedos pulgares e índices. Con los pulgares me secaba el resto de las lágrimas y me besó dulcemente, como pidiendo permiso, como invitándome a entrar en su vida, en su ser, en su

alma. Yo correspondí al beso, y dentro de mí volaron cientos de mariposas. Estuvimos así al menos diez minutos, y cuando consideramos que nos habíamos dado la bienvenida adecuadamente, se quedó mirándome otra vez con su sonrisa pícara, su pelo despeinado y sus ojos azules.

— Jon... tengo algo que decirte...

—Dime, Bela.

—Es que me da vergüenza. —Y me tapé la cara, un gesto que a él le hacía mucha gracia.

—No seas boba, dime. —Y me apartó las manos de la cara.

—Es que... tienes ahí un moquito que me está saludando.

—¡Joder, Gabriela, no cambiarás nunca! —Y le dio un ataque de risa.

—¡Es que tenía que decírtelo! —dije yo también riendo.

—Lo sé, por eso te quiero.

—Más te quiero yo.

## Agradecimientos

¿Eres de las personas que leen los agradecimientos? ¡Yo sí! Llamadme rara, pero me gusta hacerlo, a pesar de que la mayoría de las veces no conozco a nadie de los homenajeados.

Bueno, ahí van los míos.

Primero quisiera darte las gracias a ti, por tener un pedacito de mí entre tus manos. Espero que te hayas reído y que hayas disfrutado leyendo este garabato mental tanto como yo escribiéndolo. Nunca pensé que escribiría un libro, la verdad. Empecé con un blog, contando mis experiencias, y un día decidí hacerlo en forma de historia y este es el resultado. Espero que te haya gustado de verdad.

A Penguin Random House y a Pablo Álvarez por darme la oportunidad de que estas líneas vean la luz. También a Berta Noy, por ser tan cercana.

A Gonzalo Eltesch por estar siempre ahí, por sacarme una sonrisa cada vez que inicia sus correos con «Hola, querida», y, para mí, por ser el editor «más mejor del mundo».

A mi familia por estar siempre ahí, porque han desgastado el botón de «Compartir en Facebook», y porque a pesar de ser de otra generación han hecho todo lo posible por ayudarme.

A Pello Salaburu por estar al pie del cañón, por ser tan atento, por escucharme, por aconsejarme y por todas las veces que me ha dicho: «Tranquila, Erika».

A Bárbara Alves, porque a ella le debo la parte final del libro. Sin su chute de energía, sin su apoyo, tal vez lo habría terminado igual, pero seguro que habría tardado el doble de tiempo. Alguien, desde no sé dónde, me envió un ángel de la guarda en forma de loca catalana con alma andaluza. Porque llamé a su puerta y me la abrió de par en par.



A Lorena Franco, porque ha sido mi bastón en cuanto a mis dudas literarias. Porque me deja ser yo misma, perdona mi tono de voz y me acepta tal y como soy. Por eso y por mucho más que queda entre nosotras.

A Julen, mi musa. A sus padres: Mónica Ayude y a Guillermo Bastida, por dejarme contar la historia de su hijo. A su tía Marga Ayude, por creer tanto en mí.

Al doctor Cosme Naveda, porque, desde que tengo uso de razón, ha estado siempre ahí, para felicitar me en los buenos momentos, para abrazarme en los no tan buenos.

Al doctor Pablo Cañas por ser como es.

A mis compañeras de trabajo, Pilar Cristóbal y Raquel García-Tejedor, que fueron las primeras en leer los primeros capítulos, y Pilar, la primera en leerse el manuscrito entero. Por esas guardias de divagaciones, de apoyo, de risas y de llantos.

A mis compañeras del PAC de Las Arenas por leerme cada vez que mandaba un nuevo enlace con algún capítulo y porque con ellas he crecido como enfermera.

A Kerman Porset por ser tan generoso conmigo. Porque no podría tener un amigo mejor, porque siempre ve el lado positivo de las cosas, porque me quiere tal y como soy, porque lo quiero tal y como es.

A Estíbaliz Arzubiaga, mi vecina del cuarto. Por esos whatsapps en los que me daba su opinión de cada capítulo, por ese deseo de seguir leyendo, por su alegría, por estar siempre ahí.

A mis amigas de toda la vida.

A Víctor Gutiérrez por ser tan cariñoso, divertido, amable... y no dudar en quedar conmigo para construir su personaje, porque él es así, tal y como aparece en la historia.

A Iván Bermúdez por sus comentarios, por recordarme cosas que me dejaba por el camino, por su ayuda para construir su personaje.

A todas las personas que han compartido en Facebook cada entrada, a mis lectoras más fieles, algunas/os que me conocen (Leire López, Amaia Gutiérrez, Clara Jordán, Eneko García, Borja Milla...) y a otras que no me conocen. A las de aquí y a las de allá.

A cada persona que se haya visto reflejada en alguno de los personajes,

gracias, porque sí, ¡está inspirado en ti! Mola, ¿verdad?

Pues con esto y un bizcocho... no preguntes por él mañana a las ocho porque seguramente me lo habré comido.

**Ser enfermera es fácil con los ojos cerrados.  
Enamorarse es mucho más difícil.  
Y no hay instrucciones para ello**



Entre suero y suero, te quiero.

«Es parte de mi encanto.» «Soy un garabato mental.» «Tengo un imán para garrulos.» «Soy un desastre.» «Quiero enamorarme, pero de verdad como nunca, como nadie.»

Gabriela tiene treinta y dos años y es enfermera. Ama su profesión. En ella se siente segura, dueña de sí misma. Pero, mientras que en su trabajo se comporta con cierta estabilidad, en su interior vive en una montaña rusa de emociones. Esa es la dualidad de Gabriela: el trabajo y los sentimientos extremos.

*Donde mis pies me lleven* es una historia de amor y desamor, de idas y venidas, de sueros y constantes vitales, de príncipes azules y de príncipes desteñidos. Y, sobre todo, es una novela con una protagonista de lo más graciosa, que tiene esa extraña costumbre de encontrar problemas donde aparentemente no los hay.

Si te gustó Bridget Jones, disfrutarás leyendo las aventuras de esta enfermera al borde de un ataque de nervios, una chica en busca de alguien que suture su corazón y la inste a decir alguna cursilada como «Ahora sí que sé de qué color son las nubes».

**Erika Ramos** (Berango, 1983) es enfermera desde el año 2004. Empezó a escribir sus primeras palabras en la vieja Olivetti de su madre. Con la eclosión de las redes sociales creó diferentes blogs donde contó sus vivencias y experiencias. Esta es su primera novela.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Erika Ramos

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pellicer

Imagen: © Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1700-133-9

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

# ÍNDICE

Donde mis pies me lleven

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Erika Ramos

Créditos